



MADRID AL PASO



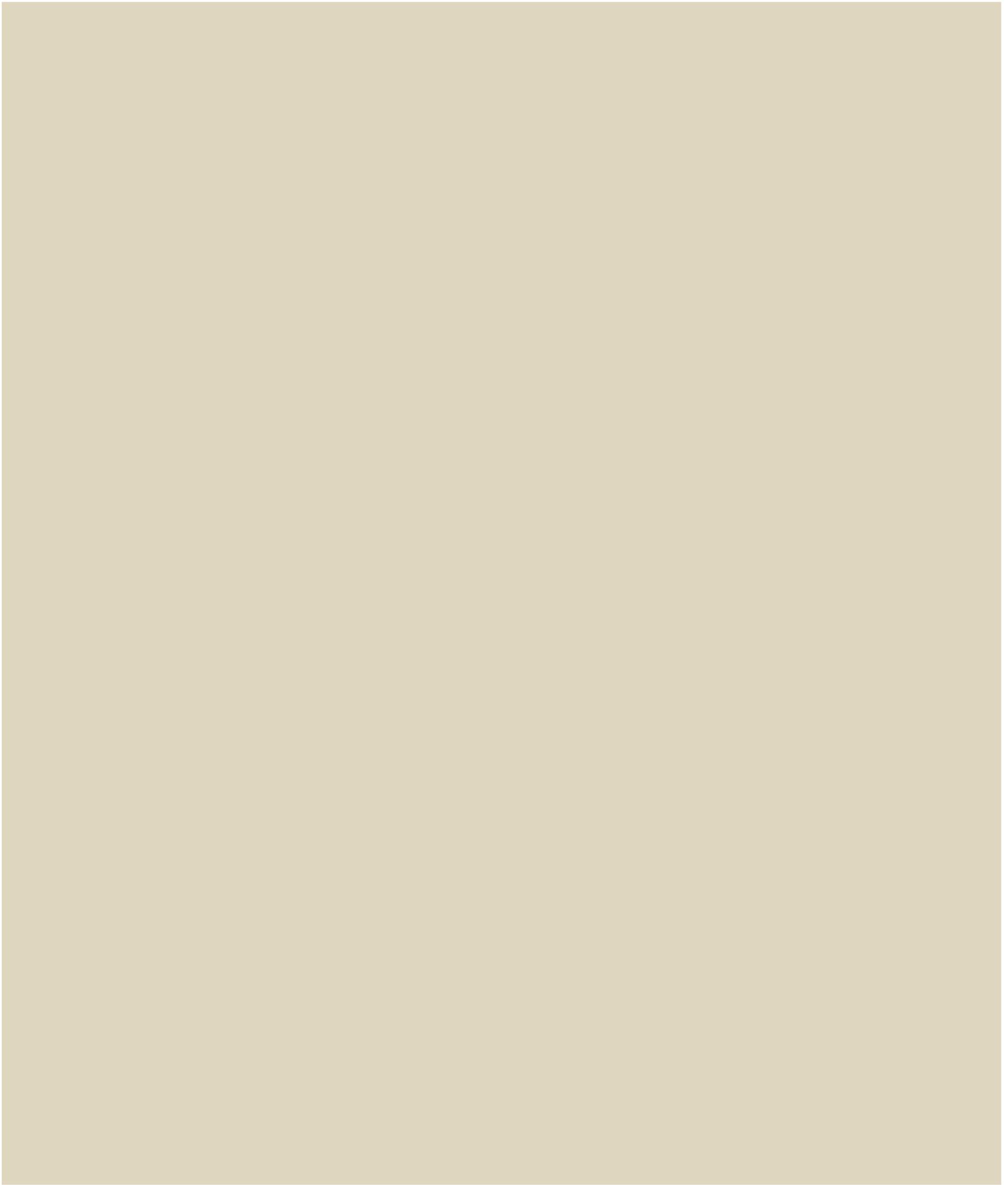
**MADRID
AL PASO**
1926 fotografías
del diario
1971 MADRID



Fundación Diario
Madrid



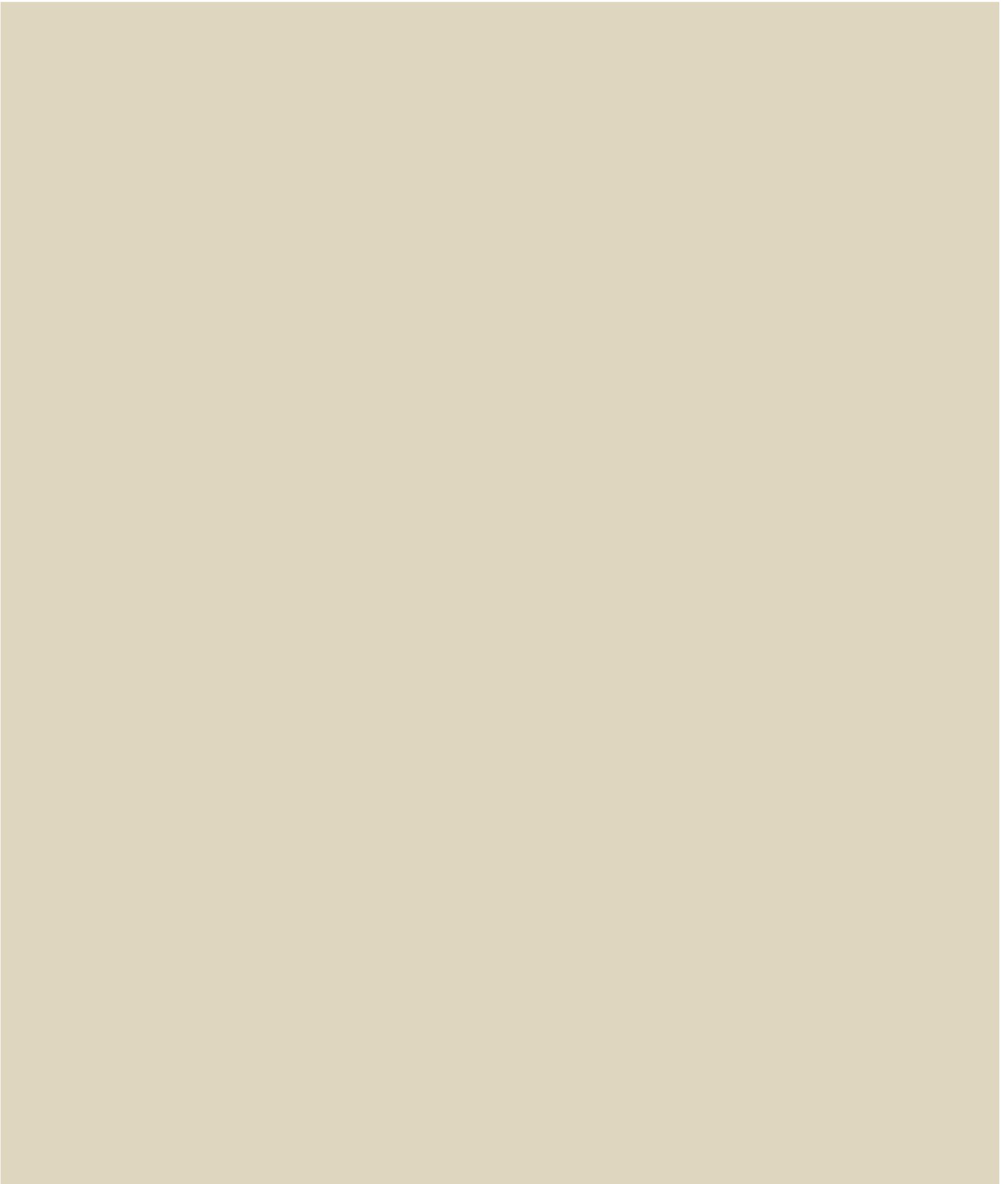
Asociación de Periodistas Europeos





**MADRID
AL PASO**

1926 fotografías
del diario
1971 MADRID



**MADRID
AL PASO**

1926 fotografías
del diario
1971 MADRID

EXPOSICIÓN

ORGANIZA

Asociación de Periodistas Europeos y
Comunidad Autónoma de Madrid

COLABORA

Fundación Diario Madrid

COMISARIO

Miguel Gómez

COORDINA

Juan Oñate

TRATAMIENTO DE IMÁGENES

Daylight Lab

DISEÑO Y DIRECCIÓN DE MONTAJE

F y H Asociados
Óscar Castro Corces
Carlos Fernández Hoyos

MONTAJE

Montajes Horche

CATÁLOGO

EDITA

Asociación de Periodistas Europeos y
Comunidad Autónoma de Madrid

COLABORA

Fundación Diario Madrid

COORDINA

Juan Oñate

DISEÑO Y PRODUCCIÓN EDITORIAL

VyB Editores

IMPRESIÓN

Tf. Artes Gráficas

ENCUADERNACIÓN

Ramos

© de la edición: Asociación de Periodistas Europeos y Comunidad Autónoma de Madrid, 2007.

© de los textos: sus autores.

© de las ilustraciones: sus autores

Nuestro agradecimiento al Instituto Europeo di Design.

Imagen de cubierta: Calle de Leganitos, 1960. Fotografía de Manuel Urech.

Imagen de contracubierta: Obras en los jardines del Palacio Real, hacia 1930.

Fotografía de Instantáneas de Actualidad.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Para más información, consulte las páginas web www.apeuropeos.org y www.madrid.org.

ISBN: 84-978-611-5539-2
84-????????????????

Depósito legal: xxxxxxxxxxxx





FOTOGRAFÍA Y MEMORIA

El reportaje fotográfico en la prensa se inicia en Europa en la década de los años veinte del siglo pasado. La introducción de la fotografía en las publicaciones periódicas tuvo, en su día, una relevancia extraordinaria porque así las imágenes de los acontecimientos dejaron de ser ajenas a los ciudadanos.

Gracias a la iniciativa de la Consejería de Cultura y Deportes de la Comunidad de Madrid, la Fundación Diario Madrid y la Asociación de Periodistas Europeos, se exponen ahora los archivos fotográficos del diario *Madrid*, una significativa muestra del periodismo gráfico entre los años 20 y 70. Este archivo es una importante fuente de conocimiento de la historia del fotoperiodismo.

Las fotografías detienen el tiempo y nos permiten contemplar la vida y los protagonistas de aquellos años. A través de ellas nos asomamos a un Madrid y a una España que ya no existen. Muchas fotografías ilustraron los reportajes del diario, pero algunas nunca llegaron a publicarse.

La fotografía es un ejercicio continuo de la memoria. Pero la memoria es defectuosa, frágil, efímera e incluso ilusoria. Todas las generaciones temen perderla. Por eso, los archivos fotográficos, las bibliotecas, los museos, internet, son distintas formas de almacenar esa memoria que nunca debemos perder.

Con las fotografías de esta exposición los que vivieron los acontecimientos narrados los recordarán, a veces con nostalgia, como una parte de su vida, y los que no los vivieron se sorprenderán por los vertiginosos cambios sociales y urbanos, que han transformado nuestra ciudad. Provocar esos sentimientos y esas reflexiones es el objetivo primordial de esta exposición, que muestra la importancia de la fotografía para mantener viva la memoria colectiva.

ESPERANZA AGUIRRE GIL DE BIEDMA
Presidenta de la Comunidad de Madrid



DE PASEO POR MADRID

Las páginas que siguen compendian la exposición «Madrid al paso» donde se han reunido ciento setenta fotografías seleccionadas del archivo recuperado del *Madrid, Diario de la Noche*. Se presenta cuando acaban de cumplirse 35 años del cierre del periódico, ordenado por el gobierno de Franco el 25 de noviembre de 1971. Pero en este aniversario, cuando todo va de memoria histórica, hemos preferido la propuesta al lamento. La propuesta viene de un trabajo previo: el de la recuperación del archivo gráfico del periódico que cuenta con más de 80.000 fotografías, que acaban de ser catalogadas y digitalizadas. Hubiéramos podido elegir otro ángulo de incidencia, otro hilo conductor de esta visita a nuestro archivo, pero hemos optado para esta primera salida por ofrecer un homenaje a la ciudad de Madrid. De la selección se ha ocupado el comisario Miguel Gómez, un profesional de la fotografía de extraordinaria valía que se ha batido ya en estas lides expositivas con talento y éxito reconocidos.

Las fotos reunidas tienen fechas comprendidas entre 1926 y 1971. Las datadas hasta el 30 de marzo de 1939 proceden del archivo del *Heraldo de Madrid*, sobre cuya redacción y talleres de la calle Marqués de Cubas, incautados por Falange, pasó a editarse tras la entrada de las tropas de Franco el periódico que con el nombre de la ciudad se autorizó al periodista Juan Pujol. Aquel expolio a cuya reclamación por la familia Busquets quise contribuir durante años cuando estuve en la dirección de *Diario 16*, sigue todavía sin ser resarcido por falta de un aparato de percusión suficiente. De forma que el primer reconocimiento y la primera deuda que debe anotarse es con el *Heraldo de Madrid*, cuya línea liberal sigue siendo ejemplo del mejor periodismo. Por mi parte nunca olvidaré las narraciones que Guillermo Busquets me hizo de sus visitas acompañado de notario a los locales de Marqués de Cubas para levantar acta de la confiscación, sin lograr otra cosa que su expulsión a punta de pistola.

Nuestra decisión para esta primera salida al público del archivo gráfico venía impulsada por el hecho de que el nombre de la ciudad de Madrid figurara en la cabecera del periódico. Es un proceder que está en la mejor tradición, como prueban ejemplos ilustres entre los que cabría citar *The New York Times*, *The Washington Post*, *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, *Paris Soir*, *Manchester Guardian*, *Philadelphia Inquirer*, *Boston Globe*, *Diario de Cádiz*, *Diario de Burgos*, *Diario de Mallorca*, *El Adelantado de Segovia*, *El Faro de Ceuta*, *El Telegrama de Melilla*, *Faro de Vigo*, *The Miami Herald*, *Neue Zürcher Zeitung*, *Sydney Morning*, *Chicago Tribune* o *Los Ángeles Times*. El factor ciudad es clave para los diarios impresos y con los aires de globalización todavía más. Salvo excepciones

como *The International Herald Tribune*, los periódicos tienen un anclaje decisivo en la ciudad donde se editan. Ese era el caso del *Heraldo de Madrid* y después del *Madrid, Diario de la Noche*, cuya trayectoria en defensa de las libertades se circunscribe a la que sería su postrer andadura entre septiembre de 1966 y noviembre de 1971, bajo la dirección de Antonio Fontán, que aunaba a esos extraterrestres empeñados en el intento de abrirse a Europa.

En su poema *Enmienda a Heráclito* escribe Ángel González que «Nadie salvo los muy pobres se baña dos veces en el mismo río» y esa era entonces la pobreza del ambiente político enclaustrado. Sin salir de ese río estancado lleno de bacterias autoritarias estuvimos chapoteando. Pero vayamos a la cuestión porque ahora los del *Madrid* comparecemos aportando conocimiento salvado de la ruina de aquella voladura controlada de nuestra sede en Pardiñas esquina a Maldonado. Para mejor comprensión las fotos seleccionadas se han agrupado por capítulos que hemos titulado: *La ciudad crece, Del comercio, Calles y gentes del común y Personajes*. Al frente de cada uno de ellos figuran textos pedidos *ex profeso* a Bernardo Yncenga, Almudena Grandes, Clemente Auger y Nativel Preciado. Para la introducción han escrito Ricardo Aroca y Miguel Herrero de Miñón y como epílogo hemos rescatado un precioso texto de Luis Carandell tomado de su libro *Vivir en Madrid*.

Está claro que, como aprendimos de Fernando Fernán Gómez, las bicicletas son para el verano y que las ciudades son para pasearlas. El uso del vehículo a motor ha trastornado la relación del ciudadano con la ciudad. La velocidad de desplazamiento altera la forma de mirar y la visión resultante más aun en el caso de quien lleva el volante y debe concentrarse en salvar los obstáculos del tráfico y preparar sus movimientos con la anticipación de las jugadas de ajedrez. En su novela *La lentitud* Milan Kundera se refiere a una cierta «mecánica existencial» y apela a la experiencia que todos tenemos como viandantes, según la cual cuando al peatón le sobreviene un recuerdo doloroso acelera el paso para ahuyentarlo mientras que si es placentero tiene la tendencia inversa, a detenerse para saborearlo mejor. Nuestro autor concluye que la velocidad es un específico que las gentes se administran en dosis masiva en busca de la amnesia precisa para sobrevivir a las adversidades.

La exposición «Madrid al paso», de la que este catálogo deriva, es una propuesta para volver a la condición de paseantes. Se trata de un ejercicio recomendado tanto al visitante de la exposición como al lector de este catálogo para que emprenda una excursión por Madrid, por toda su geografía urbana, pero también, subidos a esa máquina del tiempo que es la cámara fotográfica. Se aborda el intento de viajar al pasado para averiguar de qué huertas y solares proceden nuestras actuales avenidas y observar la realidad cuando no estaban siquiera los cimientos; como si la historia urbana fuera reversible y sus antiguos pliegues quedaran de nuevo a nuestro alcance visual.

Deberíamos haber mostrado las imágenes conservadas que nos han servido de punto de partida para que pudiera apreciarse la excepcional calidad del trabajo que ha hecho José Frisuelos, encargado de procesarlas y digitalizarlas para obtener las que ahora pueden contemplarse aquí. También hemos de mencionar a los documentalistas que recibieron el caos procedente de sucesivos desahucios y que dejaron un archivo en perfectas condiciones de consulta.

La Asociación de Periodistas Europeos, fundada hace 25 años por algunos de los integrantes de la redacción del *Madrid*, ha sido el brazo ejecutor de este proyecto que hizo suyo la Fundación donde se han agrupado los restos de aquel naufragio. Conviene reconocer su trabajo coordinado por Juan Oñate y José Vicente de Juan. Quede también sobre todo constancia del agradecimiento debido a la Consejería de Cultura de la Comunidad de Madrid, que ha brindado su colaboración y su patrocinio, decisivos para que pueda empezar a exhibirse esta exposición. Muchos de los visitantes y lectores podrán remontarse a momentos vividos sobre las imágenes ahora recuperadas pero otros, como ha escrito Yasmina Reza en su libro *Ninguna parte*, tal vez echen de menos tiempos y lugares ignorados y sientan agudas nostalgias por espacios donde nunca han estado. No se vayan. Volvemos enseguida con otras excursiones para seguir presentando lo mejor de nuestro archivo fotográfico.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR

Secretario General de la Asociación de Periodistas Europeos



16

Prólogos

EL «RESTO» DE LA CIUDAD por Miguel Herrero de Miñón

FOTOGRAFÍAS Y VISLUMBRES por Ricardo Aroca

21

La ciudad crece

Texto de Bernardo Ynzenga

105

Del comercio

Texto de Almudena Grandes

161

Calles y gentes del común

Texto de Clemente Auger

279

Personajes

Texto de Nativel Preciado

353

Epílogo

EL ESCONDITE AL DESCUBIERTO por Miguel Gómez

VELÁZQUEZ ESQUINA GOYA por Luis Carandell

EL «RESTO» DE LA CIUDAD

por Miguel Herrero de Miñón

La primera acepción del término «resto» es, según el DRAE, la parte que queda de un todo. Cuando una cosa se destruye y queda algo, ese es el resto que, como residuo, tiene un sentido eminentemente negativo. Pero cuando, en una acepción derivada, se dice «echar el resto», es decir, dedicar el máximo esfuerzo a la consecución de un objetivo, el significado de resto se torna positivo. De inerte pasa a ser activo y, de mero residuo, se convierte en fermento llamado a generar novedades. Un docto ilustre, W. Müller, estudió el significado de resto en la historia antigua y detectó que tal era su sentido en la política militar de los asirios y en la teología bíblica. El resto como prenda, o mejor, arras de recuperación. Yo, como conservador que soy, creo que conservadurismo y conservatismo pueden y deben aspirar, nada más y nada menos, que a ser resto. A mantener vivos valores éticos y estéticos que algún día fructificarán en algo nuevo, distinto de lo que conocimos y mantenemos, pero igual o más valioso, y, sin duda, mejor que lo meramente de moda. Y, con éste fin, a proteger las semillas hasta que llega la hora de su fecundidad.

Y ello viene a cuento de contemplar el pujante Madrid de hoy, desde mi balcón en una plazuela del viejo Madrid de los Austrias. Un barrio que, como analizó uno de sus ilustres residentes, Herrero García («Madrid en el Teatro», CSIC, 1963), sirve de escenario a una parte importante de nuestra literatura clásica y que, milagrosamente, ha resistido a la afición nacional de destruir. Allí suena el arrullo de infinitas palomas y escucho el repique de múltiples campanas. Las de las torres mudéjares de San Nicolás y San Pedro, las de los campanarios barrocos de San Miguel y San Andrés, las de la humilde y activa espadaña del Monasterio de las Carboneras y algunas otras más. En sus badajos va prendido el eco de las de Santa María y San Miguel de los Octoes o el de las de San Salvador —familiares al Diablo Cojuelo—, apagadas estas últimas hace más de siglo y medio por la ambición de un cura, un vinculero y un platero metido a burócrata, todo ello disfrazado de progreso. Y, desde allí, contemplo un comercio que permanece o cambia, pero que por su dimensión y talante resiste todavía a la competencia de las grandes superficies muy cercanas. Y veo pasar un tipo de gente que permanece a través de los años e incluso de las generaciones. Hace medio siglo que no sale d'Ors desde su casón del Sacramento, desgraciadamente destruido en época de un alcalde vesánico, ni se pasea ya por la calle Mayor el venerable Eulogio Varela, irradiando saberes eruditos a través de su descuidado atuendo, y

hace tiempo que faltó, definitivamente, la pintora de raza que fue Aurora Lezcano. Pero sus recuerdos y el de muchos más, otros tantos fantasmas benévolos, siguen presentes, adheridos a las fachadas de unos edificios que una administración municipal sensata ha ido restaurando y embelleciendo. Y, lo que es más importante aun, en el barrio hay nuevos vecinos de análogo talante y también de talento. El gran quesero Burgos y el relojero Palacios cerraron y se ha jubilado Caty, la peluquera de mi mujer, pero otros oficios y comercios tomaron su relevo y siguen pujantes ilustres establecimientos clásicos, desde el dulce Riojano al succulento Ciriaco, pasando por el museo vivo, amorosamente cuidado por sus propietarias, que es la farmacia de la Reina Madre.

Sin duda el barrio ha cambiado en los últimos años. Las riadas de turistas diluyen a ciertas horas la fisonomía de las aceras; el tráfico, el ruido y la vibración (aumentada por una más que discutible pavimentación con adoquines) han aumentado; y ya no se podrían, como antaño, preparar los temas de una oposición por la calzada de la calle Sacramento o jugar los niños en la Plaza Mayor. Lo inevitable no merece ser criticado. Pero los indígenas y habituales residentes nos seguimos encontrando, conociendo y saludando. La voracidad especulativa pretende sustituir los auténticos, y por auténticos bellos, mercados de San Miguel y de la Cebada por sofisticadas superficies de sofisticados productos, pero algunos meritorios tenderos se aferran a sus puestos. La pasión por el cambio, fácil sustituto del verdadero progreso, proyecta modificar el uso de los edificios oficiales, pero la inercia, ingrediente latino de la realidad, es testaruda y lo aplaza continuamente. El barrio mantiene a sus naturales y atrapa a quienes llegan a él. No es una máquina para vivir de usar y tirar o, lo que es lo mismo, cambiar, sino un espacio entrañable, cargado de afectos y, por ello, encantado. Parafraseando a Bachelard, una onírica capital provinciana instalada en el centro de la gran urbe.

¿En qué consiste tal encanto, rayano en el encantamiento? En la talla humana de las casas y de las cosas; en la accesibilidad de espacios comunes de uso cotidiano, terrazas y cafés, iglesias y comercios, donde poder adquirir las pequeñas cosas que se necesitan todos los días; en su estabilidad; en la relación cordial de los vecinos que puede ser tal porque ni somos innumerables ni volanderos. Ya que el barrio de los Austrias no es repetible en el Madrid moderno. Más aún, intentarlo sería monstruoso. Pero los valores que le dan encanto deberían, primero protegerse —eso es conservatismo— y, después, inspirar a los urbanistas que tienen por misión hacer una ciudad cuyo paradigma no sea la fábrica ni la oficina —aunque contenga oficinas y fábricas— sino un hogar. ¿Quién dijo que el sonar de las campanas y de los yunques eran incompatibles? En señalar que es posible consiste el valor de mi barrio como «resto».

FOTOGRAFÍAS Y VISLUMBRES

por Ricardo Aroca

La imagen más nítida en mi memoria en relación con *Madrid Diario de la Tarde* es la de la voladura del edificio, como culminación de un proceso que comenzó con un cierre administrativo, coletazo de un régimen que empezaba a ser moribundo.

La bella imagen de la «voladura controlada» (por cierto, fue de las primeras demoliciones en que se aplicó esta técnica en Madrid) no figura, como es natural, en el archivo del periódico que había ya, desgraciadamente, pasado de cronista de noticias a protagonista de actualidad.

Antes de su desaparición, *Madrid* era «el diario que se podía leer» en un panorama poco atractivo en el que los diarios de la mañana eran *ABC*, *Ya* y *Arriba* y los de la tarde *Madrid*, *Informaciones* y *Pueblo*, además de la *Hoja del Lunes*, que cubría el hueco dejado por el, entonces, obligado descanso dominical. De manera menos espectacular, todos ellos a excepción de *ABC* fueron desapareciendo en los remolinos de la transición; cabe pensar que *Madrid* era el que estaba, en cuanto a contenidos, en mejores condiciones para sobrevivir, aunque «la tarde» resultó ser letal para todos los que compartían ese nicho.

No recuerdo con exactitud cuándo desaparecieron los otros diarios de la tarde, pero de la peripecia del cierre del diario *Madrid* conservo lo que me parece un vivo recuerdo, aunque cabe que esté deformado por sucesivos «refrescos de la memoria» en función de la relevancia que adquirió por la evolución de acontecimientos posteriores difícilmente previsibles en aquel momento (no sólo es mucho más fácil predecir el pasado que el futuro, sino que los recuerdos son involuntariamente teñidos, resaltados o borrados por lo que pasa después).

Según mi memoria, un artículo de Rafael Calvo Serer (extraño personaje del Opus Dei, facción liberal, a quien no conocí personalmente hasta años más tarde) el 30 de mayo de 1968 bajo el título «Retirarse a tiempo: No al General De Gaulle» se hacía ciertas preguntas que rebotaban sobre el futuro de Franco. Estaban formuladas de la manera crítica habitual de la época, que tanto placer proporcionaba a los que escribían en clave y a los que disfrutábamos interpretando lo que aparentemente había escapado al renqueante aparato represor, que también disfrutaría lo suyo. Al leerlo (aunque cabe que la sensación la haya añadido después), uno pensaba que aquello tendría consecuencias y efectivamente las tuvo: me quedé sin mi diario de la tarde, asfixiado económicamente por una situación consecuencia del cierre durante cuatro meses (no debió valerles de mucho el cheque de unas trescientas pese-

tas por importe de los diarios de un mes que les hice llegar, para demostrar mi solidaridad, que no llegó al extremo de hacer posteriores aportaciones económicas). Luego el cierre definitivo fue decretado el 25 de noviembre de 1971.

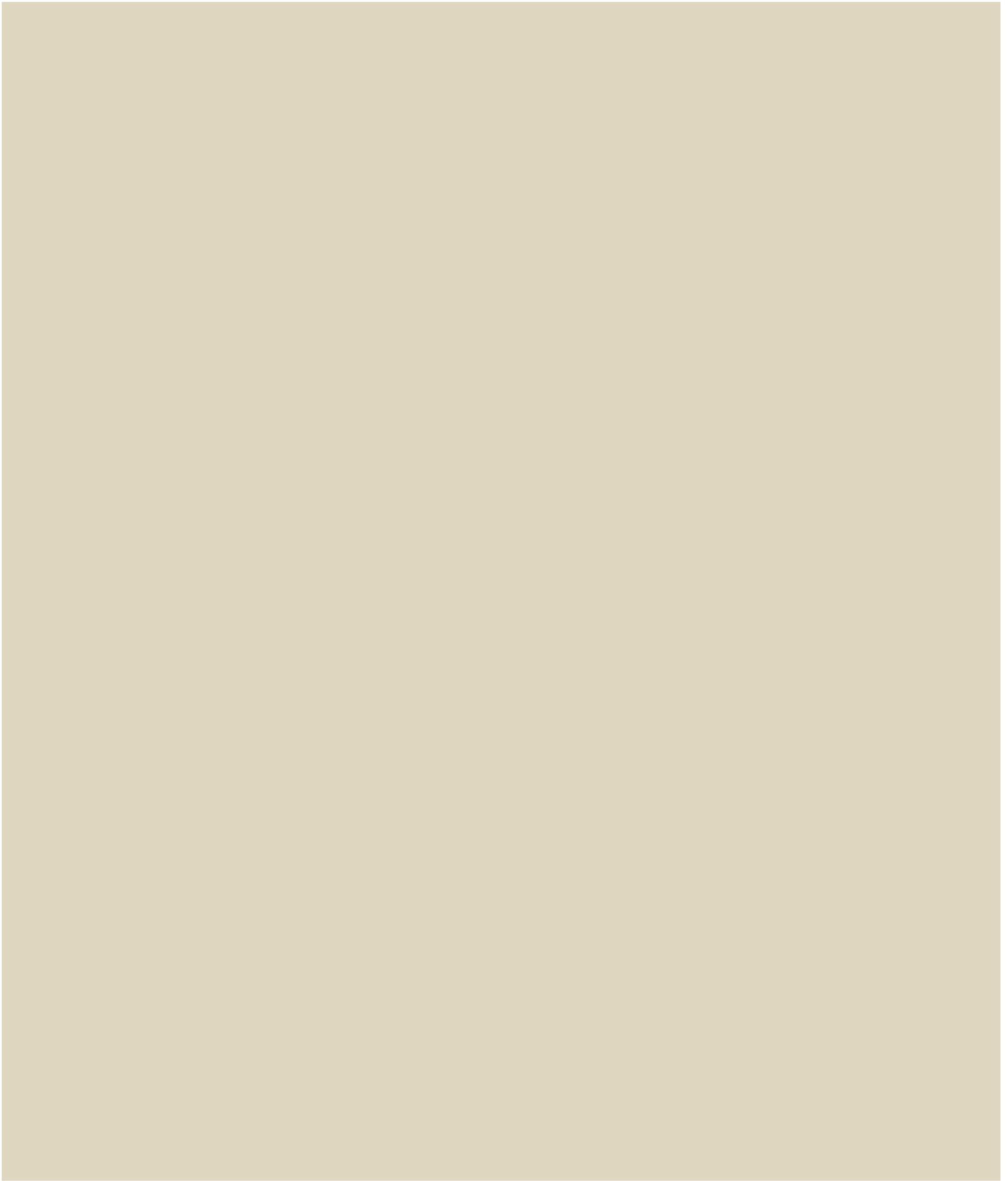
Será una barbaridad decirlo, pero fue la primera vez que tuve la sensación inequívoca de que lo injusto del régimen, que planeaba sobre nuestras conciencias (los de mi clase social) de una forma más bien abstracta, tenía una consecuencia concreta que me afectaba directamente; aunque obviamente la pérdida de «mi periódico» no tuviera comparación posible con la que sufrieron Antonio Fontán, los periodistas y los trabajadores del *Madrid*, por no hablar de las otras cosas que les pasaban a incontables personas.

Ahora con motivo de una exposición de fotografías sacadas del archivo del diario me hacen el honor de pedirme unas líneas que me dan la ocasión, acompañando a plumas bastante más experimentadas que la mía, de reflexionar sobre unas imágenes de hace más de treinta y cinco años.

De varios miles de fotografías se han seleccionado unas doscientas en las que puede verse: el Madrid ya entonces siempre en obras, algunas anteriores a mi llegada a Madrid, como el último tramo de la Castellana en medio del campo, otras que he vivido, como los núcleos desnudos de las Torres de Colón; los burros y carros en las calles, los antiguos mercados en funcionamiento, la gente colgada de los tranvías, gente viviendo mucho más en la calle, niños jugando en la calzada, la gente bañándose en el Manzanares dentro de la ciudad y, más arriba, en la «Playa de Madrid»...

Cada una de las fotografías fue en su día ilustración de una noticia y probablemente los lectores no vimos en ellas nada más que lo que había de nuevo, distinto o sorprendente; vueltas a ver con el paso de los años y en ausencia de las claves de la «noticia», en la mayor parte de ellas lo novedoso se ha evaporado completamente y lo que queda es el testimonio de la época, que era realmente la mayor parte de la información contenida en las imágenes.

Tendemos a ver sólo lo que destaca del fondo; en el momento en que fueron publicadas las imágenes, tal vez la noticia era que hacía un calor inusual y la gente bañándose en el río era una buena ilustración; ahora lo relevante es que entonces la gente se bañaba en el río, cómo eran, cómo iban vestidos, qué aspecto tenían, cómo eran los márgenes del río, etc. Lo que fue pie de un acontecimiento concreto ya olvidado ha pasado a ser testimonio de una época. Prácticamente ninguna de las fotos permite vislumbrar cual fue la «noticia». Las excepciones son escasas y se refieren a algunos personajes (la mitad de los que en su días fueron noticia me son desconocidos). Obviamente Ramón Gómez de la Serna, Pío Baroja, Hemingway, Bahamontes coronando el Tourmalet y algunos más siguen viviendo en mi recuerdo, aunque sería curioso comprobar cuantos significan algo para los nacidos en los treinta y cinco años transcurridos desde el cierre del periódico.





LA CIUDAD CRECE

LA CIUDAD CRECE

por Bernardo Ynzenga

A veces es mejor escribir al comienzo lo que no se quiere escribir. No quiero escribir un capítulo, o un ensayo o un artículo sobre la historia del crecimiento de Madrid; y menos aún una crónica cronológica comentada. Otros lo pueden hacer mejor, mucho mejor. No me interesa escribir eso ahora: me lo repetiré cada vez que corra el riesgo de caer en la peligrosa linealidad del hilo temporal. Escribo de memoria y desde lejos y quiero escribir otra cosa. Me explico.

LA EVOLUCIÓN DE LA CIUDAD: ENTRE LA IMPROVISACIÓN Y EL GUIÓN CONDICIONADO

Es verdad que toda ciudad evoluciona y crece a lo largo del tiempo.¹ Es verdad que si lo observamos desde lejos, digamos desde la altura de un satélite geoestacionario, y lo miramos a cámara rápida, el crecimiento se nos mostrará como una mancha que se expande cuyo interior muestra cambios discernibles. Describir sus pautas de crecimiento y las características geométricas y materiales de lo que en ella ocurre —hacer de notario/narrador de su transformación— puede estar muy bien (de hecho está muy bien), pero cuenta poco. Si ustedes discrepan y piensan que no es poco (y no lo es) déjenme al menos que diga (y de esto si estoy convencido) que eso no es lo más interesante. Describe mucho; explica poco.

Pocas ciudades, me atrevo a decir que ninguna, y conozco y he visto muchas, son el resultado de un proceso lineal, planificado o no; ni de una cadena única de relaciones causa efecto; ni de un número limitado de esas cadenas causales.

Si se me permite la metáfora podríamos decir que lo que ocurre en la ciudad guarda cierta semejanza con lo que ocurriría en un escenario en el que diversos, muchos, actores hubiesen de llevar a cabo una representación sin texto o guión previo y sin poderla detener ni un momento. Algunos no dirían nada, se limitarían a estar o a quedarse al margen y esperar a ver qué ocurría. Otros comenzarían con algo que ya supieran y luego «ya veremos». Otros podrían reaccionar a lo que éstos decían e improvisar o construir su discurso a partir de ahí. Algunos podrían ponerse de acuerdo entre sí, ha-

¹ Lo se, lo se: hay algunas ciudades que no crecen e incluso las hay y las ha habido que menguan hasta casi desaparecer o desaparecer del todo. Que se lo digan a la Roma del siglo XIII. Pero permitirme como gambito de apertura la licencia poética del rotundo «todas».

cer un aparte y escribir entre todos un guión que les sirviese para llegar con soltura hasta el final. Ocasionalmente alguno —más dotado, o que se creyese más dotado, o con más carisma o con más autoridad— podría optar por hacerse a un lado, ver lo que hay, quiénes hay, sopesar el tiempo y el escenario y escribir —rápido, rápido, que el tiempo se acaba— un guión, un texto, al que todos pudiesen o debiesen ceñirse para actuar con un orden en su opinión reconocible y coherente. Lo malo para él sería que para cuando lo hubiese escrito habría transcurrido buena parte de la representación, algunos actores estarían encantados con lo que estaban haciendo y no verían razones para cambiarlo, habría subguionistas que se enfadarían convencidos de que lo suyo estaba muy bien, estarían los indiferentes, habría... no sé.

¿Y el público? Habría división de opiniones. No todos podrían haber estado atentos a todo. Posiblemente casi todos recordarían razonablemente igual cómo comenzó la representación; pero a partir de ahí las narraciones dependerían de a qué partes de la compleja acción prestaran más atención.

Podríamos concebir variantes de esta metáfora: situaciones en las que en determinado momento, o incluso al comienzo, se impone o asume un determinado ritmo o un mini guión de referencia; situaciones en que el guión, si lo hubo, se disuelve en todo o en parte liberando o permitiendo otras acciones; casos en los que, por lo que fuera, el conjunto de actores se subdivide en dos o más grupos que se saben coordinar entre sí... A partir del núcleo inicial de la metáfora cada uno de nosotros podría imaginar un posible desarrollo.

Las ciudades, especialmente las ciudades grandes y con alguna historia, tampoco tienen en ningún momento un guión previo o único. La ciudad es un producto social, una construcción colectiva resultante de un conjunto de pactos, acuerdos o coincidencias de muy distintas índoles. Pueden ser explícitos o no; culturales o sociales o económicos. Pueden o no tener carga o contenidos ideológicos. Pueden ser fruto de la costumbre, la razón, la utopía o el interés. Pueden buscar la excelencia o acomodarse a lo conocido. Pueden ser todas o cualquiera de esas cosas, pero no de una forma enteramente libre.

Las ciudades, especialmente las ciudades grandes, están sujetas a un conjunto de leyes de hierro, ineludibles, marcadas por el hecho de que ocupan espacio, mucho espacio; de que tienen contenidos y usos muy diversos, muchos; y de que para funcionar necesitan desplazar de un lado a otro enormes cantidades de bienes y personas y dar cabida a innumerables transacciones económicas e interacciones sociales. Además, sobre ellas, sobre las ciudades, pesa el hecho objetivo de ser los mayores artefactos construidos que ha desarrollado la humanidad; los que requieren y acumulan mayor cantidad de recursos; los que integran sumas descomunales de capital. Como consecuencia, su vida y

su formación están condicionadas por otro conjunto de leyes implacables: las de la economía, el ahorro y la inversión; y las de sus malos parientes: el poder, los egos y la codicia.

Un marco de teoría, conocido, limita y condiciona el minué que en aparente libertad danzan los actores.

COMIENZOS DEL XX: PRIMEROS ACTORES

En los años veinte Madrid no era una ciudad grande; poblada y densa si, pero no grande. Con cerca de trescientos mil habitantes podía presumir, si es que se puede presumir de ello, de ser una de las que más edificación y gente concentraba por cada uno de sus no muchos kilómetros cuadrados. La más apretada. No por casualidad.

Tradicionalmente Madrid se había hecho gastando poco; se gastaba en palacios y algo más, pero poco en caserío o en calles. El dinero siempre era para otra cosa. Madrid aprendió a crecer «hacia dentro» y sobre sí. A principios de los veinte el efecto acumulado había agudizado la situación. Era obvio que las cosas no podían seguir como estaban. Hacía ya décadas que los magros recursos disponibles, el capital público y privado necesario para hacer ciudad, venían disminuyendo. Desde mediados del XIX el creciente coste de mantener el sueño ilusorio de la España de ultramar exigía demasiado. Sobraba poco y la burguesía inversora no bastaba para compensarlo. La respuesta obvia: una ciudad con poca ciudad nueva, que había exprimido y seguía exprimiendo hasta el máximo el uso de lo preexistente; y empezaba a ser dolorosamente consciente de que o crecía, y bastante, hasta ser metrópolis, o no había nada que hacer.

Aquél apretado Madrid de los veinte ya no era una ciudad homogénea. Simplificando mucho el análisis, coexistían dos culturas urbanas dominantes y comenzaba a aflorar una tercera. La primera era la más antigua.

La de entonces no fue la primera crisis de crecimiento. Antes, hacia 1850, cuando Madrid se planteó «ensancharse» —y ya veremos como— lo que hoy es Centro de Madrid era entonces toda la ciudad; su tejido urbano era, y casi sigue siendo, un continuo poco diferenciado de trazados precarios y geometrías tan aleatorias y no urbanas como la de los caminos rurales cuya senda seguían. Se había acostumbrado a crecer en altura (construyendo más alturas sobre anteriores casas bajas o reemplazándolas por otras), en angostura (ocupando cada vez más los patios interiores y construyendo sobre huertas y jardines de conventos amortizados) y en estrechez (sin crear apenas un metro más de viario para el movimiento de una población y una actividad en aumento). Lo único generoso estaba

afuera: en los grandes parques de caza y jardines de recreo de la Corona, en el Salón del Prado y en otros espacios extramuros.

Para algunos, para muchos, aquello era estupendo. La ciudad que conocían, la que había surgido al albur de la historia —abigarrada, próxima, hiperconstruida— era la ciudad «como Dios manda»; la que debía ser. Su modelo: una ciudad llena hasta reventar de casas y gentes, con monumentos, castiza... ¡Malvenidos los cambios que lo pudiesen poner en cuestión! La criticaban, ¡cómo no!, pero lo que tenía de estructuralmente cutre, sus carencias de higiene y tráfico y ruido, sus conflictos, lo achacaban a las malas costumbres o al mal gobierno. Con otro rostro pero la misma alma esa cultura urbana aún pervive. Influye y afecta el modo en que Madrid crece: una cultura urbana tradicional, figurativa, esencialmente conservadora, que confunde cualquier tipo de cambio con pérdida. Su presencia, oculta, asoma infinitas veces en las conversaciones y en los medios. Es la que cuando un edificio se restaura, se acondiciona una plaza o surge un nuevo barrio dice, sin pensar, como una coletilla más, con automatismo de lenguaje, que el edificio «ha sufrido una restauración», la plaza «ha sufrido una mejora» o la ciudad «ha sufrido una ampliación». Es la que no dice y jamás dirá que el edificio es ahora mejor, la plaza más hermosa o la ciudad más extensa.²

Frente a esa cultura urbana había un segundo grupo de actores, otra corriente: la cultura burguesa reformista de la modernidad «*a la page*». Algo elitista y siempre acomplejada, como si temiese dar la nota, a mediados del XIX había formulado los principios y los trazados de un posible Madrid alternativo: el Madrid del «Ensanche» cuya primera expresión fue el Barrio de Salamanca. La confrontación inicial fue verbalmente dura, pero se combatió con proyectiles de fogeo. El Plan Castro fue su esquema, la geometría de manzanas cuadradas su estrategia y la Castellana su frente principal... Pero poco más. Estructuralmente y en el fondo eran casi los mismos perros con distintos collares. Las nuevas calles eran más inteligentes y rectas, pero tacañas y angostas; las nuevas edificaciones eran más aceptables, pero apenas maquillaban tipos conocidos y continuaban apretadas, altas y profundas; los equipamientos eran escasos; y los nuevos espacios libres mínimos, para una ciudad cuya «apuesta verde» había sido y seguía siendo vivir de lo anterior. Al confrontar sus logros visibles con el igualmente visible estancamiento y pérdida de calidad y eficacia de la ciudad heredada incapaz de lidiar con el nuevo fenómeno del transporte y sin posibilidad alguna de dar cabida a la imagen del nuevo

² Es obligado decir que no hay que confundir el deseo y la obligación cultural de preservar y proteger el patrimonio urbano con el deseo de suprimir o evitar cualquier tipo de evolución no tradicional o, en los términos de la cultura urbano-figurativa, de «modernización».

siglo XX,³ a esa cultura tímidamente reformista y financieramente limitada no le fue del todo mal. Poco a poco fue ganando su batalla de la propaganda. El Metro y la Gran Vía fueron dos de los principales adalides de este triunfo. Luego hablaremos de ellos.

Mientras en Madrid pasaban esas cosas, en Europa, y en España, había otros aires, incluidos el nada desdeñable crecimiento de la conciencia social y la históricamente trascendente repercusión de la Revolución de Octubre. Sus efectos se hicieron sentir en cuanto se relaciona con la ciudad. La tradición académica, la costumbre acrítica, cedió ante los planteamientos de la Modernidad, que la rechazaba de plano con un lenguaje formal propio e inédito, rectilíneo, sin ornato, rico en el rigor esencial del orden. Fue una nueva manera de concebir y realizar la Arquitectura dotándola de nuevos cometidos solidarios y socialmente comprometidos. La modernidad hacia suyos temas tales como el esfuerzo de solucionar racionalmente las necesidades de alojamiento en viviendas de nuevo cuño guiadas por belleza de la razón y la eficacia; el proyecto de ciudades basadas en el orden de la función, con capacidad de responder a las necesidades sociales y dar cabida a las arquitecturas que las sustentaran; el deseo de entender la ciudad como objeto construible en un paisaje urbano relacionado con la naturaleza...

En España, en Madrid, las convicciones de la Modernidad las propugnó, defendió e intentó llevar a cabo un reducido grupo de gentes: intelectuales cultos e informados de muy distintos orígenes; una formidable generación de vanguardia. Al hilo de su impulso y de la necesidad de crecimiento y cambio comenzaron a surgir, en y a propósito de la ciudad, operaciones y fragmentos modernos y planteamientos teóricos hasta entonces no expresados. Aquél pequeño grupo comprometido fue una poderosa fuerza de cambio y modernidad real. Llegó mucho más allá que los anteriores planteamientos reformistas y habría de ser el germen del sueño republicano: un Madrid mayor, ordenado, metropolitano, integrado, dinámico, sin problemas de vivienda o de funcionamiento.

EL ESCENARIO DE LA HISTORIA: PRIMERA PARTE

Hace unas páginas dije que la trayectoria de las ciudades dependía de los actores urbanos, de lo que quisieran hacer y del marco que les dictaba la lógica del espacio, el capital y el poder. No mencioné otro aspecto: la trayectoria histórica que define el escenario en que se ven obligados a actuar.

³ El sueño burgués de un Madrid-europa o aun más al deseo financiero de un Madrid-newyork.

El primer tercio del siglo XX no fue ni mucho menos tiempo de sosiego, ni en Madrid, ni en España, ni en Europa. Éste no es el momento de contarlo; todos sabemos lo que pasó. Pero tal vez no esté de más destacar rápidamente algunos aspectos clave con influencia decisiva en el crecimiento y la armazón de Madrid, y repasar algunos de sus efectos.

La necesidad de abastecer a los países que protagonizaron la entonces Gran Guerra y ahora Primera Guerra Mundial favoreció la economía de los no contendientes, reforzó su capacidad productiva e industrial y, a la vez, como había que exportar alimentos y materias primas, retrasó el proceso de inmigración interior, del campo a las ciudades. El atraso estructural del aparato del estado y de los equipamientos madrileños pudo empezar a superarse y se pudieron llevar a cabo acciones para poner la ciudad al día construyendo dotaciones e instituciones: mercados, escuelas, universidad, ministerios, transporte... Edificios públicos de todo tipo: una galaxia de actuaciones en las que todas las tendencias culturales urbanas supieron encontrar espacio para materializar alguna de sus propuestas.

Cuando el Tratado de Versalles selló el fin del aquelarre, la relativa bonanza de los años precedentes se aminoró y la tensión migratoria retornó con fuerza renovada. Los esfuerzos de colonización y reforma agraria («poblar es gobernar») no la detuvieron. No era una inmigración solvente. Era una inmigración sin medios y con poca formación. Madrid crecía a la vez que se proletarizaba.⁴

El tejido social se rasgaba por fisuras de clase, ideología e intereses; se cuestionaba el modelo de estado y de gobierno y de sociedad; frente a quienes con impaciencia renovada impulsaban y anhelaban un nuevo sistema social, quienes rehuían los cambios que mermasen su continuidad ideológica, confesional o de interés. Tumultuosos y prometedores años treinta brutalmente interrumpidos por la devastadora Guerra Civil. Todo se detuvo. Y continuó detenido en los años inmediatamente posteriores. No fue un parón, fue un retroceso descomunal del que Madrid salió especialmente malparado. Grises años de plomo y miseria. Primavera de ilusiones agostadas. Intelectualidad retaliada, reprimida, dispersada. Miedo en los corazones y en las mentes. Final de un primer acto.

Pasarían décadas hasta que se retomara el pulso, la ciudad volviese a ser argumento, la vivienda motivo, las infraestructuras programa y la Arquitectura orgullo, tras sacudirse el polvo y ponerse al día de la mano de los mejores.

⁴ No solo por la inmigración; había otros factores, como el causado por la disminución de actividad económico-productiva.

PRIMER ACTO

A lo largo de aquél primer acto, que nos conduce hacia 1920, la evolución y el crecimiento de Madrid estuvo dominada por los tres principales actores, las tres corrientes culturales ya mencionadas, y por algún que otro espontáneo extramuros. Cada una hizo sus cosas y dejó sus huellas y realizaciones en un Madrid de arribada, intelectualmente plural e inconsistente, que todo lo acepta y todo lo digiere.

La cultura tradicional, una vez agotado el Centro, terminó por hacer suyo el territorio del Ensanche, pero sin renunciar a un Madrid compacto, extendiendo su «cerca» conceptual y geográfica hasta las Rondas y el río, en una imagen ampliada y anticuada de ciudad centralizada, redonda, definida, de bordes que querían ser nítidos. Y prosiguió con empeño la idea de crear una arquitectura propia, monumental-figurativa, que diese empaque y presencia central a las grandes nuevas instituciones del dinero y el poder. En su contra, el continuismo arcaizante, la falta de visión o de estrategia sobre el futuro de Madrid, su voluntad de negar la evidencia y reiterar en mayor la imagen tradicional de una ciudad cerrada. A su favor: la excelente calidad y factura de la edificación pública, fuese de la función que fuese: un matadero, una central, un edificio de correos y comunicaciones, un ministerio...; daba casi igual.

Por su parte, el reformismo urbano, que en el XIX había puesto en marcha el Ensanche y comenzado la transformación de Madrid, había conseguido terciado el XX algunos logros estupendos, por sí o por su apariencia. Destaco dos a los que antes hice referencia: el Metro y la Gran Vía.

Limitado por la tecnología y los recursos entonces disponibles, el Metro transcurría somero y directamente bajo el viario público. Su mapa era una réplica simplificada de la ciudad y sus «líneas» las del viario principal. Reforzó la ciudad sin alterarla, sin tomar partido, haciendo viable un Madrid mayor. Fue un gran empeño utilitario.

Disfrazada de utilidad y so pretexto de poder «cruzar» el denso núcleo de la ciudad, la Gran Vía fue en realidad el empeño simbólico y desproporcionado de implantar en el corazón de la Capital —y precisamente en el de la Capital— el escenario de lo actual. Además de hacer explícita la idea de que Madrid crecía y que por ello necesitaba «cruzarse» para ir de afuera a afuera, la apertura de la Gran Vía, hace hoy casi cien años, fue la gran derrota táctica y escénica del Madrid conservador, las nuevas modas frente a lo viejo. El periódico republicano *El País* lo captó con precisión de bisturí. Seis de abril de 1906, el día después de la ceremonia inaugural; imagen en portada, Alfonso XIII inicia simbólicamente las demoliciones; titular «El Rey hinca el pico».⁵

⁵ Gracias Rafael Zarza por la información con mis mejores deseos para tu prometedor documental sobre el centenario de la Gran Vía. ¡Que veas volar el Zeppelin sobre la Telefónica, camino de Montevideo!

Sin la Gran Vía, nueva plaza mayor del Madrid, no se hubiera construido el Palacio de la Prensa, ni el Capitol, ni Chicote... pero tampoco los disparatados edificios eclécticos coronados de enormes águilas o cuádrigas de bronce con los que la tradición figurativa, escondida tras la moda de una arquitectura ecléctica, se tomó cumplida revancha.

El tercer grupo, el emergente, fue tal vez el que más aportó al futuro de Madrid. Una floración de razón y modernidad se abrió paso en la Arquitectura madrileña. Suyos fueron los proyectos de objetos urbanos tan estupendos como la Ciudad Universitaria y el Clínico, objetos arquitectónicos tan emblemáticos como el hipódromo de La Zarzuela, el viaducto de la calle Bailén y otras muestras de nuestra temprana arquitectura racionalista —muchas desaparecidas por la acción de la piqueta inculca. Dio pie a actuaciones como la colonia del Viso y otras, que buscaban una solución distinta a las necesidades de vivienda en el modelo los *hofs*, o conjuntos residenciales alemanes, o de las *garden cities* británicas, generando un tipo de barrios o fragmentos de ciudad hasta entonces inéditos en Madrid (por mucho que algunos de ellos se plasmasen en lenguajes no modernos).

Sin embargo su mayor contribución no estuvo en lo construido sino en el pensamiento y el dibujo: la idea de un Madrid planificado en su conjunto, una ciudad que fuese entendida como un todo y no como suma de nuevas adiciones a lo preexistente y que en lugar de cerrarse sobre sí se abriese a la interacción con los núcleos y pueblos de su alrededor. Este conjunto de ideas tuvo su primera expresión en el denominado Plan Jansen-Zuazo, resultado de un concurso internacional para determinar el trazado de Madrid. La prolongación de la Castellana fue una idea-fuerza de aquél plan. Tuvo y aún tiene importancia decisiva en la manera de concebir el crecimiento y la estructura de Madrid; un eje norte sur que pudiese articular el conjunto de la ciudad, entendido como escenario sobre el que desplegar un nuevo tipo de ciudad racionalista, para ser el escaparate de lo mejor. Si retomamos la metáfora, este grupo emergente quiso y empezó a escribir un guión completo para aunar los esfuerzos escénicos de todos. Su fallo, si acaso, fue el subestimar la importancia decisiva que llegarían a alcanzar el crecimiento y, con él, las futuras infraestructuras de transporte y tráfico.

Los espontáneos abordaron y llevaron a cabo algunas actuaciones de extremo interés en la entonces periferia próxima. Casi todo relacionado con viviendas que, con la imagen de vivienda unifamiliar aislada, añoraban el contacto con la naturaleza sin renunciar a, y aprovechando, las ventajas de las nuevas tecnologías del automóvil y el transporte colectivo eléctrico. La creación de urbanizaciones de periferia, Aravaca y similares, fue lo que tuvo mayor efecto a largo plazo; y lo más espectacular estuvo en el invento y construcción (parcial) de la Ciudad Lineal, de Arturo Soria, que quería extenderse por todo el arco norte de la ciudad, articulada en torno de una transversal de transporte, líneas de tranvía que la recorrieran de punta a punta y la enlazaban con los accesos a Madrid.

EL ESCENARIO DE LA HISTORIA: SEGUNDA PARTE

El segundo acto comienza en el Madrid de la posguerra, roto y huérfano de cualquier continuidad intelectual prometedor. Lo primero era reconstruir, lo segundo... ya se vería. A aquel Madrid forzosamente empobrecido acudieron los aun más pobres. Empujados por la miseria de las regiones retrasadas y por su esperanza desesperada, se vieron obligados a crear, en torno a la ciudad que les necesitaba pero no les atendía, un cerco chabolista; un anillo de infra-ciudad avergonzante que tardó casi cuarenta años en disolverse, y no del todo. Desbordó a la ciudad con el gran problema aún por resolver de vivienda digna para todos, cercándola con un duro anillo de chabolismo que tardaría décadas en resolverse.

La idea de un Madrid mayor no había decaído; y daba la casualidad de que encajaba bien con la voluntad centralizadora del Régimen y su deseo de municipios fuertes, controlados al margen de la voluntad democrática. Probablemente el decreto que anexó a Madrid un elevado número de municipios de su entorno se fundó en esos o parecidos motivos. De la noche a la mañana, Madrid asumía el carácter de una ciudad poli-nuclear, con centros de barrio como nodos reconocibles y con identidad individualizada. Desbordada la idea de una ciudad «centrada» sobre su núcleo original, pasaba a ser una ciudad diversificada, con más centros de crecimiento potencial, más escala y más capacidad de respuesta.

Pero la respuesta tardaría en llegar. Evolucionando al margen de la realidad europea, al margen de todo, España, Madrid, tardó mucho en retomar, por caminos anómalos y un tanto extraños que no hacen al caso, la vía del entonces llamado Desarrollo, con énfasis casi exclusivo en la economía agregada y la modernización de las infraestructuras básicas de articulación territorial del estado. Más cuando lo hizo, lo hizo con fuerza. ¡Tantas compras por hacer! ¡Tantas cosas por comprar! ¡Tantos hábitos que aprender, viajes y experiencias que vivir! Y sobre todo: ¡Tantas libertades que conquistar!

La senda del crecimiento económico tuvo un carril rápido, privilegiado, por el que transcurrió acelerada la acumulación de capital, el mayor enriquecimiento de los ricos de siempre y el surgir de los «nuevos ricos» del comercio, en ocasiones la industria y siempre la construcción. Bancos, empresas y algunos particulares comenzaron a disponer de la capacidad económica y organizativa necesaria para abordar actuaciones de gran escala; no ya edificios sino conjuntos de edificios. A algunos de sus promotores se les quedó chica la denominación de «Colonia», propia del primer tercio de siglo. Ya puestos prefirieron adueñarse de denominaciones mayores y llamarlos «Barrios» o «Ciudades», que tal vez por aquello del «milagro español», o para ganar las indulgencias que podrían necesitar, encomendaron a los más conocidos habitantes del cielo: Ciudad de los Ángeles, Barrios del Niño Jesús, del Pilar, de La Concepción... Otros, más sensatos, usaron nombres de lugar (Almendrales, Fuencarral) o de condición (Caño

Roto, Entrevías...). Más adelante, algunos, sin duda menos creyentes o menos necesitados de ayuda en el más allá, retomaron la tradición literaria (Ciudad de los Poetas...). Pero siempre hay clases: cuando se trataba de la vivienda de los más pobres, de los inmigrantes desarraigados, se les llamó «Poblados» o «Unidades Vecinales de Absorción, UVAs» (horrendo nombre que en lugar de hablar de un Madrid de integración y bienvenida, habla de él como si fuese un gran sumidero succionador centralizado).

La cosa no paraba en casas. También, y como no, influía en la obra pública. Por primera vez Madrid estaba en condiciones de acometer o terminar, de una sola vez, de una tacada, la construcción en poco plazo de grandes obras urbanas, más de una a la vez: iniciar un programa de autovías de enlace con el territorio metropolitano y las proximidades regionales cruzando en túnel la Sierra; materializar la última de las muchas versiones de la prolongación de la Castellana; duplicarla más al este en el Arrollo del Abroñigal, base de lo que serían después la M30 y su más que problemático presente; terminar de construir la Gran Vía y extenderla hasta las afueras a lo largo de Princesa para crear un verdadero eje este oeste. E hizo más cosas. Terminó los Nuevos Ministerios y construyó otros nuevos, unos disfrazados de Escoriales, «escorializados» (Aire, Información...), otros en lenguaje más actual (Economía y Finanzas). Generó nuevas sedes (Consejo Superior de Investigaciones Científicas...). Formalizó nuevos escenarios urbanos (Plaza de España) y más y más.

Pero a la vez, con ciego afán de renovación insensible, permitió que se acometiese con fuerza contra el patrimonio edificado, que se menospreciasen y demoliesen piezas arquitectónicas significativas y partes sustanciales del caserío madrileño históricamente relevante o representativo. Con su visto bueno desaparecieron muchos palacetes de la Castellana. Tuvo ojos ciegos, cuando no cómplices, con los procesos de terciarización del Centro... Era como si, en todos los casos, sin diferenciar, «nuevo» fuese igual a bueno; y «antiguo» igual a obsoleto o inservible. El fin de los setenta se movía en el triángulo: crecer, construir, sustituir. Menos mal que el esfuerzo singular de unos pocos supo poner fin a tan demoledor estrépito.⁶

Al hilo de todo ello Madrid crecía como suma o más bien amalgama de actuaciones unitarias: un tejido discontinuo trenzado por las grandes (y no tan grandes) vías de transporte: una pauta y un estilo que aún perviven, a mayor escala. La misma pauta se daba en el Madrid mayor, el Gran Madrid, el Madrid metropolitano que hoy es ya Madrid región. Los pueblos de alrededor, especial-

⁶ Muchos, o no tantos, estaban en ello. Uno, Juan López Jaén, arquitecto de la Gerencia de Urbanismo de Madrid (o como se llamara entonces), dio la cara y se la jugó; un riesgo y un logro que el Ayuntamiento de Madrid, ingrato, no ha sabido agradecer..., como si aquél singular esfuerzo fuese «el normal», lo que se espera de todo funcionario municipal. Ojala fuese así, pero me temo que...

mente los del oeste y sudoeste (Móstoles, Alcorcón, Fuenlabrada y varios otros) comenzaron su singladura particular, camino de convertirse en ciudades por derecho propio, algunas de ellas mayores que muchas capitales de provincia. Madrid no crecía en «mancha de aceite» sino como una galaxia casual alrededor de una ciudad polinucleada, fruto del azar de haber estado ubicada en un entorno rural de pueblos de secano extendidos al pie de la sierra. El resultado produjo una estructura diversa y de extraordinario interés y potencial, única entre las grandes capitales europeas; con inmensas posibilidades de articulación y diversificación en un medio natural que, pese al maltrato, aun representa un potencial medio ambiental de primera magnitud.

La consolidación del desarrollo y la disolución del Régimen marcaron el final de aquél segundo acto; hoy estaríamos en el tercero.

SE AMPLÍAN EL REPARTO Y LA ACCIÓN

En el segundo acto aparecieron nuevos actores, y cambiaron algo, no mucho, algunos de los que ya estaban.

Madrid fue siempre ciudad abierta a la que cada uno llegaba con su mochila y sus ideas. Roto el prometedor relevo de los años venti-treinta, con el turbión de la posguerra llegaron muchos, y siguieron llegando y llegando. No es fácil hacer el inventario de aquella primera turbamulta que sacudió al Madrid exangüe de los cuarenta; fue demasiado variopinta. El posible guión se había roto y cada uno —o cada grupo— trataba de escribir el suyo a su manera. Hubo de todo. No es fácil, pero esa no es razón para dejar de señalar lo principal. Podemos hablar de tres grandes grupos.

El primero en querer afianzarse, el más conspicuo, intentó —afortunadamente con pocos y pasajeros resultados— inventar una tradición imperial victoriosa halagadora del Régimen. Probablemente es arriesgado y políticamente incorrecto decir que el Régimen no tenía especial interés en la Arquitectura y mucho menos aun en su estilo o en el modelo de ciudad, pero la verdad de esta afirmación es más que probable: hay amplia evidencia de ello. Quien sí tenía especial interés interesado fue la corte de cantamañanas que con más ambición que talento supo encaramarse a los puestos clave de la decisión arquitectónica y urbana, y su cohorte de seguidores acomodaticios, de pusilánimes y de chaqueteros que no dudaron en decir Diego donde decían digo. Presididos al inicio por alguien como Muguruza, cuyo mayor mérito para pasar a la pequeña historia de la arquitectura (y la escribo con minúscula a propósito) fue el haber dado su nombre a un cuaderno de dibujo, Madrid les debe —en lo formal— propuestas tan «gloriosas» como el tardío arco de la victoria, el traidor Ministerio del Aire, el chuequismo casticista, el tipismo trasnochado, el paternalismo viviendista y algunos otros «ismos» cultural e his-

tóricamente descarriados. Lo peor no fue tanto lo que hicieron, pese a ser como fue, sino lo mucho que molestaron al congelar y retrasar lo que otros o incluso algunos de ellos mismos podrían haber hecho; y, aun peor, al deformar el gusto y la cultura de muchos halagando como valioso lo falso y sustituir la razón con la pretensión.

Al comienzo del segundo acto, la mayoría de la burguesía reformadora dejó de, o no osó, intentar reformar nada. El miedo, la prudencia o el acomodo no forman el nicho ecológico del cambio. O se quedaron quietos o siguieron la onda de lo que, más como coartada que con fundamento, afirmaban ser la estética ortodoxa o el lenguaje arquitectónico del Régimen. Avanzados los tiempos, su interés por la ciudad decayó. Dejaron de ser una fuerza cívica pero retuvieron su influencia, en la medida que su afinidad estilística conservadora, de un gusto más culpable que dudoso, continuó intacta y que se la supieron contagiar con éxito a parte significativa de la sociedad emergente, retrasando en años la aceptación más generalizada de un diseño, una arquitectura y unas ideas urbanas actuales. Ahí siguen los unos y los otros, desplegando su ignorante mal gusto y su añoranza figurativa en hilera tras hilera de casitas de Blancanieves y los Siete Enanitos suburbanos y en su deseo de una ciudad con trazos de parque temático de madrileñismo casticista inventado. ¡Que se lo digan si no a las luminarias de la nueva puerta del Sol, vilmente reemplazadas, a petición popular, por unas innombrables, falsas y anacrónicas farolas fernandinas!

Al margen de semejantes grupos, lo que quedaba de la burguesía reformadora interesada en la ciudad, reforzada por una nueva élite de técnicos, encontró acomodo y acción; unos como funcionarios de un cierto nivel al servicio de la Administración, otros en el campo de los negocios relacionados con la ciudad. Fueron tal vez el grupo más importante del Madrid de los cincuenta-setenta.

En lo público fueron los responsables de continuar la idea de un Madrid planificado, superando el ámbito municipal estricto para abordar el conjunto de la metrópolis, a contrapelo del desinterés o la ignorancia de los políticamente responsables. Prueba de ello, que como la contaron la cuenta: en los cincuenta, recién regresados de un congreso internacional, un grupo de arquitectos planteó al responsable político del Gran Madrid la conveniencia y necesidad de redactar un Plan Metropolitano; éste mostró algún interés y preguntó cuánto costaría y en qué plazo se podría hacer; se lo dijeron y le pareció mucho gasto (no había costumbre de pagar por pensar) y demasiado plazo; su respuesta fue:

—No.

Se fueron desolados pero uno de ellos, el más astuto, Antonio Perpiñá, dijo algo así cómo:

—Dejadme que lo piense y veremos lo que se puede hacer.

Se tomó unos días. Volvió a ver al responsable. Dijo que lo habían reconsiderado y que se podía hacer por menos.

—Hombre, eso ya es otra cosa, es más razonable... ¿En que plazo se podría acabar?

La respuesta estaba super pensada, ahí estaba el truco:

—En diez meses.⁷

—¿Diez? Noviembre.... septiembre. ¿Se podría adelantar a julio?

—No es fácil, pero... sí, tal vez.

—¿Podría estar para el 15?

—Mmm... Sí.

—Pues... de acuerdo. Lo hacéis en ese plazo y el 18 de julio se lo presentamos a Franco.⁸

Luego costó lo que tenía que costar y llevó el tiempo que tuviese que llevar, pero así empezó: con regate y regateo intercultural.

Con la prosperidad, el dinero trajo los coches, cada vez más y más, hasta que fueron muchos, muchísimos. Todos querían poder llegar en su coche a todas partes, incluso al Centro que nunca los tuvo y no estaba diseñado para ello. El tráfico se convirtió en uno de los grandes argumentos y sus infraestructuras en uno de los protagonistas de la acción reformadora: los primeros aparcamientos subterráneos en régimen de concesión (Santo Domingo, Mostenses, calle de Sevilla,); cruces en túnel y, sobre todo y lo más visible, cruces y pasos elevados, los llamados «Escaelectric»; el más conocido el de Atocha, cuya desaparición fue, más tarde, todo un símbolo de cambio.

A propósito, y saliéndome algo del inexistente guión, como me pasó lo cuento. A inicios de los ochenta, siendo alcalde Tierno Galbán, acabábamos de terminar un extenso estudio sobre el Centro de Madrid, Programa de Actuaciones Inmediatas para Madrid Centro. Muchas recomendaciones, complejo. Interna y jocosamente nos referíamos a sus costes en unidades de «Tamames Oro». (¿Ramón Tamames ejercía de concejal de Hacienda?) Tierno me preguntó:

—Todo esto está muy bien, Ynzenga, pero: ¿qué es lo principal, en qué me debo fijar?

—Don Enrique, hay varias cosas... (destaqué tres: rehabilitación de viviendas, peatonalización, recuperación del segundo tramo de la Gran Vía); pero la más visible, la que más directamente

⁷ No tengo ni idea de si dijo diez o siete, en todo caso a la vista de los efectos menos de doce.

⁸ Nota para desmemoriados o para muy jóvenes: el 18 de julio era el día festivo con el que Franco celebraba el aniversario del comienzo de la Guerra Civil y con tan fausto, infausto, motivo recibía a autoridades políticas y personalidades civiles. Era el día en que todos esperaban lucirse y congraciarse ante él.

comunicaría a los madrileños que la política municipal está cambiando a favor del ciudadano, sería desmontar el Escaletric de la Plaza de Atocha.

—Tiene usted razón, Ynzenga, ¿Se puede hacer?

—Lo hemos estudiado, y si se hace con orden sí.

—Pues lo haremos.

Prácticamente todos los concejales se opusieron: que si iba a generar un caos de tráfico, que si iba a costar mucho, que si esto, que si aquello. Parecía que los Tamames Oro no fuesen a materializarse. Pero Tierno se mantuvo en sus trece. En poco tiempo Madrid recuperó la plaza.

Volvamos al argumento principal: el Madrid de los sesenta–setenta. A finales de los cincuenta la Arquitectura comenzó a salir del aburrido aislamiento previo, falta de información, y a recuperar con avidez el tiempo perdido. Llegó a la Escuela, de la mano de algunos profesores ilustres y pronto buscó su camino hacia la realidad construida. Curiosamente lo encontró en el ámbito de la arquitectura oficial.⁹ Resultado primero: algunos edificios públicos espléndidos: el edificio de exposición de la Casa de Campo, el edificio del periódico *Arriba*, colegios mayores y otros. Resultado segundo: un insólito e inédito concurso de proyectos de vivienda social con el que un grupo de arquitectos jóvenes, y alguno no tan joven, trastocó de golpe las ideas preconcebidas y generó una sólida cultura de calidad de proyecto para la vivienda pública. Produjeron «poblados» ejemplares que aún son referencia obligada de la mejor Arquitectura madrileña: Fuencarral, Entrevías, Caño Roto... Nombres propios: Oíza, Romani, Vázquez de Castro, Higuera, de la Sota, Carvajal... Fisac... y muchos otros. Lástima que el acomodo y la falta de iniciativa hiciesen que más tarde aquél impulso decayese hasta la rutina burocrática, de la que la Empresa Municipal de la Vivienda se empeña hoy en rescatarla.

Ese empeño se transmitió con cierta comodidad a algunos proyectos de empresas o instituciones privadas (el gimnasio Maravillas sería tal vez el más emblemático), pero no tanto en lo que se refiere a la arquitectura residencial privada, donde la historia fue bastante desigual. Aquí intervienen dos nuevos grupos de actores: los que acometieron grandes edificios singulares y los nuevos constructores-promotores hacedores de «barrios» o «ciudades».

Entre los resultados más visibles de los primeros destacan, al menos por su presencia, las dos grandes torres de la Plaza de España: el semi moscovita Edificio España y la americanizante Torre

⁹ Contrariamente a la idea comúnmente asumida de que la arquitectura «oficial» tenía un estilo. Actuaciones como las del Instituto Nacional de Colonización, con proyectos sin concesiones y algunos de gran calidad, serían prueba de que en algunos reductos de la Administración, quienes quisieron hicieron.

de Madrid, con los que los hermanos Otamendi, sin proponérselo, escenificaron y resolvieron simbólicamente la guerra fría. Y, como no, la ubicua presencia del infatigable Gutiérrez Soto, que llenó Madrid de un glamour burgués semi moderno de ladrillo, terrazas (su invento) y generosas horizontales.

Los hacedores de barrios de iniciativa privada no fueron un grupo homogéneo. Hubo iniciativas lideradas por empresarios inteligentes, comprometidos con la calidad urbana y arquitectónica de lo que hacían: Huarte, Urbis... Y los hubo de otro talante bien distinto: Banús (Barrio de la Concepción) era el más notorio, el que más hizo, el paradigma de una estirpe de constructores promotores, el rey del ladrillo.

Madrid y su economía crecían rápido. Había espacio para muchas iniciativas y muchas se realizaron. Pero sin cambiar el modelo conceptual de ciudad de fragmentos trezada por una creciente red viaria, que aún seguía pensando en anillos concéntricos (en una ciudad que quería ser más alargada que redonda), aunque los complementó con un conjunto de radiales, de carreteras de acceso (como si todos quisiesen llegar y ninguno salir), a modo de una plasmación tardía de las razones por las que Felipe II escogió Madrid como capital del Reino: regir España desde su centro geográfico.

HACIA UN TERCER ACTO

El carril del enriquecimiento es hoy más rápido y más ancho. Por él transita de todo: lo mejor y lo peor. Apoyada por una disponibilidad económica mundial sin precedentes, aliada con un dinero barato y una demanda insaciable, la ciudad, su crecimiento, se han convertido en el argumento económico principal. Hoy ninguna institución o ningún promotor de cierta escala habla de construir decenas o centenas de viviendas, se habla en miles o en decenas de miles. La escala de intervención ha aumentado espectacularmente. Algunos de los nuevos barrios, de los PAUs, son mayores que el Madrid de mediados del XIX, que todo el distrito Centro. La obra pública y las infraestructuras se multiplican: «¿una autovía?, pues ahora dos»; «¿decenas de kilómetros de líneas de metro y cercanías?, ahora cientos»; «¿algún que otro túnel?, ahora los más largos del mundo mundial...» Madrid es una orgía de grúas probablemente superada tan sólo por la enloquecida actividad constructora de Dubai, el más activo de los emiratos del Golfo Pérsico.

Me lo contó hace poco una amiga arquitecta. Yendo en coche con su hijo de pocos años cruzaron las obras de la M30 a la altura de la Casa de Campo. Grúas y más grúas, cemento y más cemento. El niño lo mira y pregunta:

—¿Mamá, las grúas son de la naturaleza?

Así son las cosas.

Madrid crece a impulsos cada vez mayores, está en su actual naturaleza. Y crece en fragmentos y actuaciones cada vez más grandes. Pero, pese a distintas y sucesivas versiones de planeamiento, no ha abandonado la condición de ciudad caleidoscópica. Ya no es la ciudad más densa, pero sigue enraizada en la imagen de un agregado de partes reconocibles trabado en la tela de araña de su sistema de transportes. Aún no ha sabido entenderse a si misma como parte esencial e inseparable de una ciudad-región inserta en un medio natural de extraordinario valor potencial. Ese es probablemente su principal reto pendiente.

1928

Gran Vía

FOTO JULIO LUQUE



1935

Palacio de la Prensa

FOTO DÍAZ CASARIEGO



1935 y 1941
Hipódromo de la Zarzuela



1939

Calle de la Princesa

FOTO HERMANOS PANDO





1939

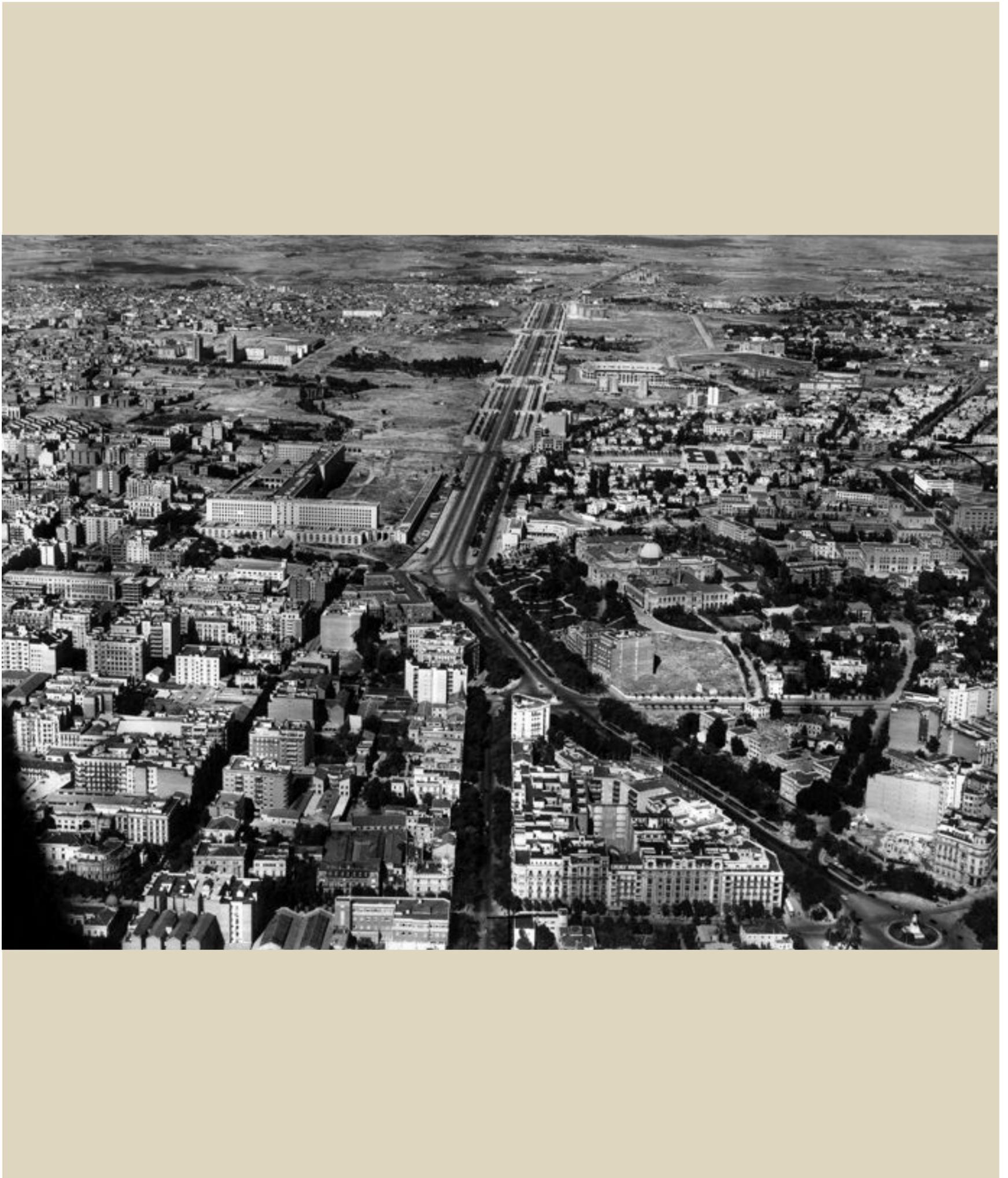
Calle de la Princesa
esquina Hilarión Eslava

FOTO HERMANOS PANDO

1941

Paseo de la Castellana
desde la Plaza de
Gregorio Marañón

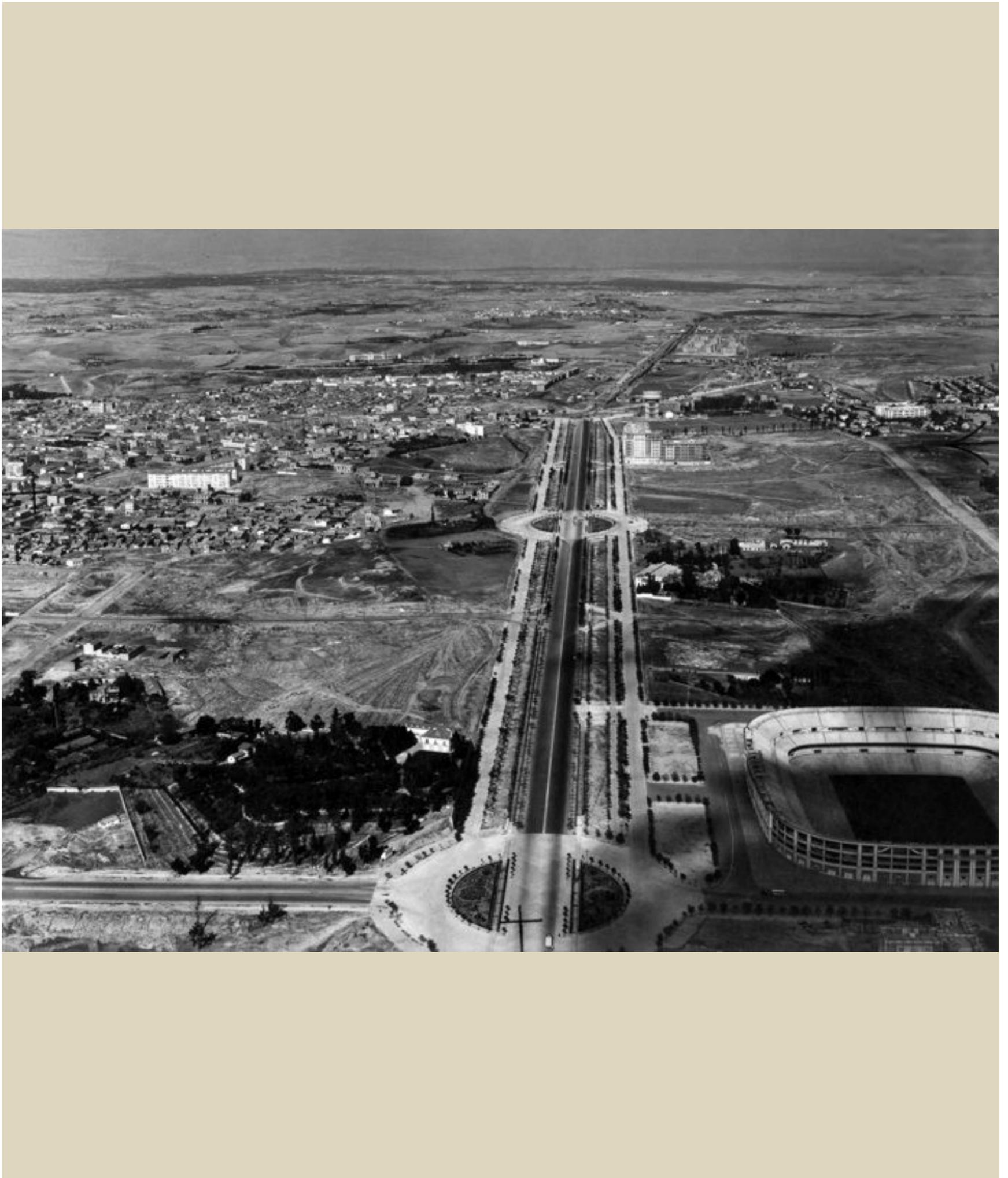
FOTO MANUEL URECH



1941

Paseo de la Castellana
desde la Plaza de Lima

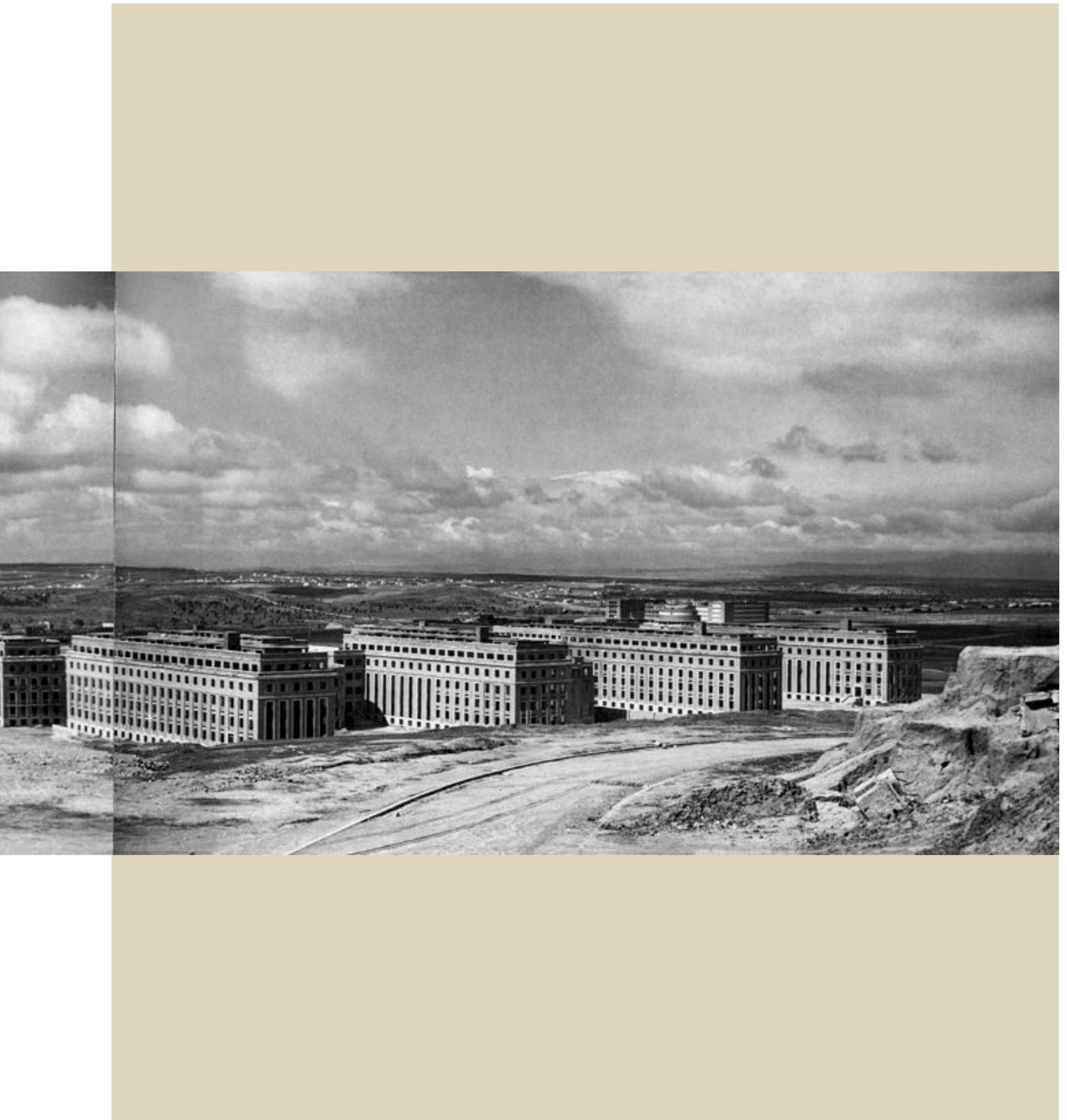
FOTO MANUEL URECH



Ciudad Universitaria 1942



FOTO CIFRA



1946

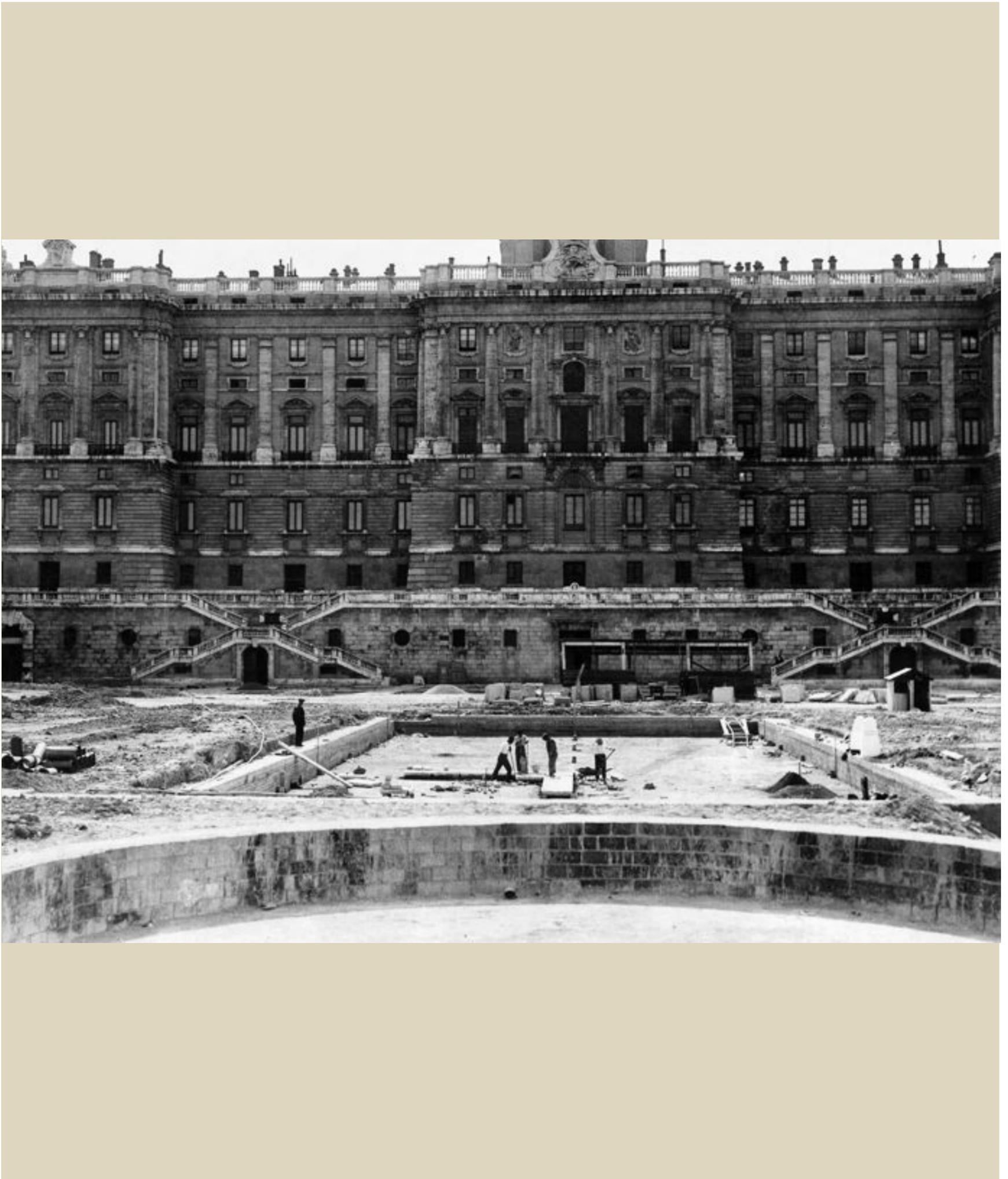
Obras de unión de
la Gran Vía con la
calle de la Princesa

FOTO MANUEL URECH



Hacia 1955
Palacio Real
(fachada al Campo del Moro)

FOTO GARRIDO Y DEL MORAL



1957

Polígono
Francos Rodríguez

FOTO ANGUITA



1959

*Avenida de la Paz
(Barrio de la Concepción)*

FOTO BARAHONA



Hacia 1960
Carrera de San Jerónimo

FOTO MANUEL URECH



Hacia 1960
Edificio Capitol



1960

Calle de Leganitos

FOTO MANUEL URECH



1961

Azca

FOTO FERRÉ



1962

Paseo de la Castellana

FOTO MANUEL URECH



1963

Túnel de Guadarrama

FOTO CAMPÚA

[70]



1964

Avenida de América

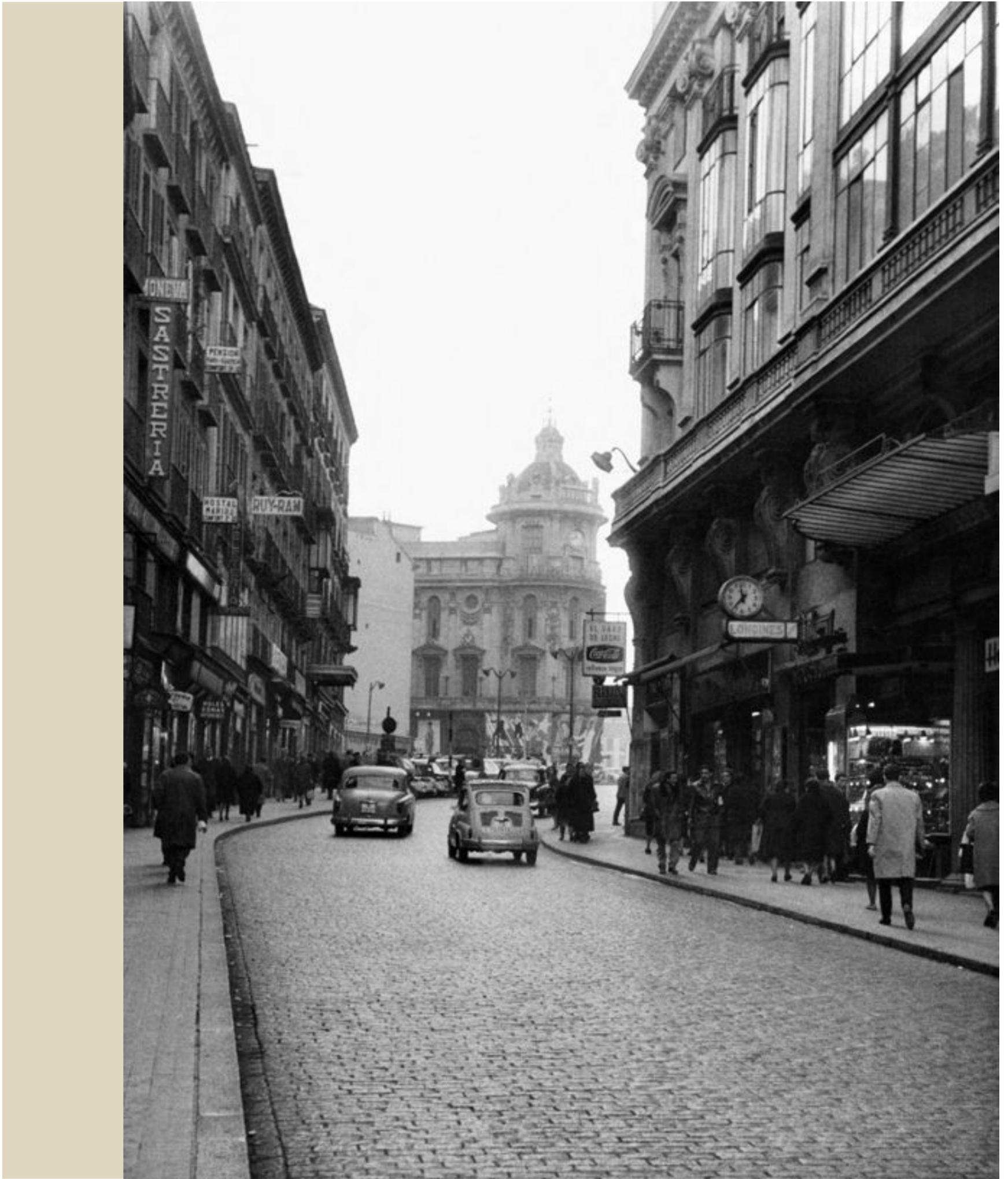
FOTO MANUEL URECH



1964

Calle de Carretas

FOTO MANUEL URECH



1965
Gran Vía

FOTO FIEL



1966
Gran Vía
esquina Hortaleza

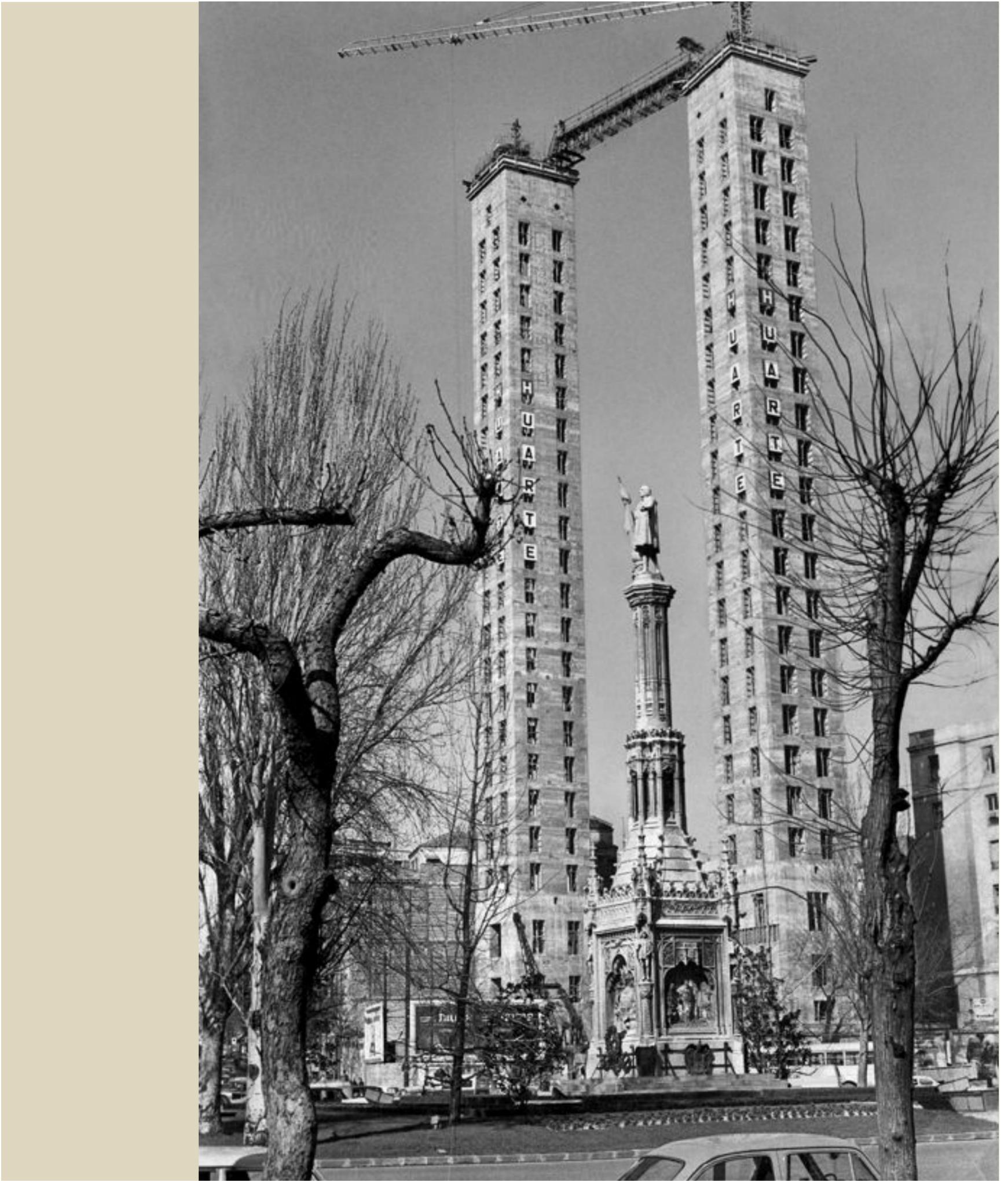
FOTO MANUEL URECH



1966

Torres de Colón

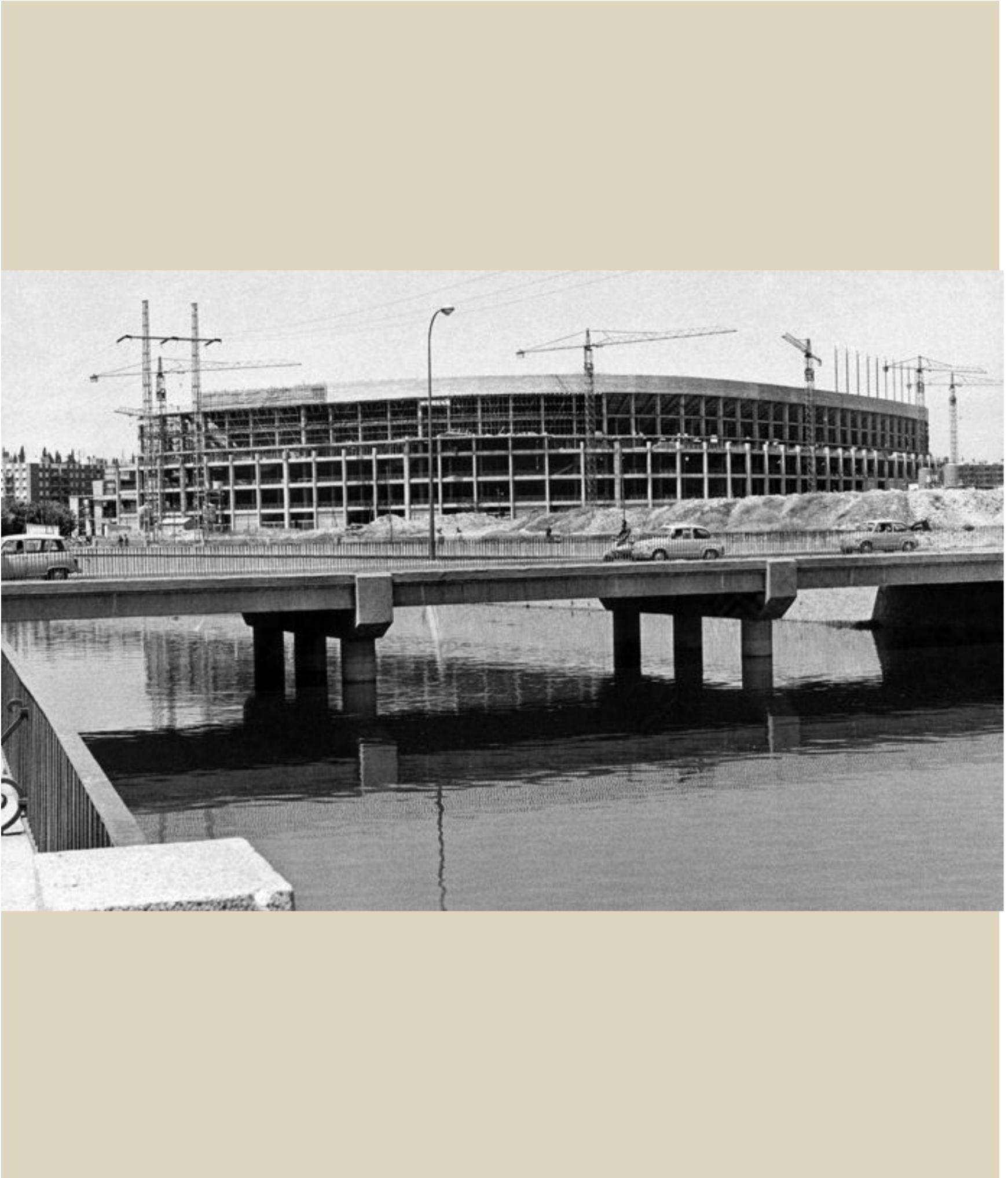
FOTO EUROPA PRESS



1967

Estadio Vicente Calderón

FOTO ALBERO Y SEGOVIA



1968

Piscina de la Latina

FOTO FIEL



1968

Plaza de la Cibeles

FOTO EUROPA PRESS



1968

Paso elevado de Atocha

FOTO ANGUITA



1969

Paso elevado Bailén-Ferraz

FOTO CONESA

[90]



1969

Comprensión y paciencia

FOTO ANGUITA



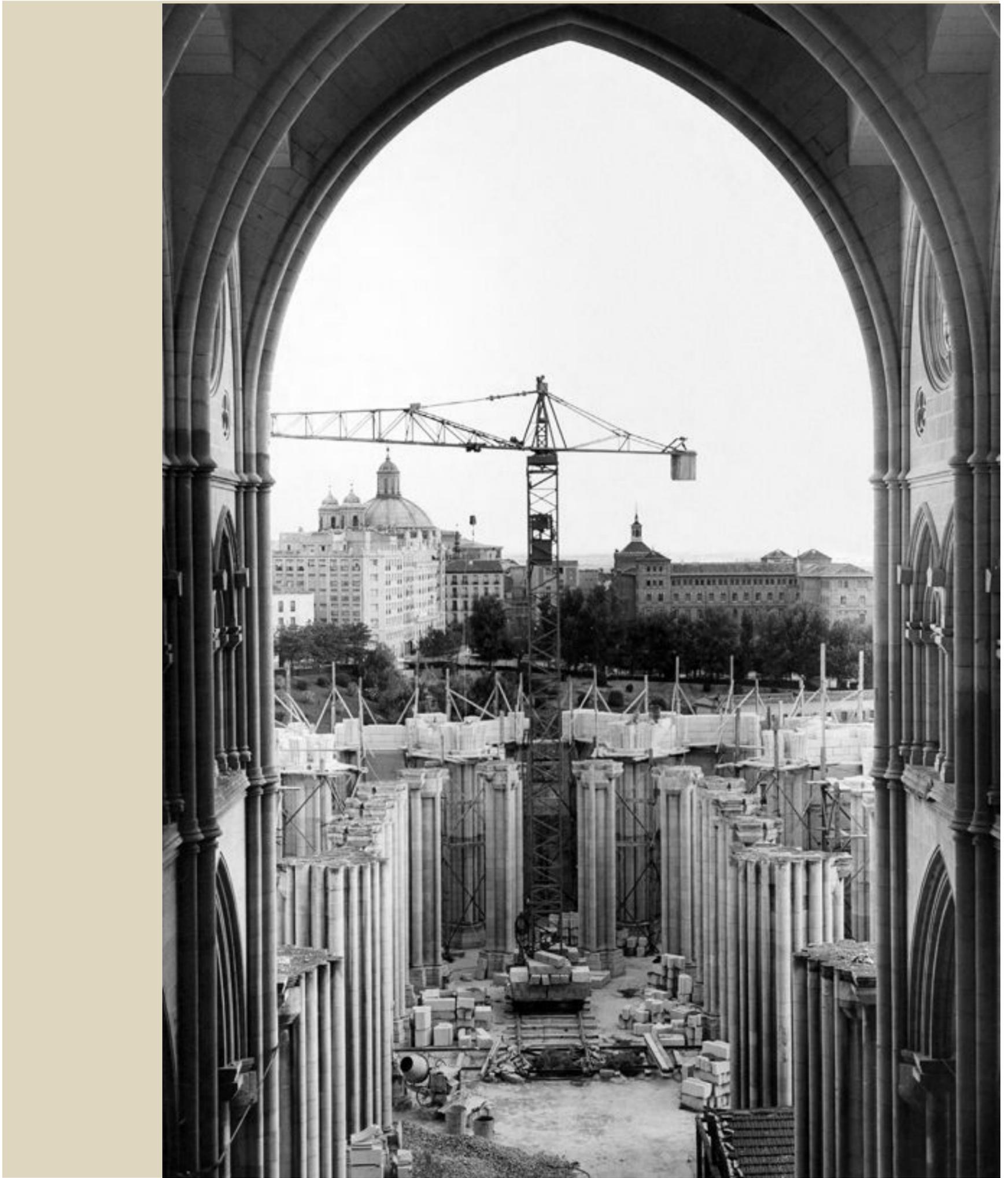
**ESTAMOS HACIENDO SITIO PARA 400 AUTOMOVILES
LE ROGAMOS NOS PERDONE LAS MOLESTIAS DE LA OBRA
PROCURAREMOS TERMINAR LO ANTES POSIBLE
MUCHAS GRACIAS POR SU COMPRESION Y PACIENCIA**

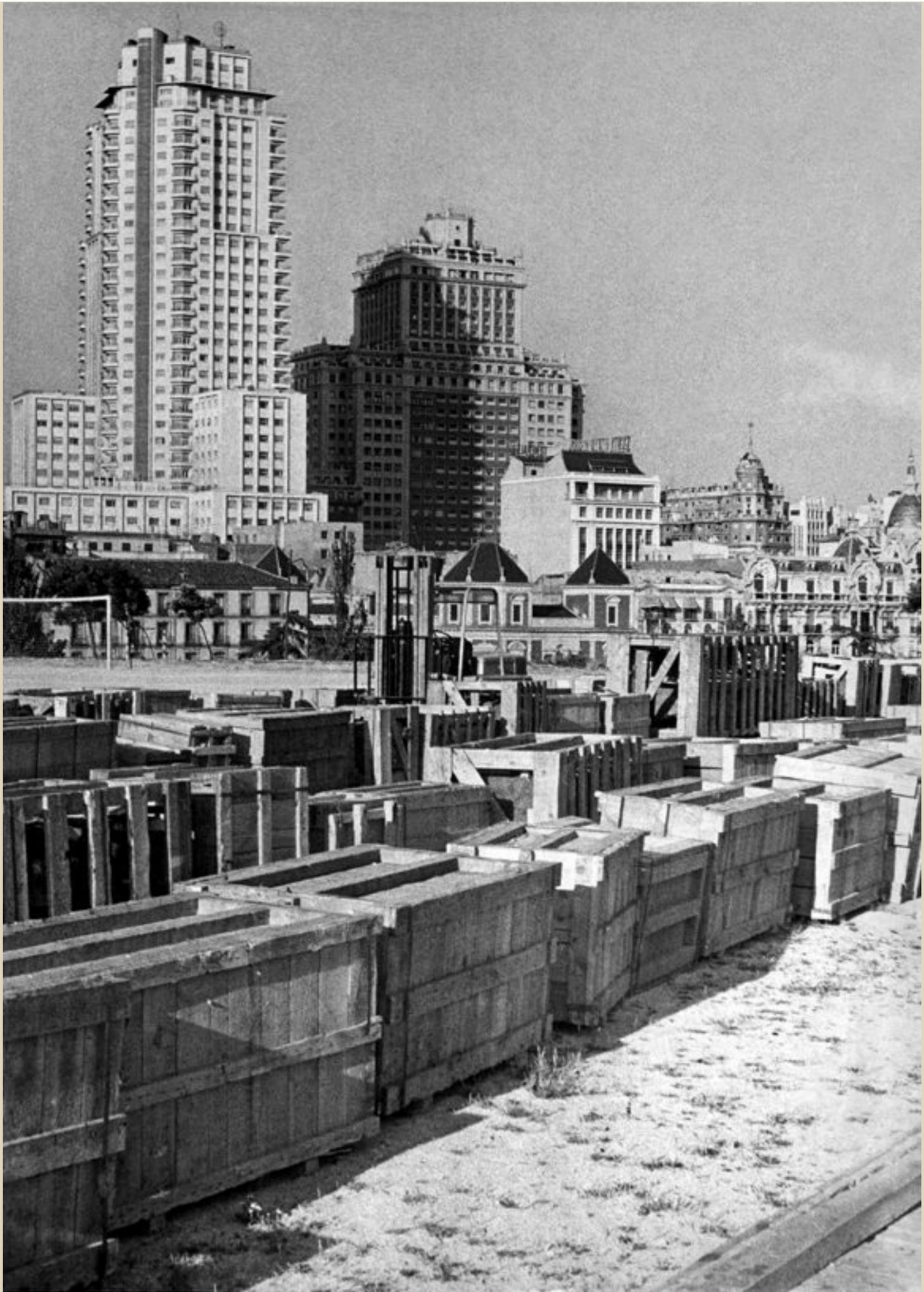


1970

Catedral de la Almudena

FOTO CUADROS





1970

Llegada y montaje del Templo de Debod

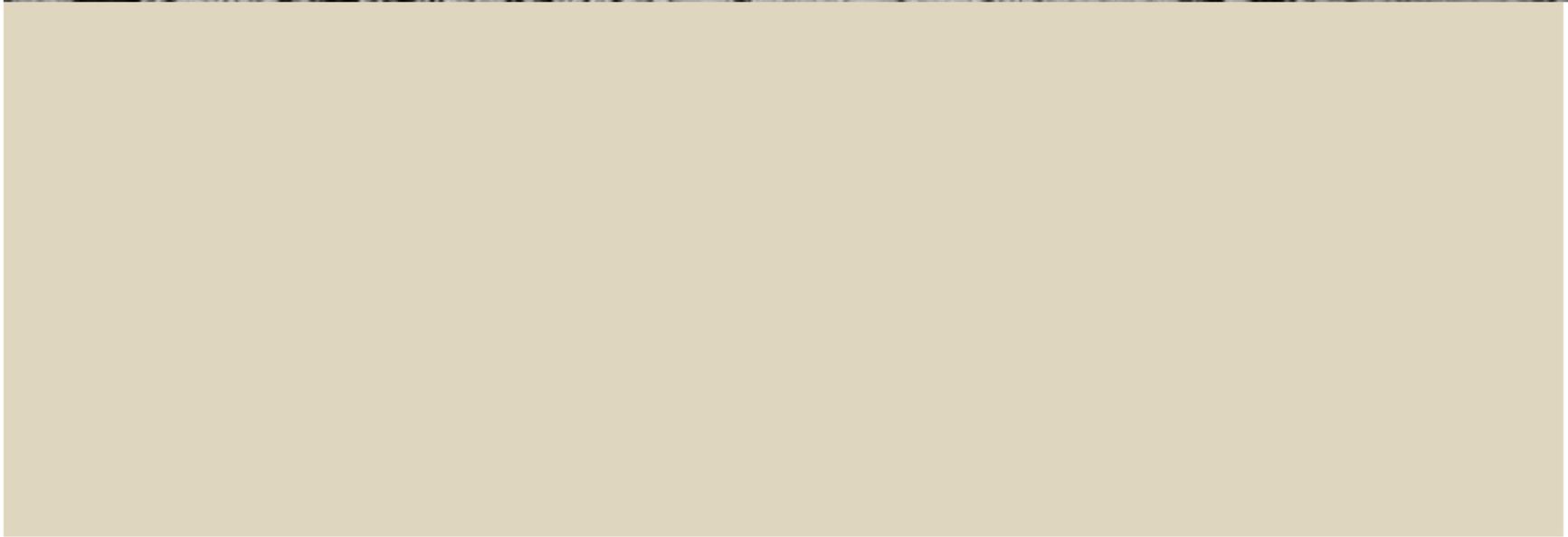
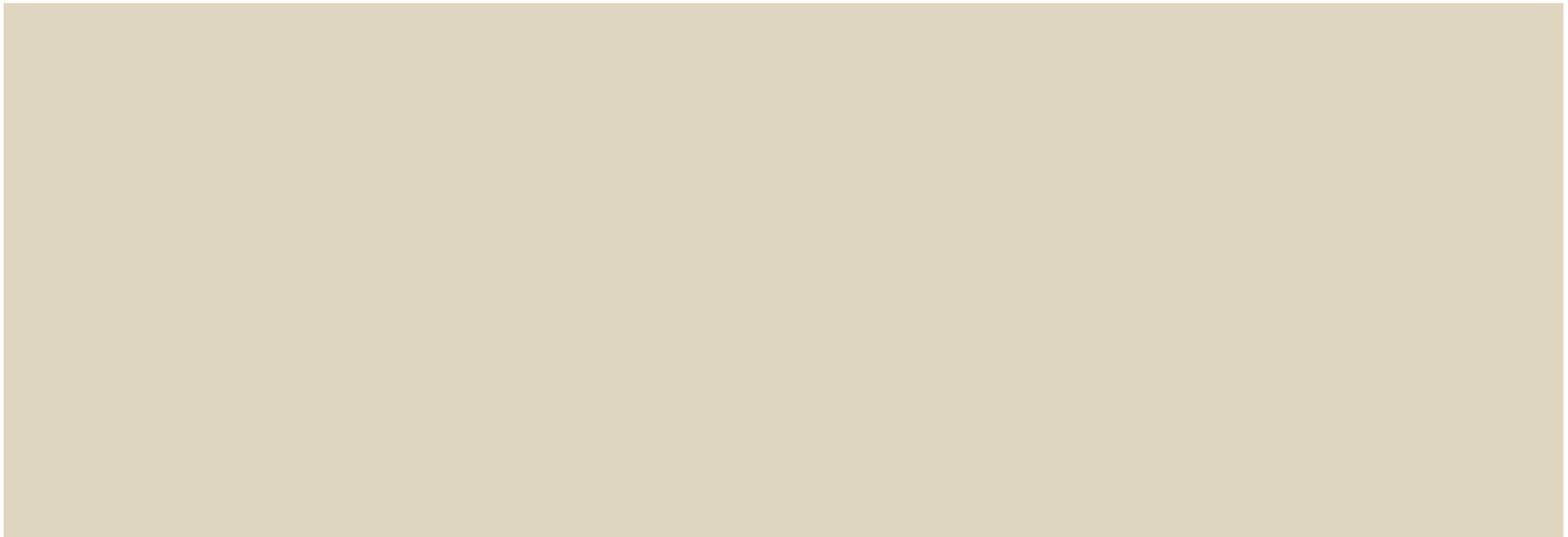
FOTOS WAGNER Y COPRENSA



1970

**Cruce de Velázquez con
Joaquín Costa**

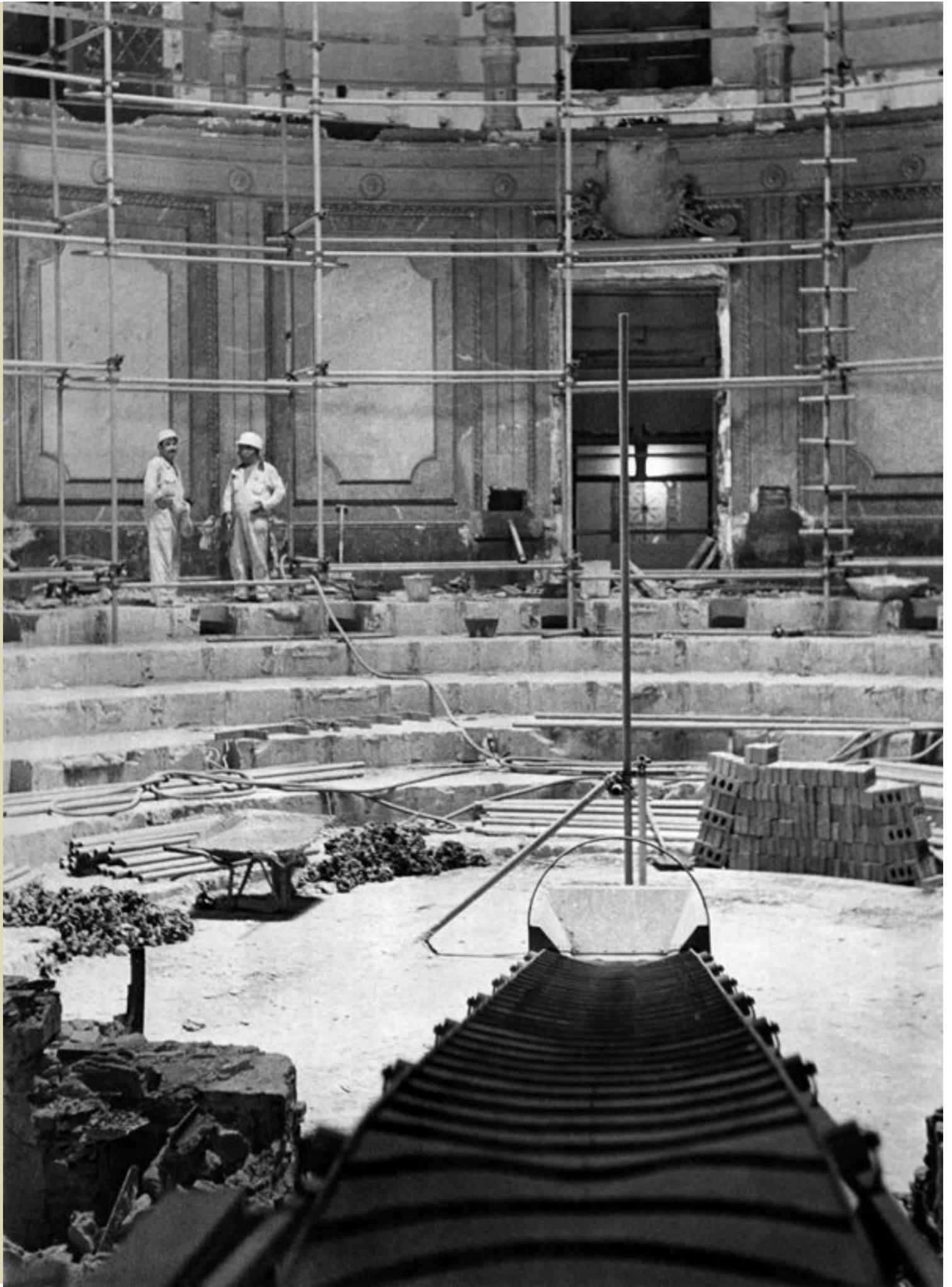
FOTO CONESA



1971

Obras en el hemiciclo del
Congreso de los Diputados

FOTO MANUEL URECH

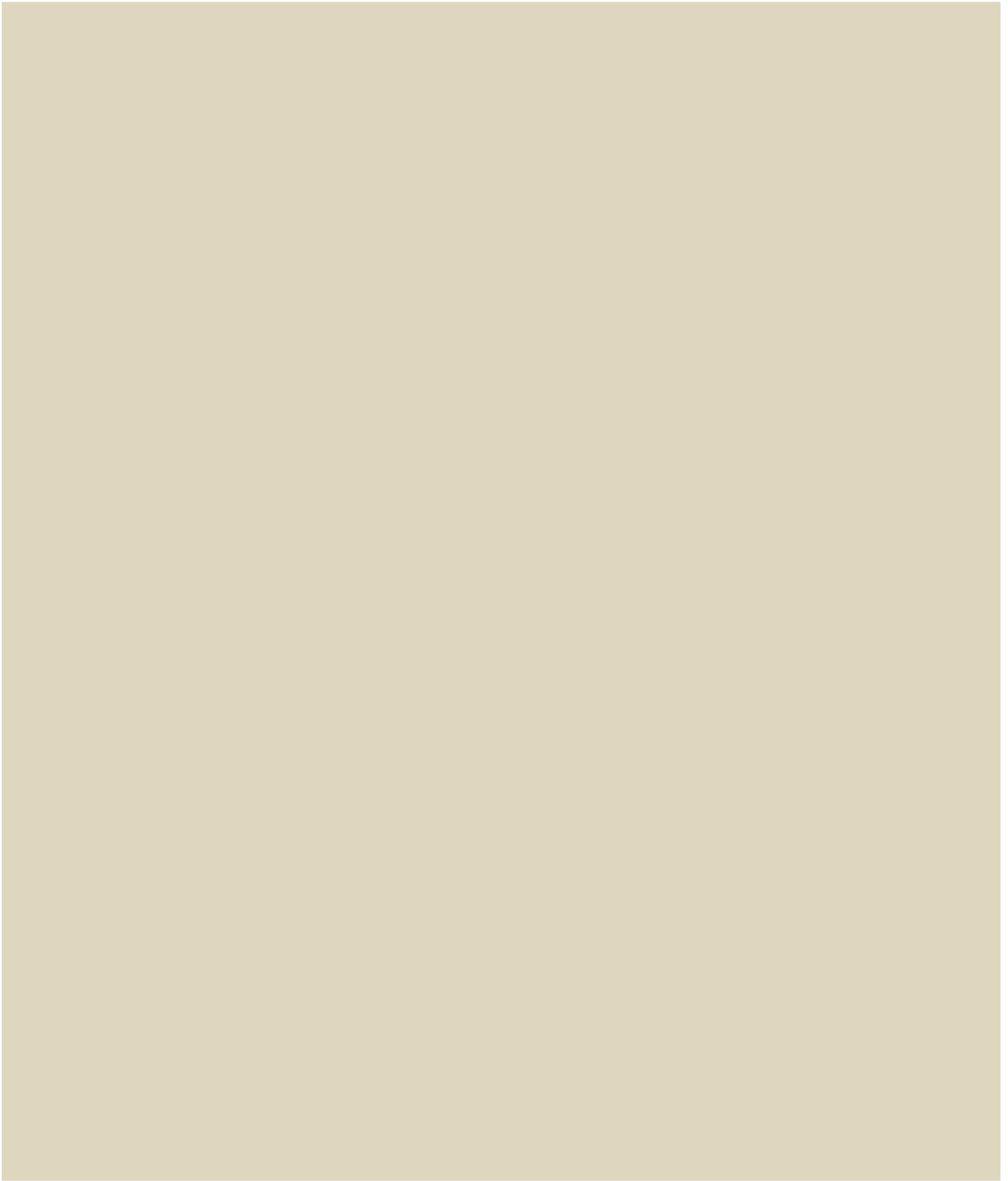


1971

Calle de Arturo Soria

FOTO MANUEL URECH







DEL COMERCIO

NO COMPRE AQUÍ

por Almudena Grandes

Su tipo como ninguno en Espoz y Mina 1.

Aquel era el que más me gustaba, aunque muy cerca, en plena Puerta del Sol, una pancarta enorme, impresa en letras rojas y negras —*Los guerrilleros. No compre aquí. Vendemos muy caro*—, me intrigaba mucho más.

—¿Y por qué ponen eso, mamá?

—Pues para anunciarse.

—¡Pero cómo va a ser para anunciarse! Si así nadie les comprará nada...

Ella lo sabía todo, lo conocía todo, se movía por el centro con la seguridad de un general en un país conquistado. Cada vez que en el colegio alguna profesora nos pedía algo difícil de encontrar, mis compañeras se ponían nerviosas, yo no. No tenía motivos, porque sabía que mi madre dictaminaría, sin margen alguno de error, la dirección de la tienda donde tendrían trajes de chulapa en otoño o polvorones en primavera. No había nada que se le resistiera, hilos, buriles, papeles especiales, reglas de acero, libros agotados, zapatillas de ballet... Y lo mejor era que todas aquellas tiendas estaban en el centro, en el corazón bullicioso y frenético de la ciudad, el paradisíaco caos que a mí ya me fascinaba.

—No lo entiendo, hija mía —decía ella, harta de mis exclamaciones, de mis preguntas, de mi insistencia por quedarme parada en cada escaparate—. Tienes el mismo gusto que los paletos. En eso has salido a tu padre, desde luego...

Desde luego. A ella, que había nacido en la calle Lope de Vega, no le gustaba mucho su antiguo barrio, y prefería el comercio burgués y elegante, reposado, del barrio de Salamanca. Mi padre, en cambio, fue siempre fiel al barrio de Maravillas, el Madrid chispero, golfo y desgarrado, que con el tiempo cambiaría de nombre —ahora es Malasaña—, pero no de carácter. No en vano se había criado entre la fontanería que su abuelo paterno, Moisés Grandes, tenía en la calle Velarde, y la taberna que su abuelo materno, Manuel Rodríguez, regentaba en la esquina de aquella misma calle con la de Fuencarral.

Mi familia todavía guarda algunos cacharros de barro de tres piezas —una especie de bote alargado, con una pieza de base perforada en medio y una tapa que se aseguraba con dos ganchos donde se podía colgar una cuchara—, de los que usaba mi bisabuelo para vender el cocido diario a los obreros solteros, poco antes de que su líder más carismático, Francisco Largo Caballero, pasara por allí para desayunar. Los trabajadores recogían los cacharros por la mañana, la sopa debajo, los garbanzos en medio, y los devolvían por la noche. Lo he oído contar muchas veces, como he oído hablar siempre del mercado de la Corredera, los puestos en la calle, pero no lo había visto hasta ahora, en una de las fotos que se recogen en esta exposición.

La memoria es un mecanismo curioso, leal y traidor al mismo tiempo. Las imágenes, los aromas, los sonidos de la vida vivida y de la imaginada, no menos real que aquélla, laten en un rincón polvoriento, arrumbados por el tiempo y la desidia, hasta que un estímulo adecuado, por pequeño que parezca, les devuelve de golpe su vigor.

Eso es lo que me pasa a mí mientras escribo estas líneas y veo dependientes con boina, y churros enganchados en un junquillo verde, y escaparates tan abigarrados que los ojos se agotan antes de verlo todo, y muchachas de servicio —sin medias, en zapatillas y con una fina chaqueta de lana cruzada sobre el pecho en pleno invierno—, haciendo cola delante de un puesto. Nunca he llegado a olvidarlos, pero ahora recuerdo mejor la chulería de los eslóganes de las zapaterías —¿por qué siempre y sobre todo las zapaterías?—, y la decorosa elegancia de medio pelo de las dependientas de las mercerías, aquellas bolsas de papel donde devolvían las medias a las que les habían cogido los puntos y que llevaban siempre la misma inscripción: *Las medias lavadas quedan mejor reparadas*. En el mercado, las casacas llevaban delantales almidonados y blanquísimos, para compensar el exceso sanguinolento de su trabajo, y los pescaderos, desde su lujoso balcón de hielo picado y festoneado de perejil, coqueteaban con las clientas mucho más que los otros tenderos. ¿Por qué? Tampoco lo sé, pero así era.

Madrid estaba allí y sigue estando aquí, tanto como en cualquier otra parte, más quizás. ¿En alguna otra ciudad del mundo se atrae a la clientela por el procedimiento de ahuyentarla? Si existe, yo nunca he estado allí. *No compre muchos. Mañana podrían estar más baratos*, reza un cartel colgado en la puerta de una huevería que no conocí y que sin embargo reconozco, porque me devuelve al misterio de aquel paradójico eslogan de mi infancia.

Yo soy como soy porque he nacido, he crecido y he vivido en una ciudad donde todas las cosas importantes han pasado siempre en plena calle y con las tiendas abiertas. Las victorias y las derrotas, las fiestas y las batallas, la gloria y el dolor. Luego, aparte, está la capital del Estado, pero eso siempre ha sido, y sigue siendo, otro asunto. Madrid sólo sabe vivir en las aceras, en las plazas, en los mercados, en los negocios de un día, en el cotilleo permanente, en los chismes volanderos, en las noches eternas y las mañanas perezosas, en las barras de los bares, *qué lugares tan gratos para conversar*, cantaba *Gabinete Caligari* en los años 80, mientras la ciudad renacía por enésima vez de sus cenizas, *no hay como el calor del amor en un bar*. Eso es verdad, y aunque quizás hay que ser madrileño para descubrirlo, cualquiera que se asome a estas fotografías aprenderá algo importante sobre la naturaleza de esta ciudad que resiste, y no se quiere a sí misma, pero sigue resistiendo, como si no pudiera y no supiera hacer otra cosa que resistir.

Las cosas han cambiado mucho, pero no han cambiado tanto. Si quieren comprobarlo, vengán a ver esta exposición, y al salir, cojan la calle Larra hasta Barceló y ésta hasta Fuencarral, para ir andando luego, de escaparate en escaparate, hasta la Gran Vía.

Y ya me contarán.

1929

Plaza de Puerta de Moros

FOTO JULIO LUQUE



1929

Mercado de la Cebada

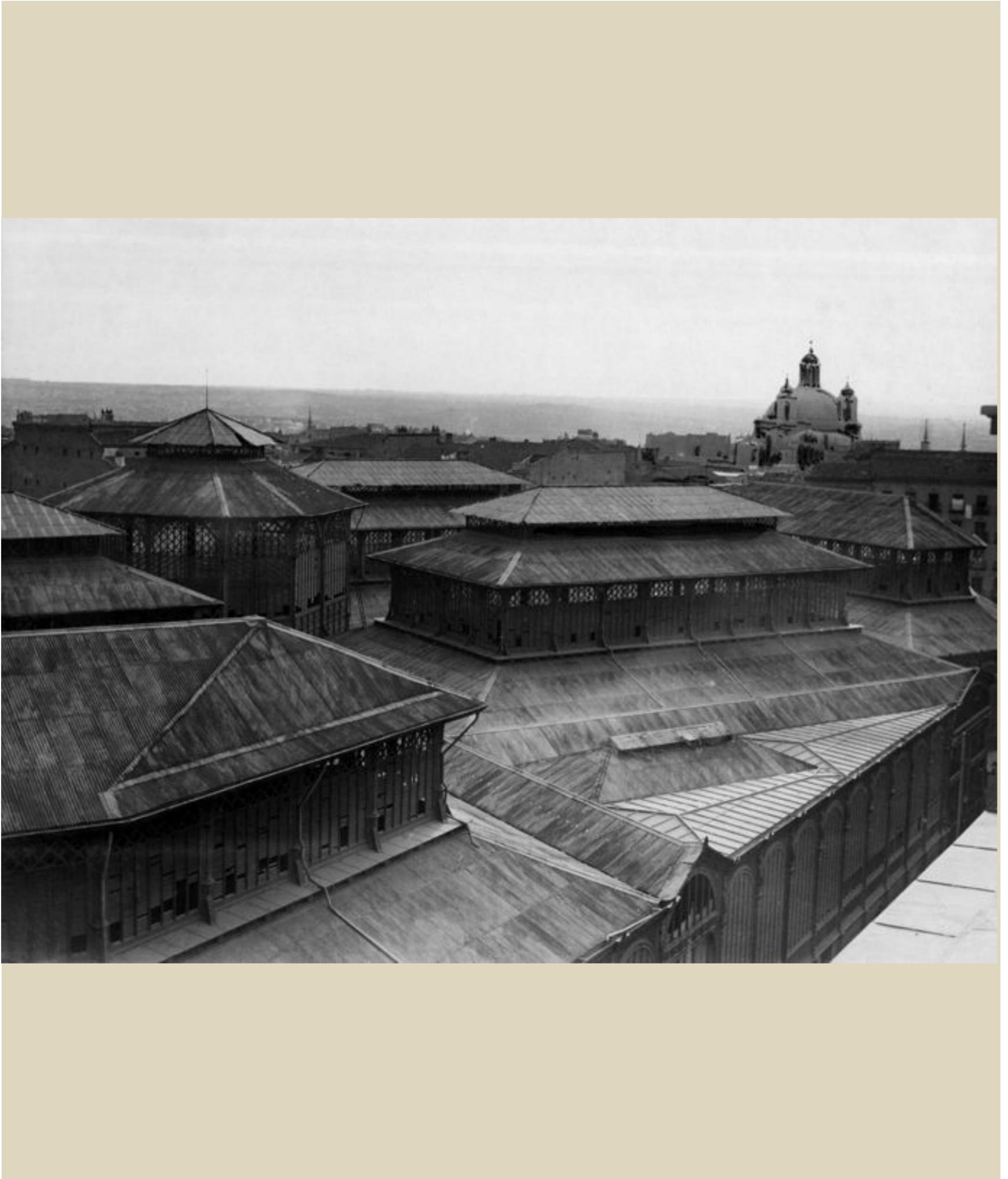
FOTO JULIO LUQUE



1929

Techumbre del
Mercado de la Cebada

FOTO JULIO LUQUE



1929

Mercado de la Cebada

FOTO JULIO LUQUE



Hacia 1930
Panadería madrileña

FOTO INSTANTÁNEAS DE ACTUALIDAD



1932

Mercado de
Diego de León

FOTO DÍAZ CASARIEGO





1934

Inauguración del Mercado de Olavide

FOTO DÍAZ CASARIEGO

1934

**Mercado de Olavide
(obra de los hermanos
Ortíz de Villajos)**

FOTO DÍAZ CASARIEGO



1945

Botijos y búcaros finos

FOTO MANUEL URECH



1945

Mercado de la Corredera

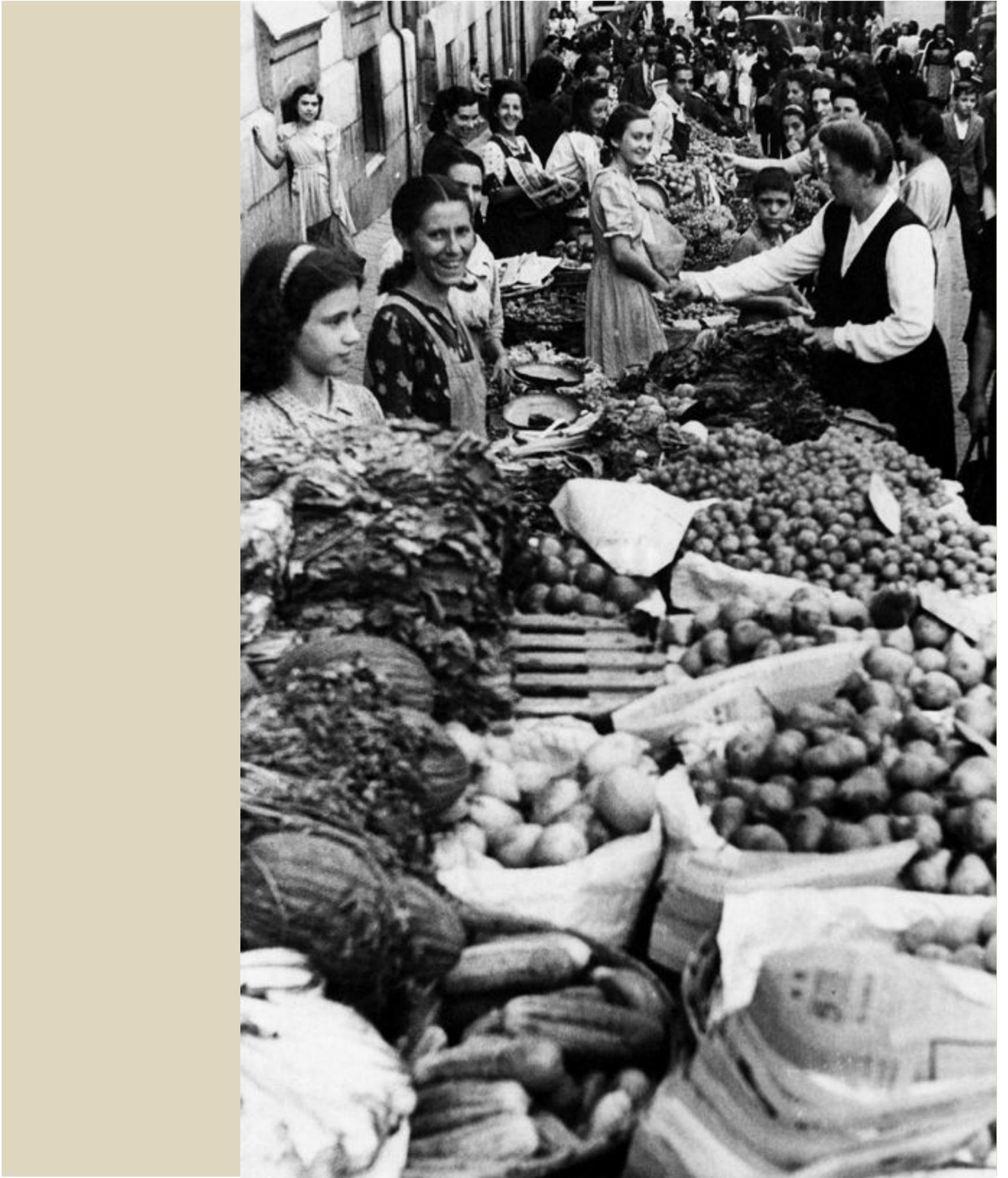
FOTO CIFRA



1945

Mercado de la Corredera

FOTO MANUEL URECH



1953

**Carrera de camareros
por la verbena de San
Cayetano y San Lorenzo**

FOTO TORREMOCHA



1953

Puesto de sandías

FOTO CIFRA



Hacia 1955

Mercado de frutas
y verduras de Legazpi

FOTO MANUEL URECH



1964

Puesto de requesón
«La Cari»

FOTO MANUEL URECH



Hacia 1965
Patatas de Barco de Ávila
junto a Las Ventas

FOTO CIFRA



Hacia 1965
Prêt à porter madrileño

FOTO MANUEL URECH



1965

Desfile de modas en
El Corte Inglés

FOTO V. TRIBALDOS



Compromiso publicitario 1966





1967

Pescaderías Coruñesas
(Calle de Recoletos)

FOTO ANGUITA



1967

Pescaderías Coruñasas
(Calle de Recoletos)

FOTO ANGUITA



1969

Huevería

FOTO ANGUITA

¡¡NO COMPRE MUCHOS!!
mañana pueden estar más BARATOS
5^{pts} DOCENA
!!! HUEVOS MUY FRESCOS !!!

Leveria

Huevos frescos del día a 5 Ptas docena



1969

**Mercado del pescado
(Puerta de Toledo)**

FOTO CONESA



1969

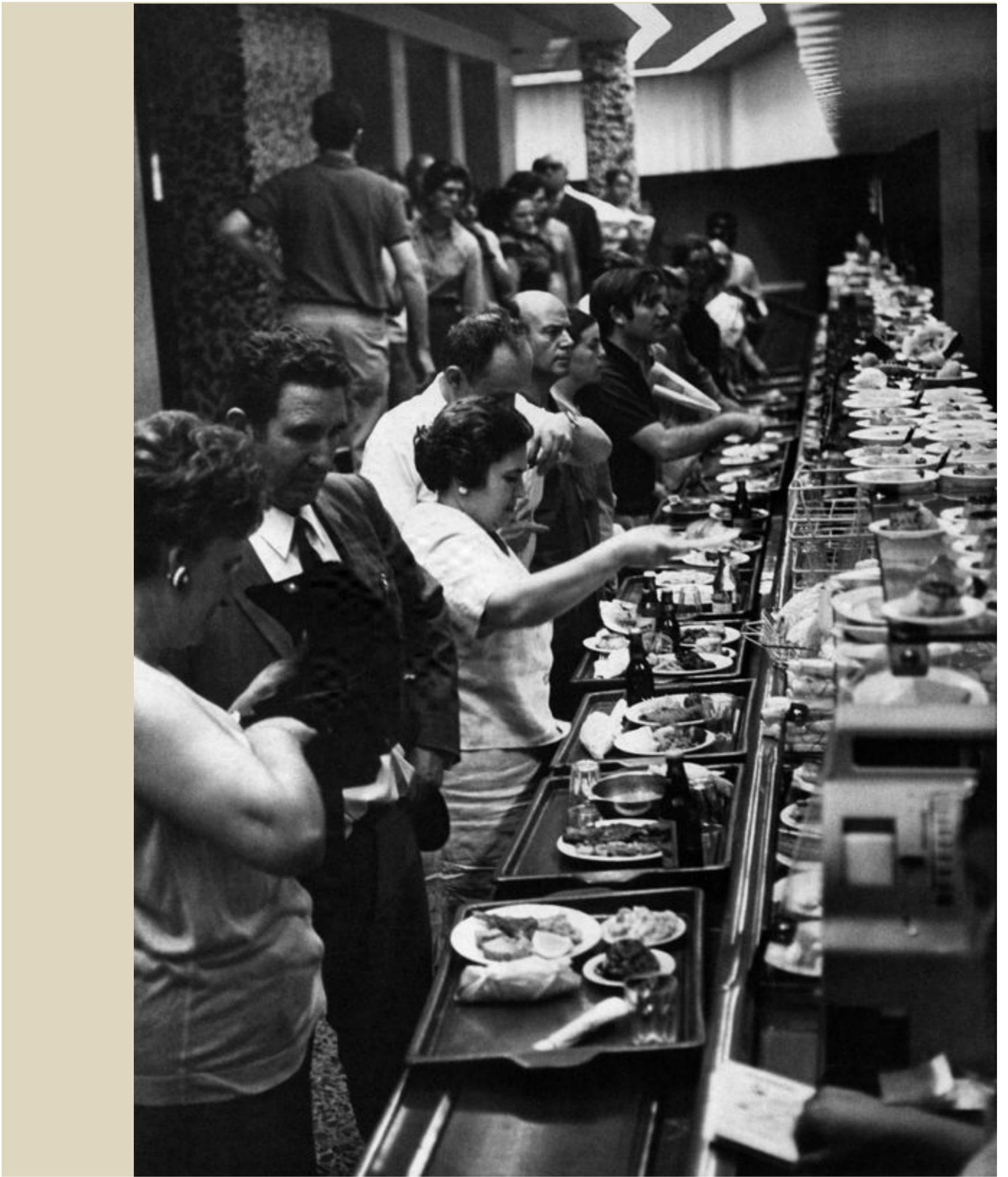
El parque de la Bolsa

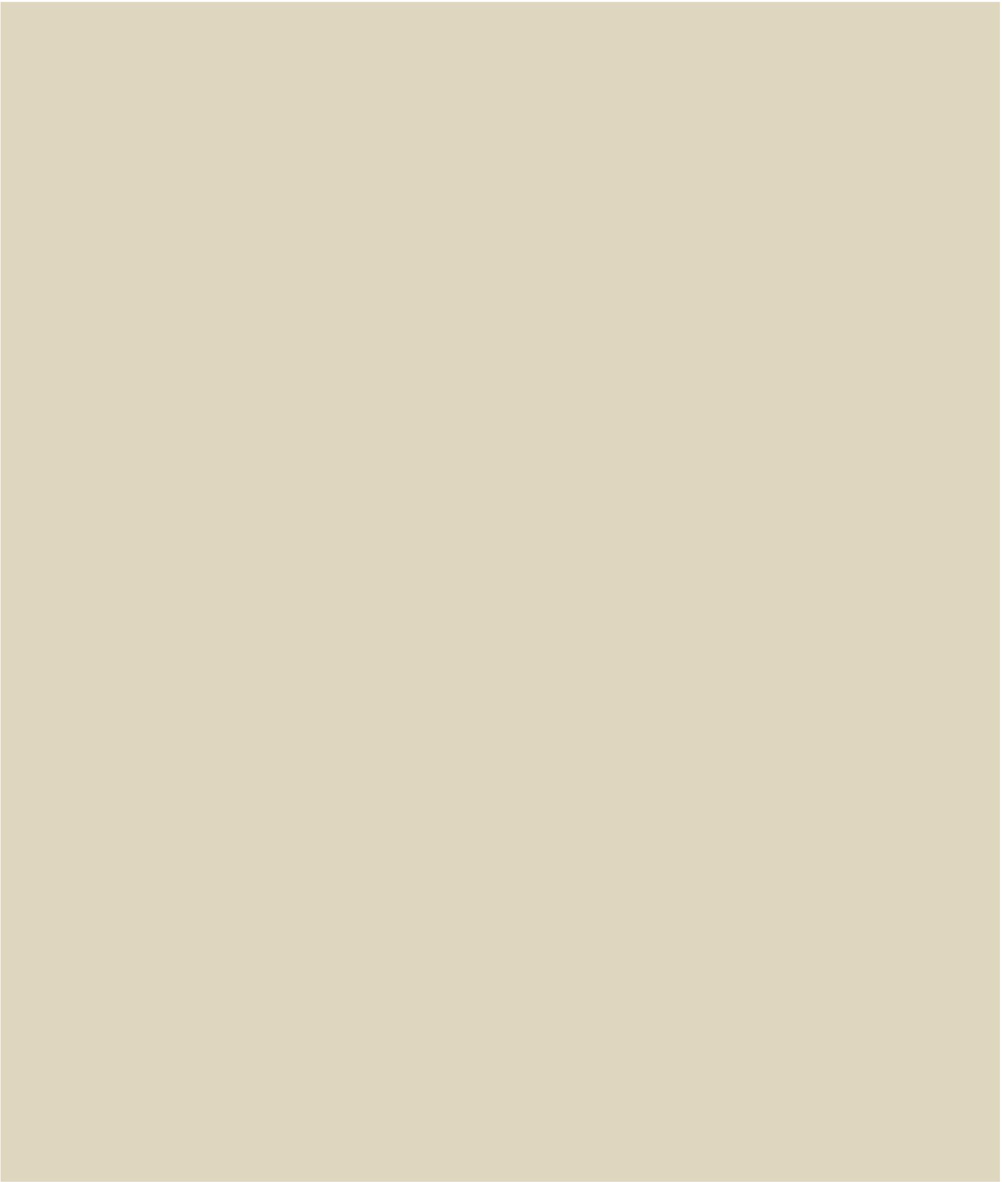
FOTO MANUEL URECH



Hacia 1970
Autoservicio en la
Puerta del Sol

FOTO WAGNER







CALLES Y GENTES DEL COMÚN

CALLES Y GENTES DEL COMÚN

por Clemente Auger

Tranvía 45, línea Cuatro Caminos-Delicias. El viajero atraviesa el corazón de la ciudad, margina barrios deprimidos con vida propia. La ciudad se identifica por la reproducción o memoria siempre confusa de tres zonas centrales, que el tranvía recorre: Chamberí, Salamanca y Lavapies. El doctor de Pigmalión seguro que hubiera podido presumir de su capacidad para adivinar la residencia de cada interlocutor por su habla. Los pasajeros visten de forma uniforme y sin cambios (la ropa es escasa y de uso continuo). Si el hombre usa chaqueta también usa corbata y la mujer desconoce los pantalones y descubre una chaquetilla de punto muy atractiva: la rebeca.

Esta mirada superficial tanto en lo topográfico como en lo humano puede referirse al tiempo transcurrido desde 1945, final de la Guerra Mundial y continuación del Régimen, y 1959, inicio de la ejecución del plan de estabilización. Los hombres y mujeres del país viven conformados, alejados de toda preocupación cercana al interés público, que se entrega a las denominadas «autoridades» y contemplando perplejos las preocupaciones que sobre tal interés empiezan a manifestar algunos jóvenes ciudadanos; la perplejidad está muy alejada de la adhesión y del reproche.

El trabajo escasamente retribuido a cargo del cabeza de familia; el trabajo en el comercio y en el auxilio de la oficina a cargo de muchachas y el duro trabajo del ama de casa sólo tienen como horizonte compensatorio la vida en las calles de la ciudad.

Manifestaciones de esta vida alcanzan hasta la noche de los veranos. Las vacaciones de verano no están extendidas y suelen reducirse a cortas estancias en los pueblos de origen, a los que se accede por los autobuses de las líneas de viajeros, con paradas en todos los pueblos del recorrido y velocidades mínimas, a pesar de la desaparición del gasógeno, por el constante recalentamiento del motor.

La ausencia de vacaciones de verano estaba compensada por dos acontecimientos: las tertulias nocturnas que se organizaban en la acera junto al portal de sus domicilios con sillas bajadas desde casa y las verbenas. Desde la de San Antonio, del Carmen, de los Ángeles, hasta la verbena de la Paloma. Esta verbena estaba acompañada de la procesión de la Virgen de la Paloma, por la que se sentía particular devoción, al margen de cualquier reflexión sobre la procedencia o improcedencia de creencia que la justificara. Fuera del verano, algún entretenimiento y pocas emociones. La emoción, como es natural, ha de estar asociada a la infracción. Pues bien, la infracción tenía escasa entidad. En el

tranvía, el 45 citado o el 7, desde Cibeles a Chamartín, ocupar el tope con elusión del pago del billete y posible agresión por parte del conductor con la cartera metálica de los talonarios. En el metro la posibilidad de contacto silencioso entre hombres y mujeres, especialmente en la línea 1, Cuatro Caminos-Sol, sin llegar a las exigencias japonesas de trenes exclusivamente destinados a público femenino.

El cine era el entretenimiento de todos los grupos sociales. La exigencia de calidad no era excesiva (sin perjuicio de ver obras maestras del cine negro americano y del neorrealismo italiano). El entusiasmo extendido en los espectadores se concentraba en las actrices, desde la española Aurora Bautista («Pequeñeces», «Alba de América») hasta Esther Williams («Escuela de Sirenas»).

Y la sustitución del mar, con ensueño sobre las playas tan alejadas, se compensaba con el río Manzanares, en el que un charco era denominado «Playa de Madrid» y en donde se construyó el Parque Sindical, cuya fealdad no constituía obstáculo para invasión (esta vez sí a la japonesa) de las piscinas que habían desbancado a la «Playa de Madrid».

En Semana Santa no existía el trasiego de los «puentes». Pero hay que rendirse a la alegría y belleza del Paseo de Recoletos, donde se alquilaban las sillas para poder ver a quienes por él mismo transitaban. Destacaban las mujeres con mantillas y los oficiales del ejército con traje de gala y carterilla de charol. Pero las procesiones fundamentales sólo eran dos: la salida del Cristo de Medinaceli por la tarde del Viernes Santo y la procesión del silencio por la Avenida de José Antonio (antes y después Gran Vía). En esta procesión el lugar privilegiado para su participación se encontraba en la Red de San Luis, cuya marquesina a ras de calle, obra del arquitecto Palacios, se ha trasladado a Porriño.

Algún edificio se incendiaba, el *ABC* de la Castellana, había que reconstruir la Plaza de Toros de Vista Alegre y Guírrrez Soto estaba a punto de terminar el Ministerio del Aire. Faltaban los edificios de cierre de la plaza y en el solar a ellos destinados algún año se instalaba una carpa con una ballena maloliente, enfrente de la fábrica de cervezas «El Laurel de Baco», que absurdamente era visitada de continuo con gran éxito. Igual fenómeno se produjo con la «Gata con Alas» en los sótanos del Palacio de la Música.

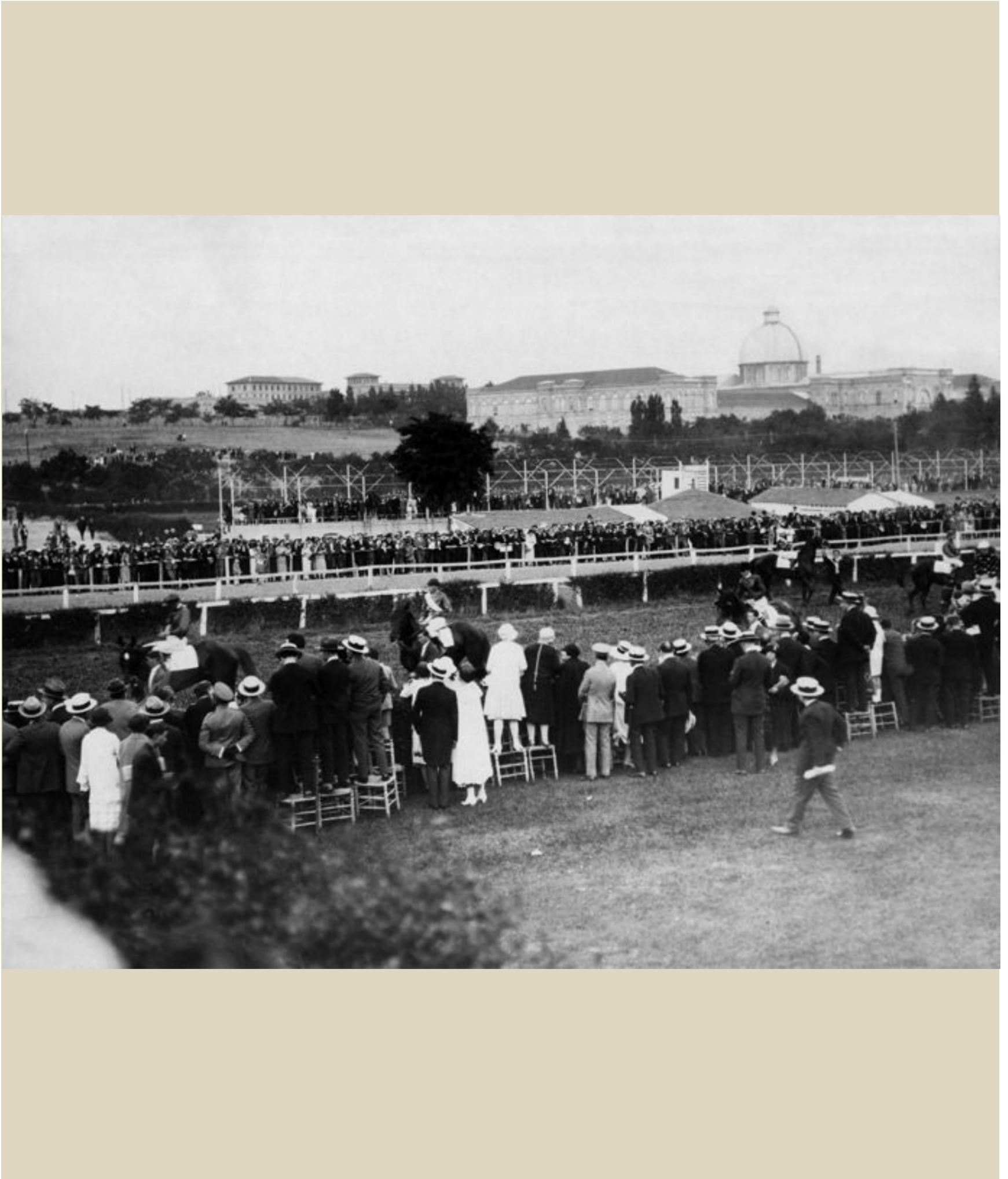
De la Estación del Norte salían ordenadas expediciones de emigrantes para Suiza y Alemania y Pertegaz ofrecía pases de modelos, sin extravagancias y con atractivo. Y se asoma el estreno de «55 Días en Pekín», el plan de estabilización empieza a surtir efecto.

Y así pueden recordarse a los hombres y las gentes de la ciudad desde el único punto de vista presentado: las maravillosas fotografías del diario *Madrid* que con tanta oportunidad ahora se exhiben.

1926

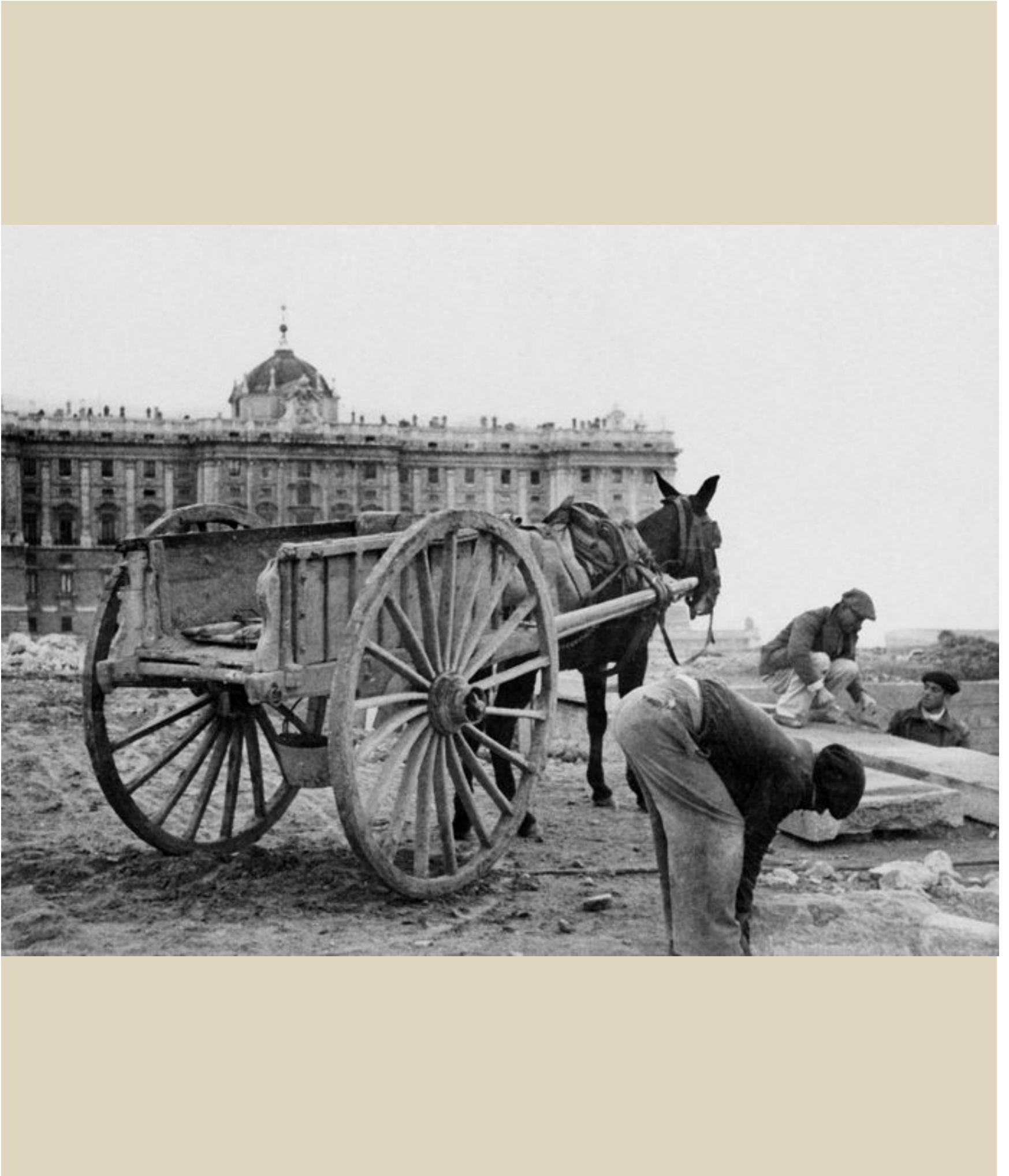
Hipódromo de la
Castellana

FOTO ORTÚ



Hacia 1930
Obras en los jardines
del Palacio Real

FOTO INSTANTÁNEAS DE ACTUALIDAD



Hacia 1940

**Toros junto al Retiro
(Calle de Alfonso XII)**

FOTO CERVERA



1944

**Feria del Libro
(Paseo de Recoletos)**

FOTOS MANUEL URECH

[170]



1944

Museo del Prado

FOTO INSTANTÁNEAS DE ACTUALIDAD



1946

**Fiestas de San Isidro
(Plaza Mayor)**



Hacia 1946
Terraza en el
Paseo de Recoletos

FOTO CIFRA



Hacia 1946
Paseo de Recoletos

FOTO MANUEL URECH

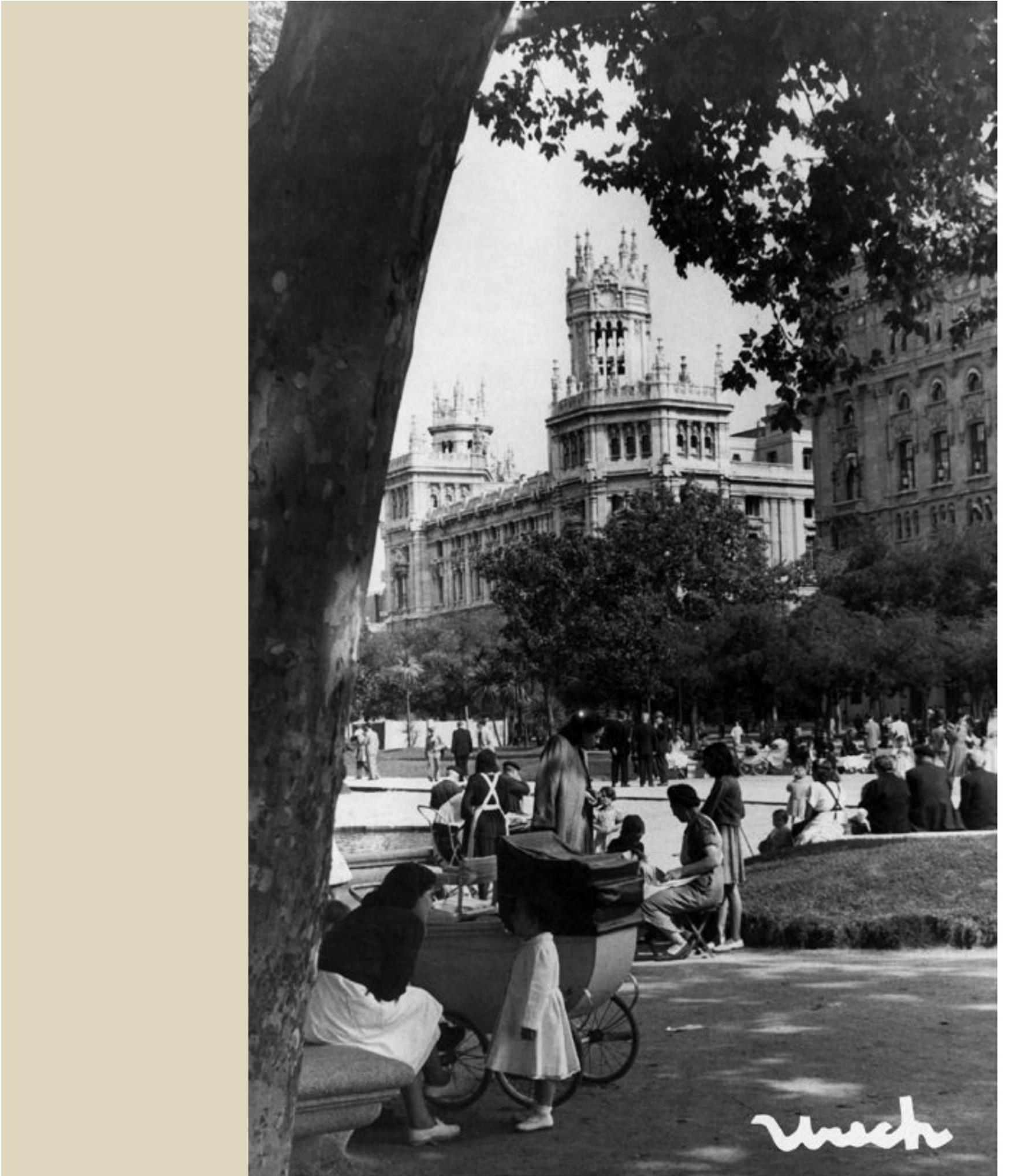


much

1947

Paseo del Prado

FOTO MANUEL URECH



1947

La fresca del verano

FOTO SAIZ

Saiz



1947
Estación de Atocha

FOTO PORTILLO





Unsch

1947

Regreso del verano en la
Estación del Norte

FOTOS MANUEL URECH



Hacia 1948
Festividad de San Isidro
(Calle de Toledo)

FOTO MANUEL URECH



Hacia 1950
La Cibeles con elefantes

FOTO CIFRA



1950

Salida de autobuses
«La Sepulvedana»

FOTO MANUEL URECH



Hacia 1950
Festividad de San Isidro
(Plaza de Cascorro)

FOTO MANUEL URECH

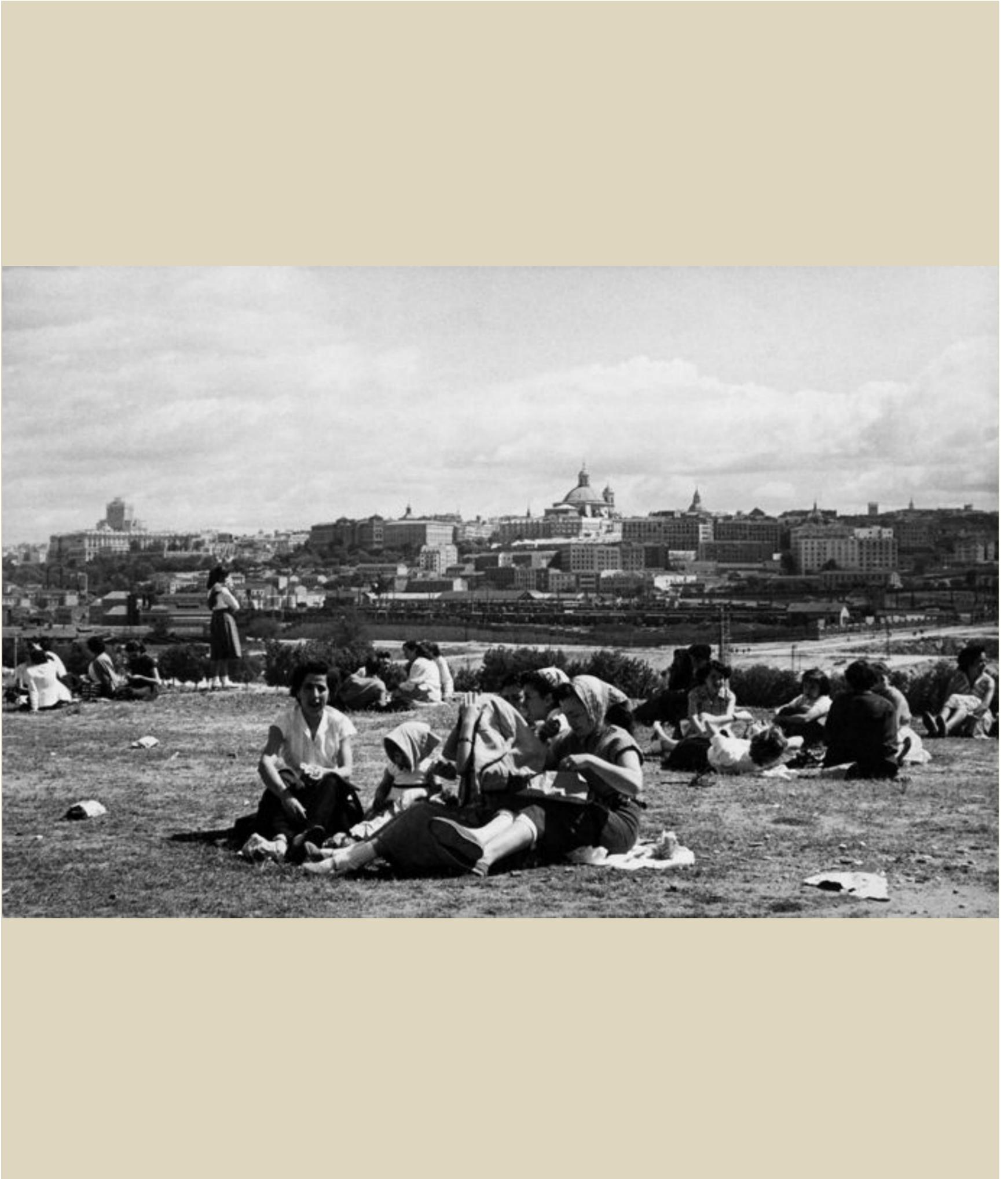


1950

Pradera de San Isidro

FOTO MANUEL URECH

[196]



1951

Pasadizo del Panecillo en
el barrio de los Asutrias

FOTO ALFONSO



1951

Biblioteca pública móvil

FOTO BASABE

[200]



1951

Baño en el Manzanares

FOTO MANUEL URECH



1953

Salida de autobuses
a Cenicientos

FOTO MANUEL URECH



1954

Procesión de San Cayetano
(Barrio de Embajadores)

FOTO CIFRA



1954

Tranvía sobre el
Puente de Toledo

FOTO MANUEL URECH

Urech



Hacia 1954

Baño en el Manzanares
(Puente de los Franceses)

FOTO RUIZ





1954

**Baño en el Manzanares
(Viveros de la Villa)**

FOTO CIFRA

1957

Plaza de la Cibeles

FOTO CIFRA



1958

Procesión del
Cristo de Medinaceli
(Plaza de las Cortes)

FOTO MANUEL URECH



1959
Calle del Carmen

FOTO MANUEL URECH



1959

Procesión de la Paloma

FOTO CIFRA



1959

Verbena de la Paloma

FOTO CIFRA



1960

**Crecida del Manzanares
a la altura de la
piscina de la Isla**

FOTO MANUEL URECH





1960

Fuente de la Salud
(Parque del Oeste)

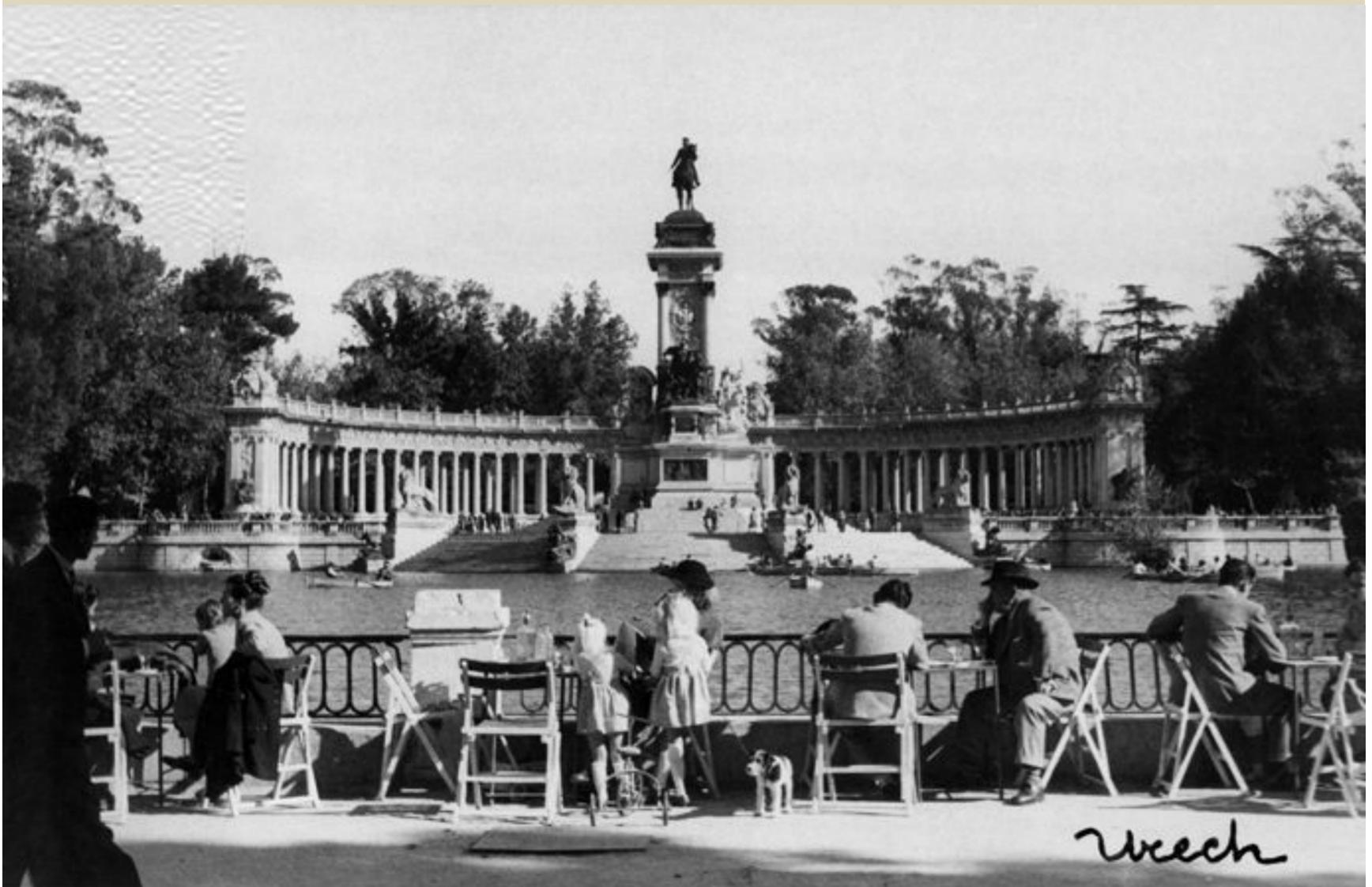
FOTO MANUEL URECH



1960

Estanque del Retiro

FOTO MANUEL URECH





1961

**Concierto de la
Banda Municipal
(Parque del Retiro)**

FOTO MANUEL URECH

1961

Ermita de San Isidro

FOTO MANUEL URECH



1962

Bañistas en El Pardo

FOTO ANGUITA



1963

Plaza de la Moncloa

FOTO MANUEL URECH



1963

Incendio en Las Ventas

FOTO MANUEL URECH



1964

Terraza en la Gran Vía

FOTO MANUEL URECH



1964
Cine Doré
(Calle de Santa Isabel)

FOTO MANUEL URECH



1964
Calle de Serrano

FOTO MANUEL URECH



1965

Plaza de la Cibeles

FOTO ANTONIO ALCOBA



1965

Fútbol bajo el viaducto

FOTO LARRÚ



1965

Metro de Madrid

FOTO LARRÚ

8

DEJEN SALIR



1965

**Tranvía por la plaza del
Marqués de Vadillo**



1965

Calle de Serrano

FOTO CIFRA

[250]



1965 y 1966
**Piscina del
Parque Sindical**

FOTOS CIFRA

[252]

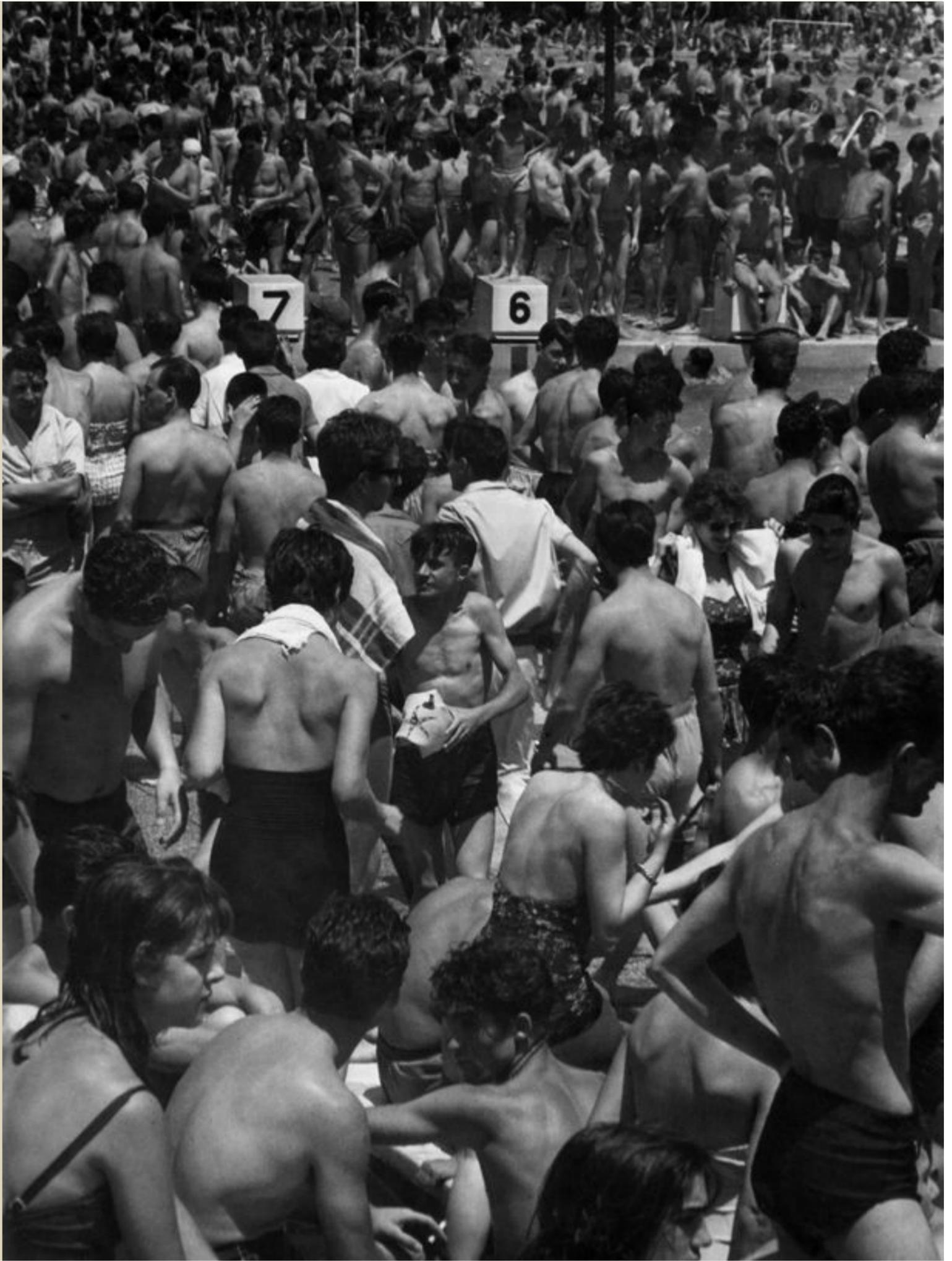




1966

Piscina del
Parque Sindical

FOTOS ANTONIO ALCOBA



1966

Calle de Preciados

FOTO BASABE





1966

Equipajes de emigrantes
españoles

FOTO ARTURO



1966

Emigrantes españoles
camino de Alemania

FOTO ARTURO



1967

Barrenderos
quitando la nieve

FOTO ANGUITA



1967

Cabras por la
Avenida de Oporto

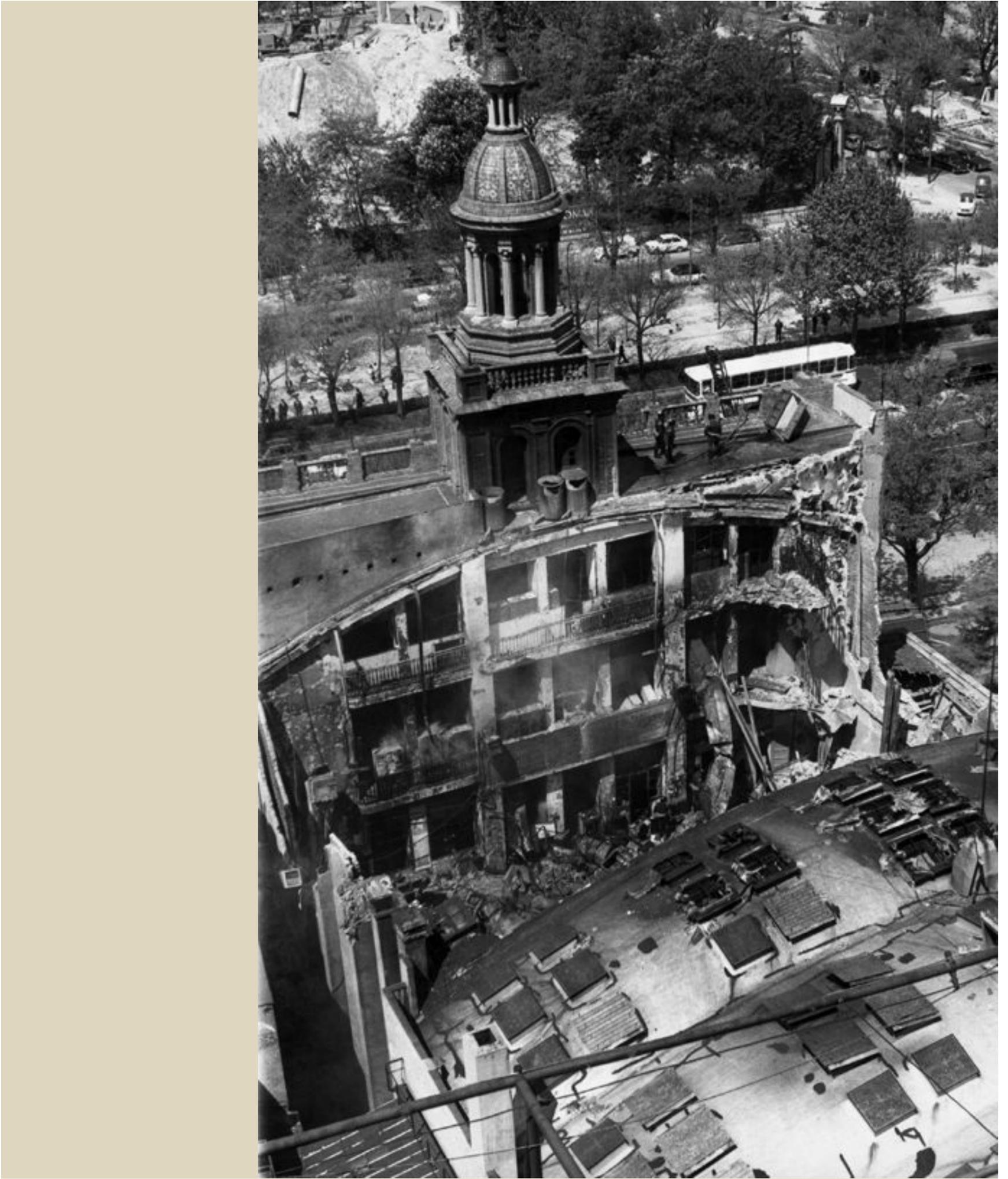
FOTO CONESA



1967

**Incendio en el *ABC*
(Paseo de la Castellana)**

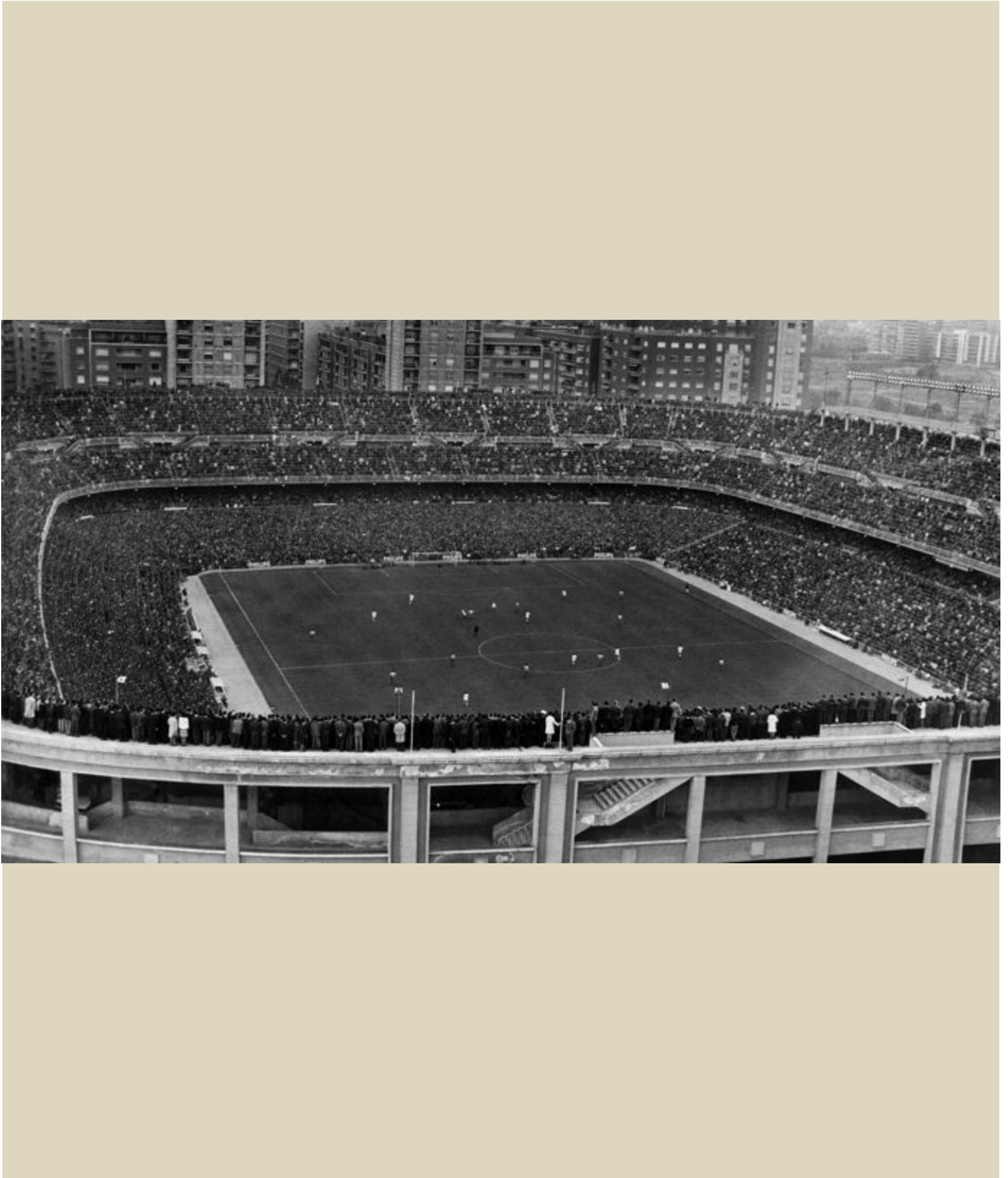
FOTO EUROPA PRESS



1967

Estadio Santiago Bernabéu
(Real Madrid-Atlético
de Madrid)

FOTO ALBERO Y SEGOVIA



Hacia 1968
Tranvía 61
(Moncloa- Narváez)

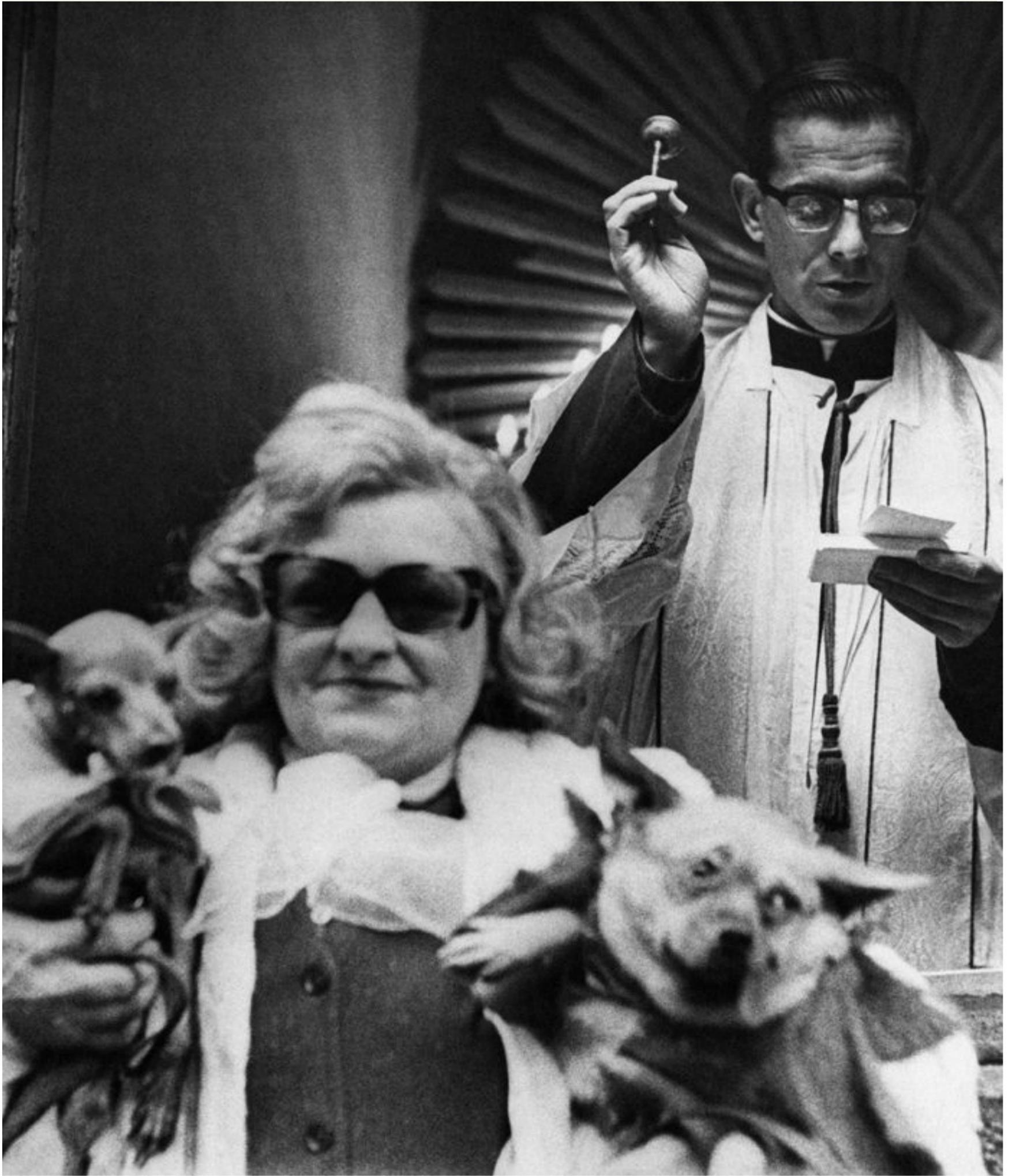


1968

Festividad de San Antón

FOTO ANGUITA

[270]



1968

Biblioteca pública

FOTO MANUEL URECH



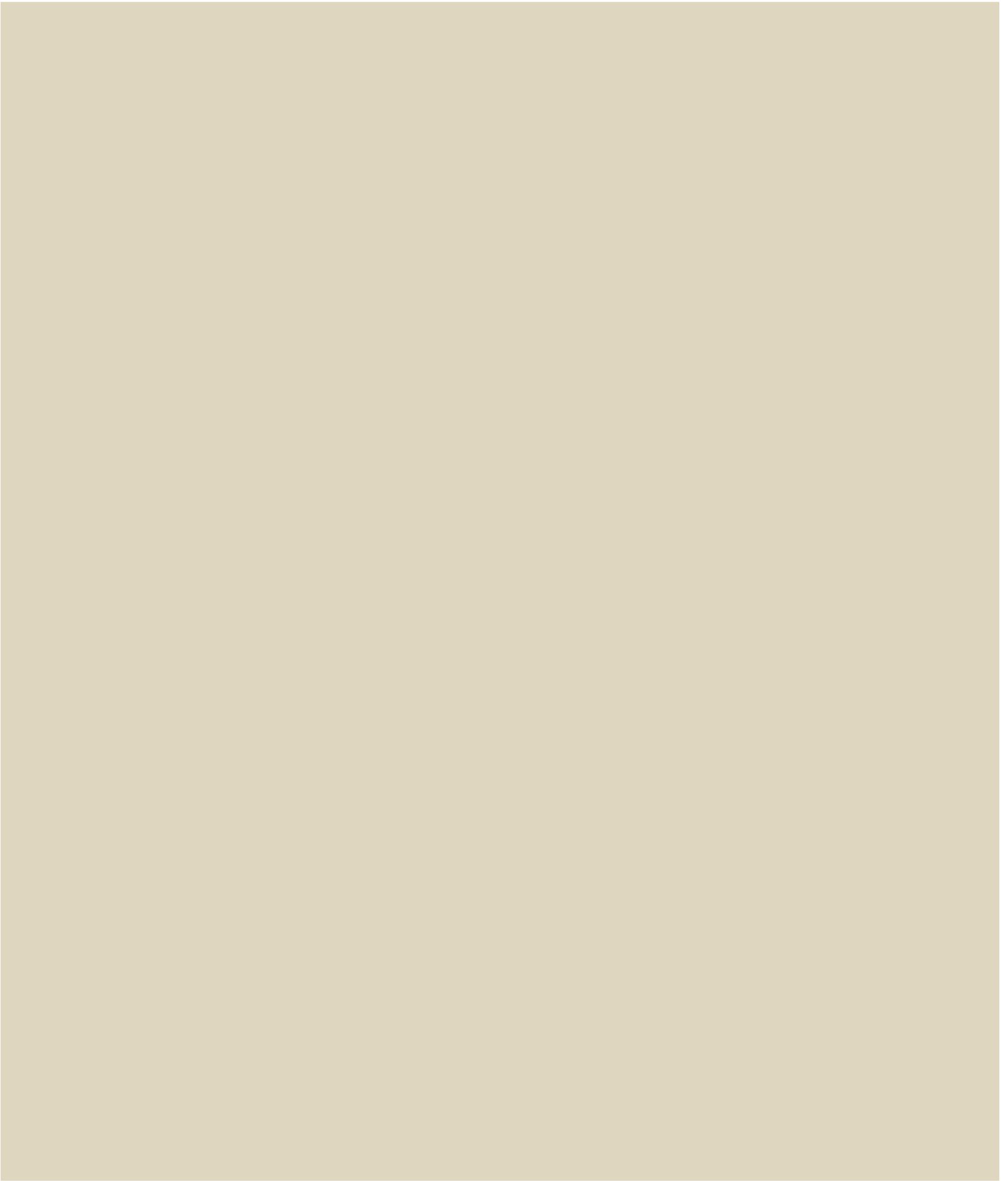
1969
Plaza de Callao



Hacia 1969
Fútbol en la
Plaza de Oriente

FOTO LOREN







PERSONAJES

PERSONAJES DE MADRID

por Nativel Preciado

Repaso la selección de personajes del siglo XX desprendidos del archivo del *Madrid* y compruebo que algunos sobreviven todavía en esta ciudad tan nuestra, tan querida y tan caótica. Conocí a muchos de ellos en el último tercio del pasado siglo. Revuelvo en mi memoria para recordar nombres, declaraciones, incidentes, fechas y anécdotas que forman una historia vertiginosa y desordenada, parte de la cual me tocó vivir desde el privilegiado observatorio del diario *Madrid*. Veo a una joven periodista entusiasmada frente a su Olivetti manual, con unas esperanzas tan grandes como sus incertidumbres, escribiendo bajo un tubo de neón, a las tres de la mañana, sobre un papel amarillento con una copia de calco, los dedos manchados de tinta y el bullicio de una redacción repleta de noctámbulos que, una vez echado el cierre, prolongan la jornada tomando copas en los cafetines abiertos hasta el amanecer.

Se bebía y se fumaba excesivamente en aquellas redacciones del siglo pasado que olían a plomo y a bocadillos de calamares fritos. Los encuentros con los personajes eran más tranquilos y sedimentados que ahora. Quizá fueran más accesibles o los días más largos o el tiempo más lento, el caso es que era fácil compartir una capea con Dominguín, una velada con Antonio Gades o una mesa de Oliver con Adolfo Marsillach, Jorge Fiestas y la divina Ava Gardner. Entre el Gijón y Bocaccio había un trasiego continuo de conspiraciones en las que intervenían pintores, escritores, bailarines, flamencos, jueces, cineastas... los abajo firmantes de los primeros manifiestos que asomaron tímidamente en los últimos coletazos de la dictadura.

A los políticos de entonces no se les trataba. Campaban por sus respetos en el No-Do, un informativo propagandístico de obligada proyección en los cines del territorio nacional, posesiones y colonias, que dio cuenta de la Historia Oficial del franquismo hasta 1975. Al margen de sus gloriosas apariciones, no se solía mencionar en vano el nombre de los ministros a no ser con motivo de la inauguración de algún pantano, a propósito de un cese, de su presencia en un partido de fútbol o de manera habitual en el Boletín Oficial del Estado. No obstante, en torno a aquellos personajes del B.O.E. había un cuchicheo de rumores con fundamento que sólo nos atrevíamos a susurrar al oído de amigos de confianza. Las andanzas del marqués de Villaverde (el yernísimo) con el doctor Barnard, amante confeso, por cierto, de Gina Lollobrigida; las infidelidades de un ministro muy católico que engañaba a su legítima con una joven cantante; los encuentros privados de franquistas y cabareteras en los loca-

les de Mayte o en la trastienda de Perico Chicote; el picadero clandestino que mando instalar otro ministro en el Palacio de la Trinidad para disfrute de la sonrisa del Régimen; los trapicheos con las cuentas de la Seguridad Social; el seguro de los joyeros de Galicia para repartir el coste de los caprichos de la esposa del *Caudillo*, tan aficionada al oro y a los diamantes, o sus conspiraciones en torno a la mesa camilla del Palacio del Pardo. Da vértigo asomarse de nuevo a aquel abismo.

Como España no era una democracia, había que informar exhaustivamente de los problemas ajenos (todo sobre la guerra de Vietnam) para ocultar los propios. Que la nostalgia no me traicione la memoria, pero nosotros, los periodistas de entonces, vivíamos comprometidos con la otra cara de la historia: la de los curas obreros, el padre Llanos, el concierto de los Beatles en la plaza de Toros, la muerte de Enrique Ruano, las homilias de Jesús Aguirre (el futuro duque de Alba), las fugas de El Lute, el asesinato de Kennedy, el de Luther King, el exilio de Alberti, el estreno de *Las criadas* con Nuria Espert, el recital de Raimon, el cine de Buñuel, Martín Patino o Carlos Saura, el mayo francés, las arengas de Sastre, Angela Davis, los panteras negras, el proceso de Burgos, la huelga de artistas... En medio de aquel barullo ideológico me veo al lado de personajes memorables, lamentablemente son más los desaparecidos, y confirmo otra vez el privilegio que ha supuesto vivir en este tiempo, en esta ciudad y, sobre todo, tener registrados diariamente, en el archivo de aquel *Madrid* inolvidable, los detalles de la historia del pasado siglo.

Hacia 1941

Montaje realizado sobre
foto de Gary Cooper

Bravo en alto. 2348

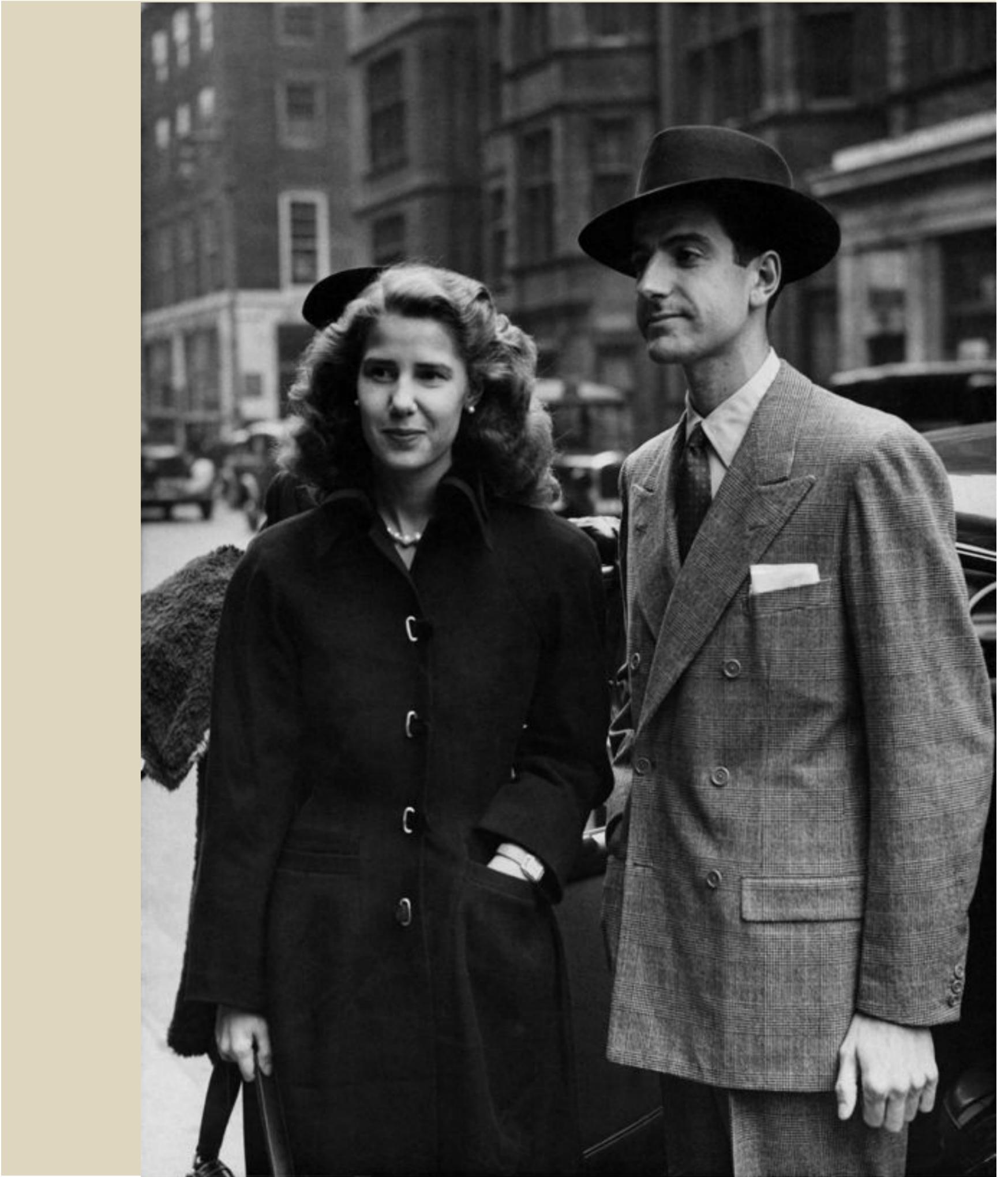
Gary Cooper, saluda a la Nueva España bravo en alto, con la gallardía propia de lo que es: el galán ídolo de la femina. Y, sobre todos de la femina nacional, que Gary admira a su vez porque sabe que no hay mujer en el mundo como la española.



1947

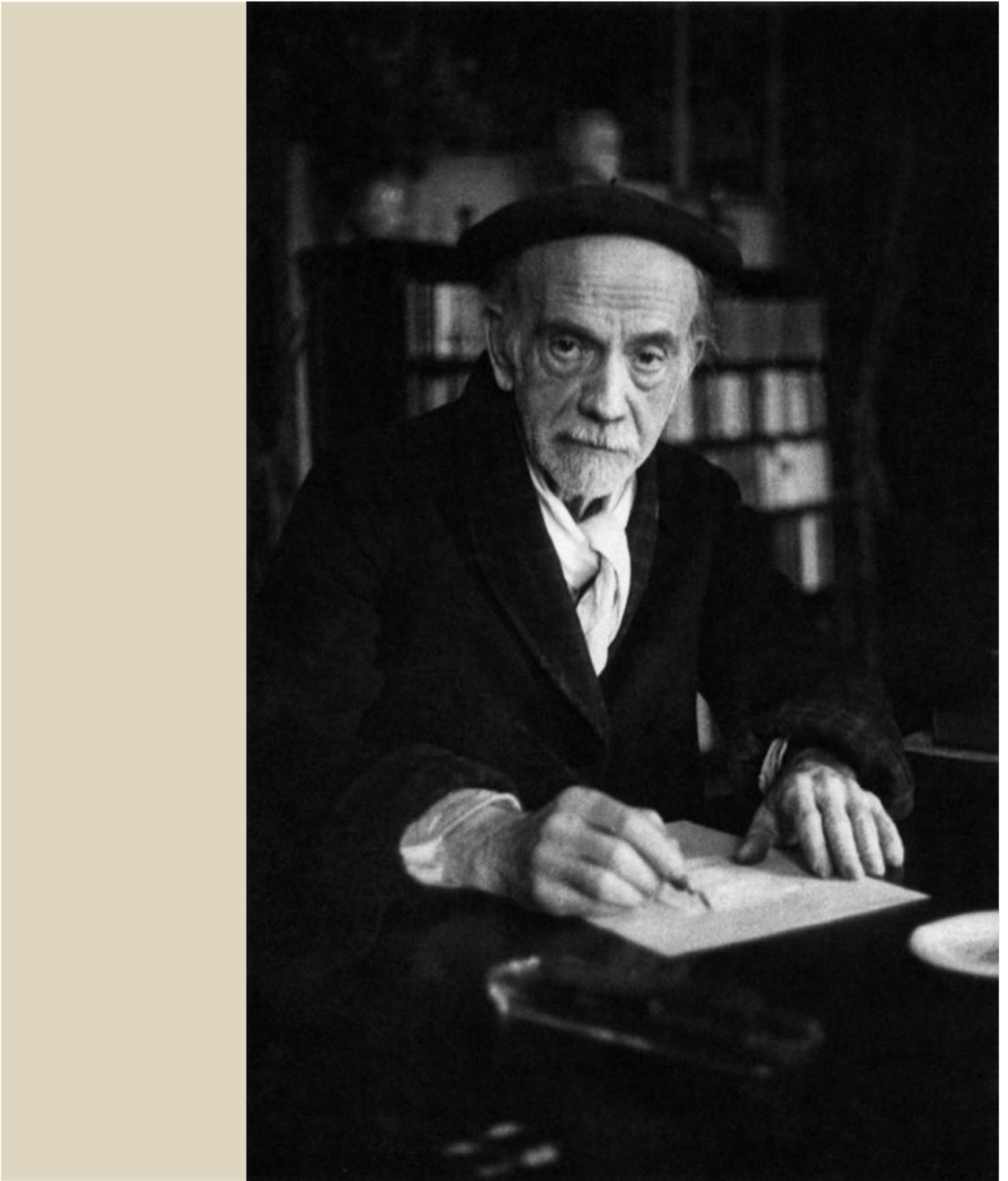
Los duques de Alba
(entonces duques
de Montoro)

FOTO WALDORF



Hacia 1950
Pío Baroja

FOTO CIFRA



1959

Luis Miguel Dominguín
y Lucía Bosé

FOTO KEYSTONE



1959

Federico Martín
Bahamontes coronando
el Tourmalet

FOTO FRANCE SOIR



1959

Baño en el Retiro (Mary
Santpere en la película
«Parque de Madrid»)

FOTO MANUEL URECH



Hacia 1960
Lola Flores y Lolita



1960

Carmen Amaya

FOTO FIEL



1964

**Real Madrid
Club de Fútbol**



1965

**Ramón Areces con
algunos empleados de
El Corte Inglés**

FOTO ANGUITA



1965

Tita Cervera y Lex Baker

FOTO LÓPEZ CONTRERAS

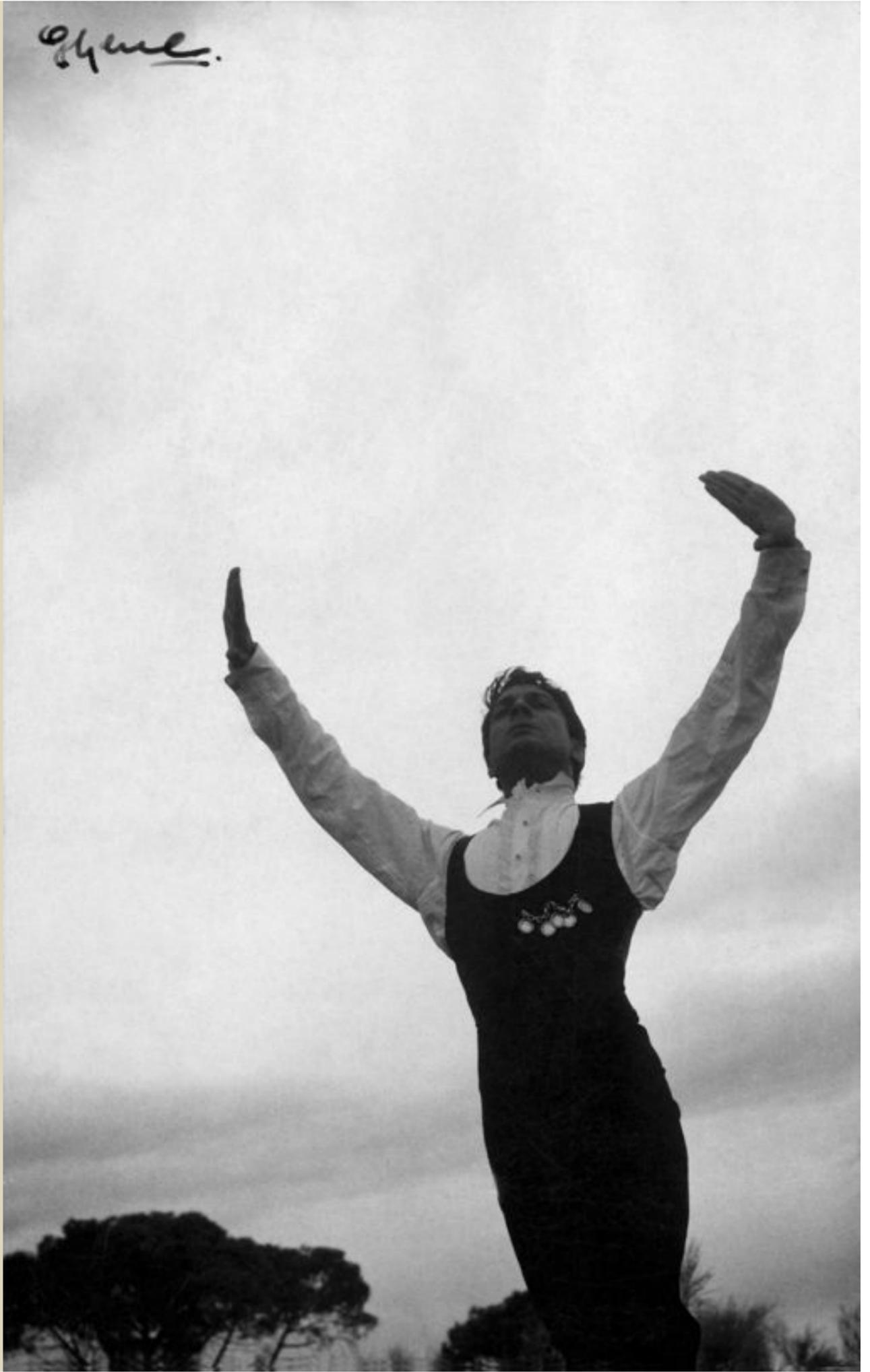


1965

Antonio

FOTO GYENES

Opus.



1965
Pilar Miró

FOTO WAGNER



1966

**Antoñete con el
toro ensabanado**

FOTO CIFRA



1966

Camilo José Cela
y La Chunga

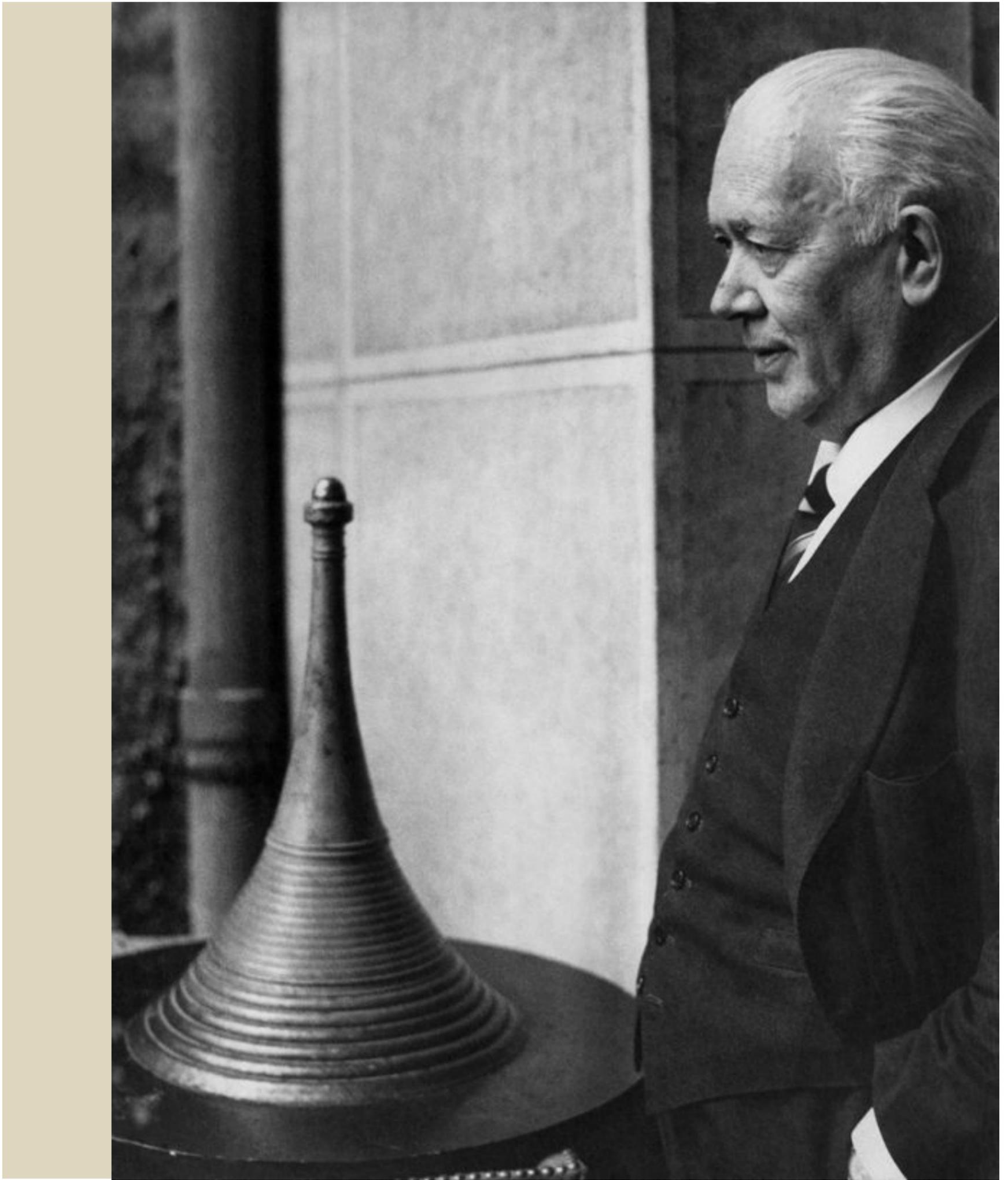
FOTO RUL-LÁN



1966

Casto Fernández Shaw

FOTO OLLERO



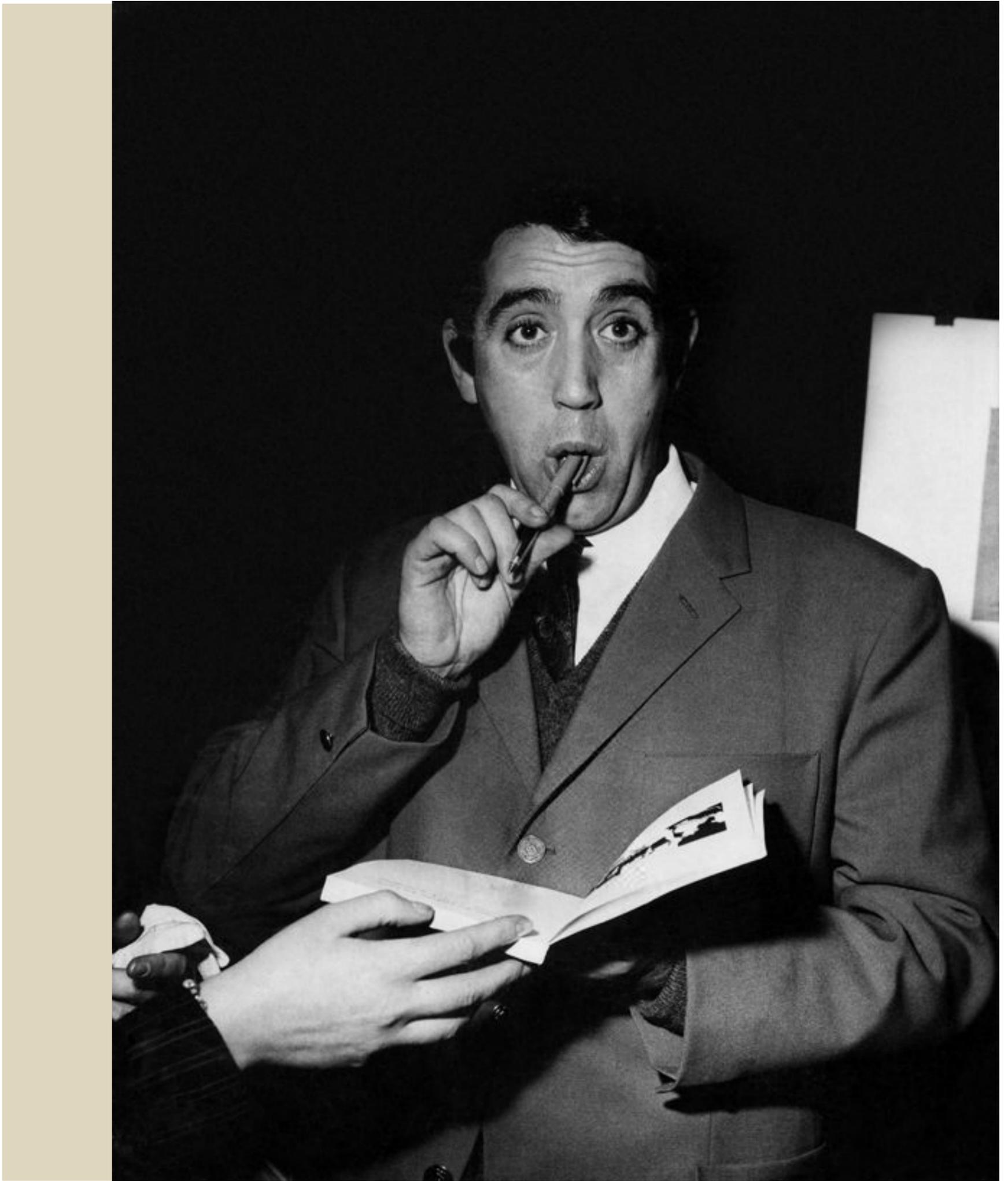
1966

Entrevista a
John Lennon y Yoko Ono



1967

Chumy Chúdez



1968

**Bartolí, Couder,
Gisbert, Santana y Arilla,
campeones de la Copa Davis**



1968

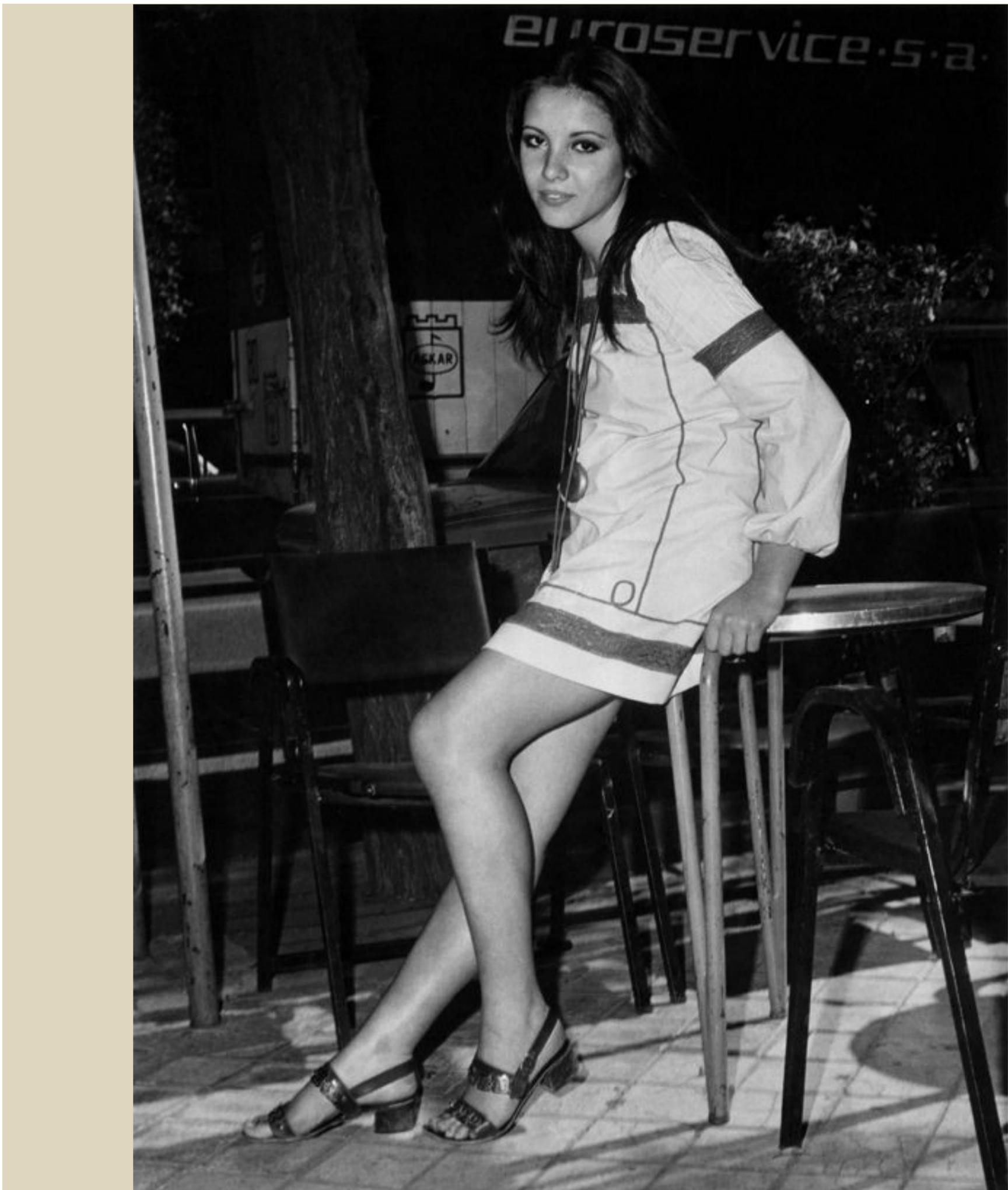
Rocío Dúrcal, La Polaca,
Aurora Bautista, Lola
Flores, Carmen Sevilla,
Juanita Reina, Marisol
y Enma Penella

FOTO WAGNER



1968
Ana Belén

FOTO WAGNER



1969

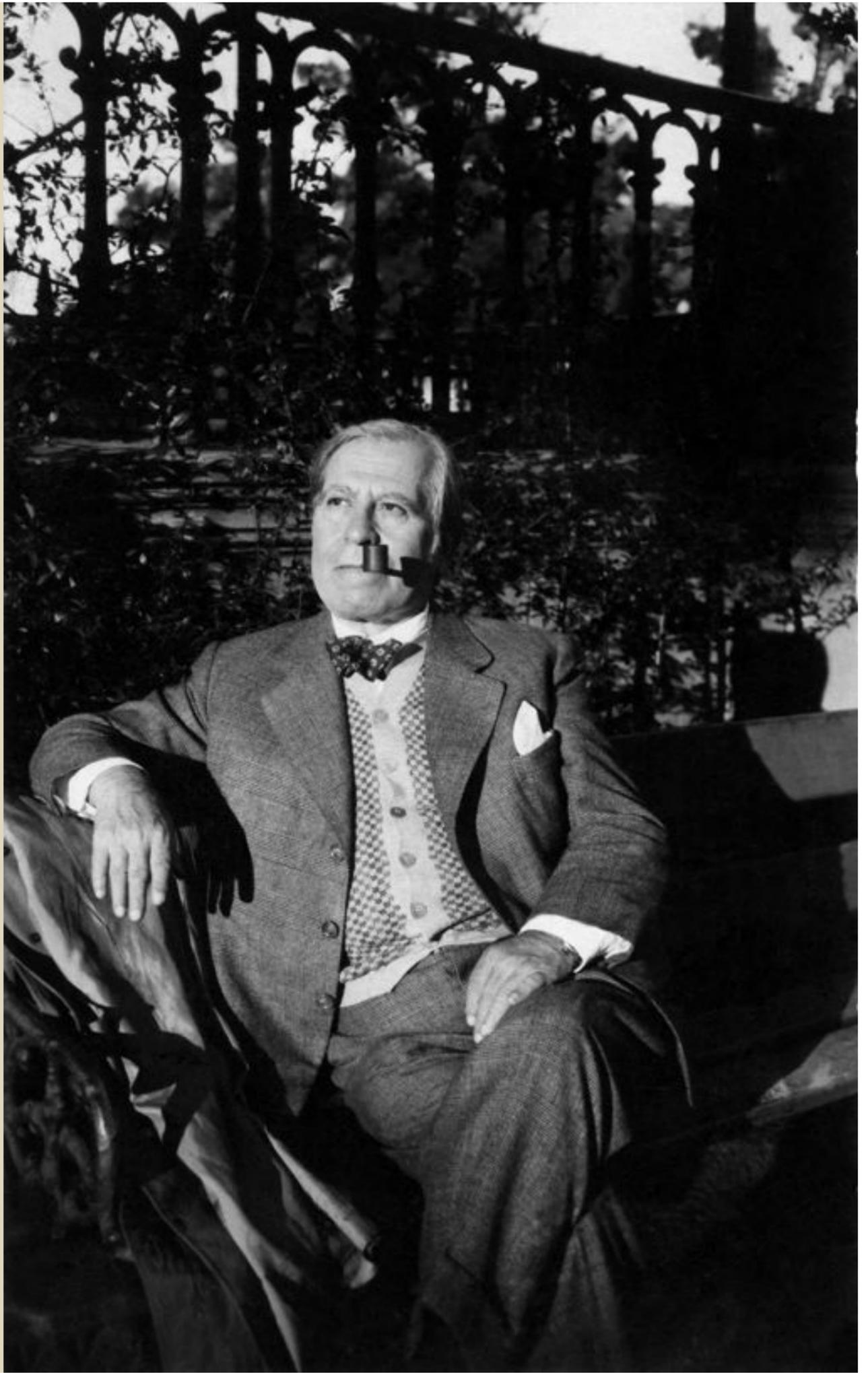
Equipo de baloncesto del
Real Madrid

FOTO ALBERO Y SEGOVIA



1969

Ramón Gómez de la Serna



1969

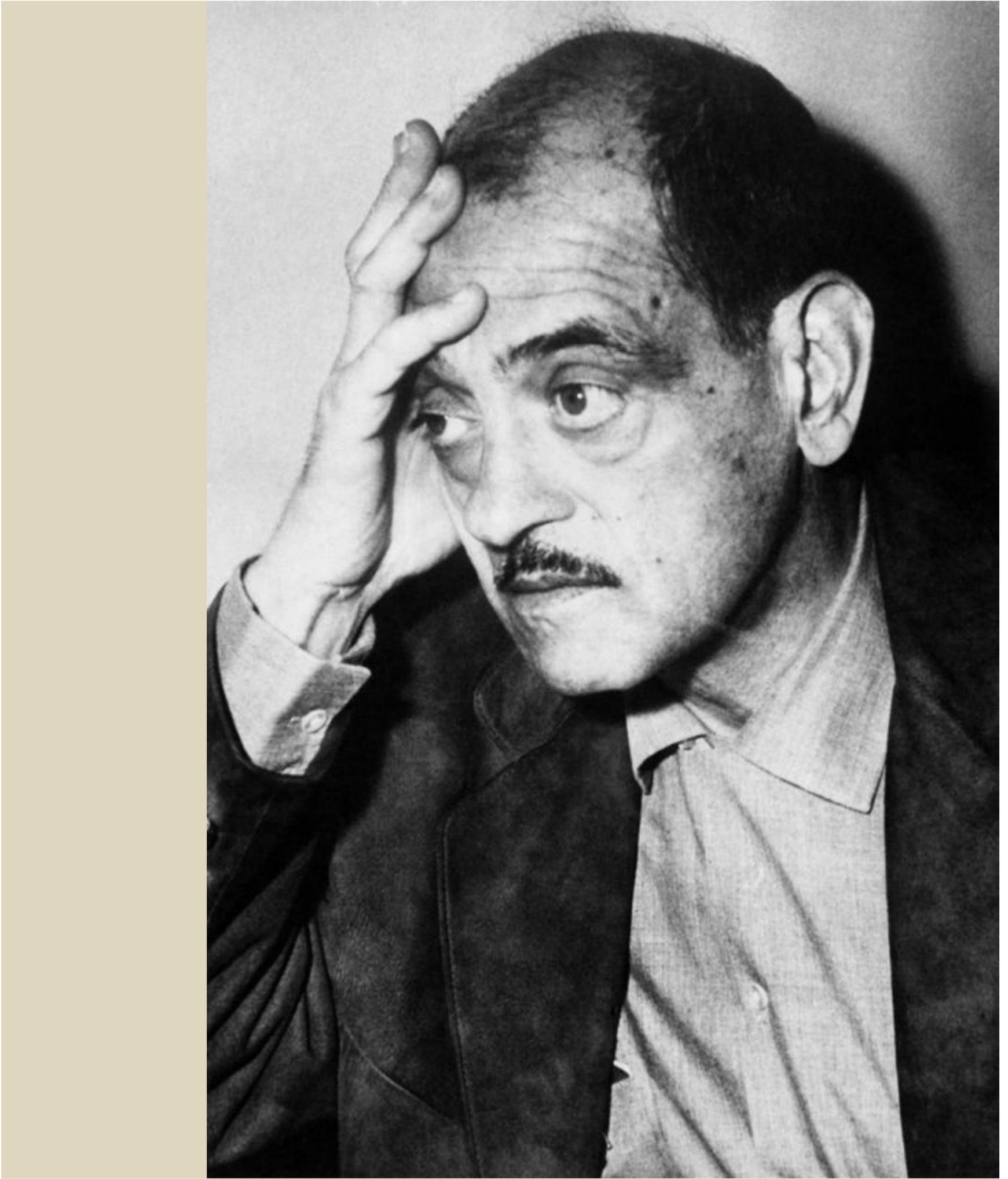
Dalí, Antonio Gades y Gala

FOTO F. MARULL



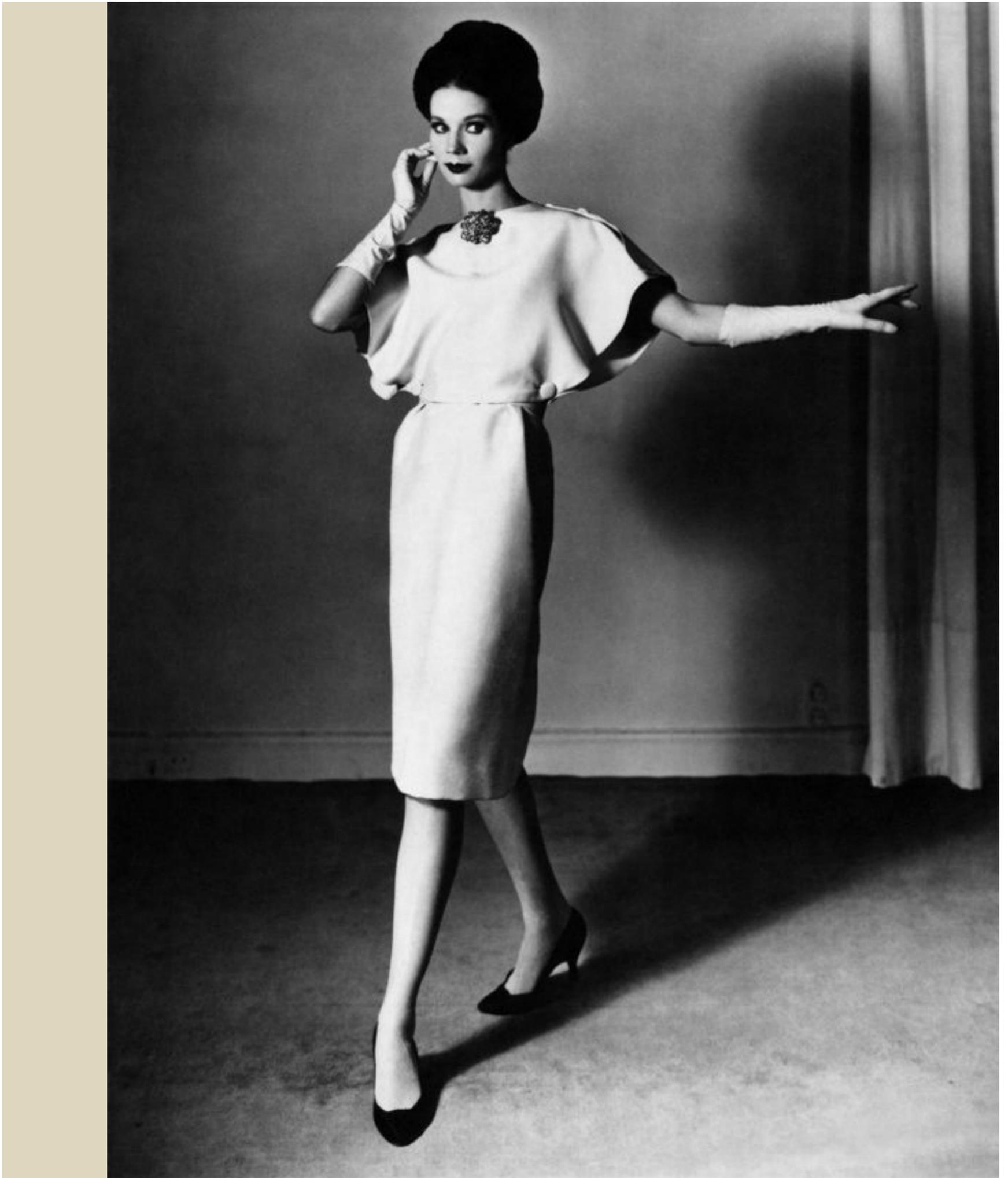
1969

Luis Buñuel

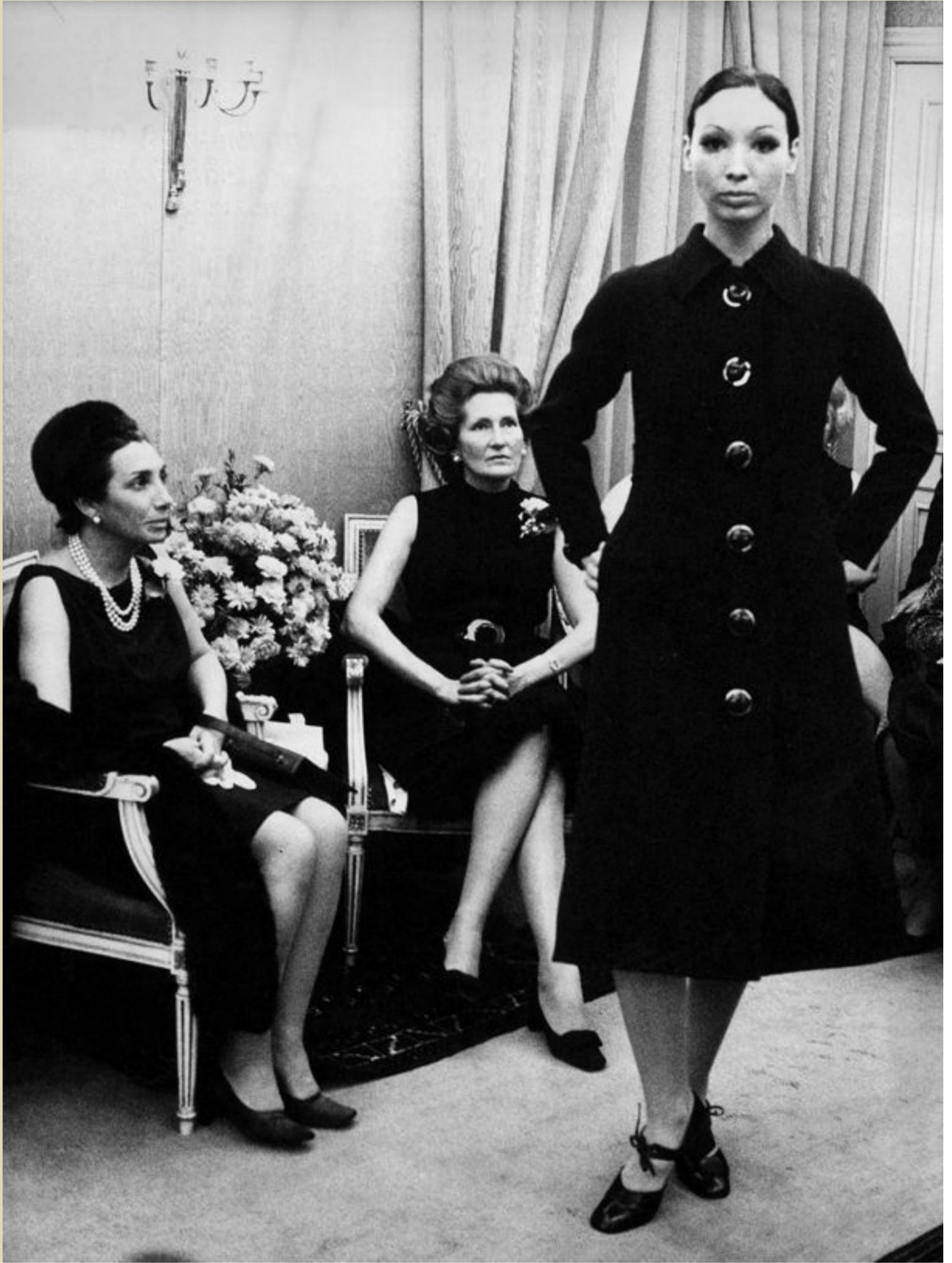


1959, 1969 y 1971
**Modelos de Balenciaga,
Pertegaz y Elio Berhanyer**

FOTOS CIFRA Y OTELLO BIGHINI







Hacia 1970
Los Príncipes y
sus hijos en la Zarzuela

FOTO EUROPA PRESS



1970

Fernando Fernán Gómez
(«Los ángeles del volante»)



1970

Rocío Jurado

FOTO EUROPA PRESS



1970

**Delantera del Atlético de
Madrid: Ufarte, Aragonés,
Gárate, Irureta y Abelardo**

FOTO ÁNGEL



1970

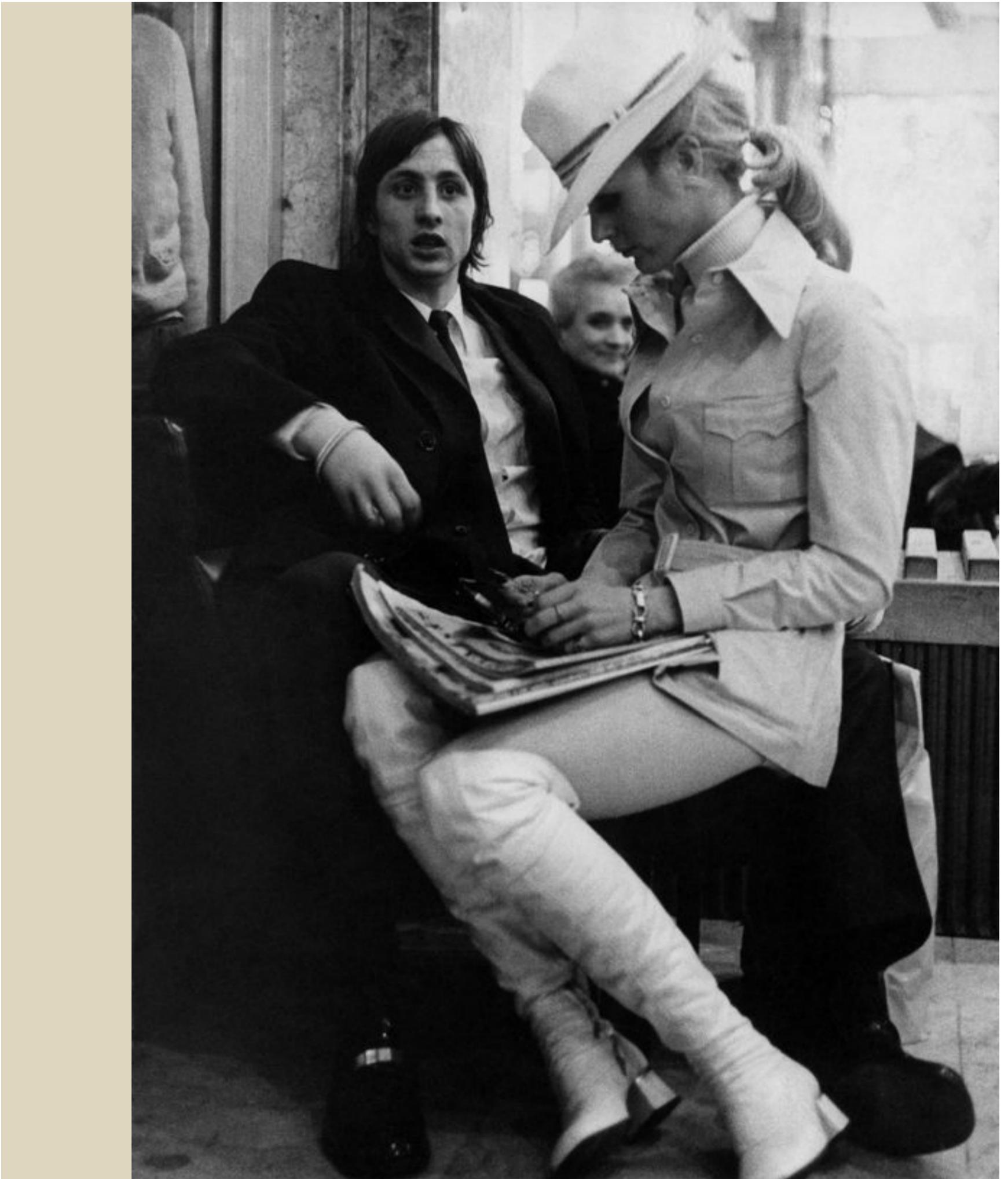
Las madres del cordero



1970

Johan Cruyff y su mujer,
Danny Coster

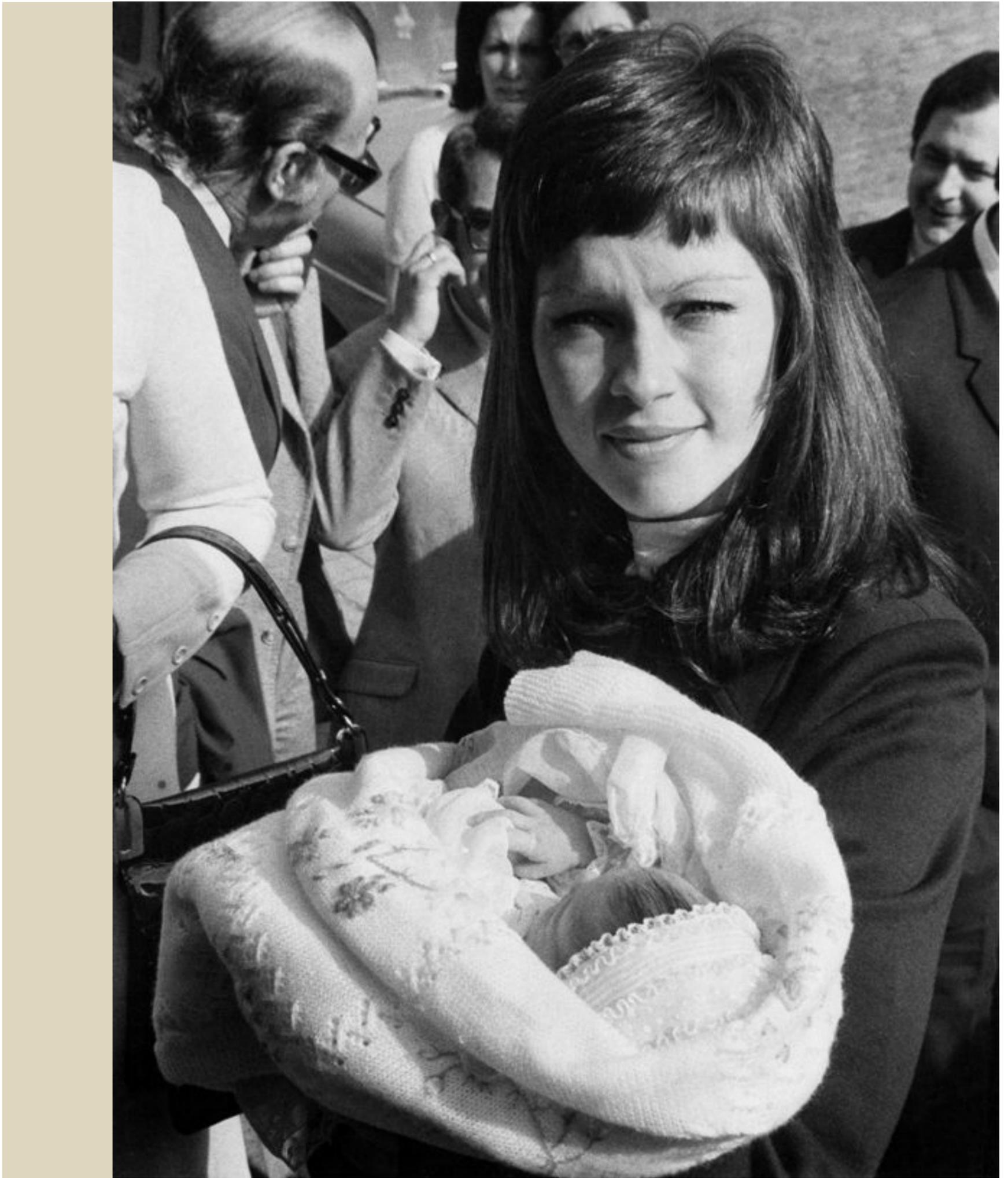
FOTO EUROPA PRESS



1971

**Marisol con su ahijado,
el hijo de la actriz
Elisa Ramírez**

FOTO TORREMOCHA



1971

Luis Miguel Dominguín,
El Cordobés y
Antonio Bienvenida

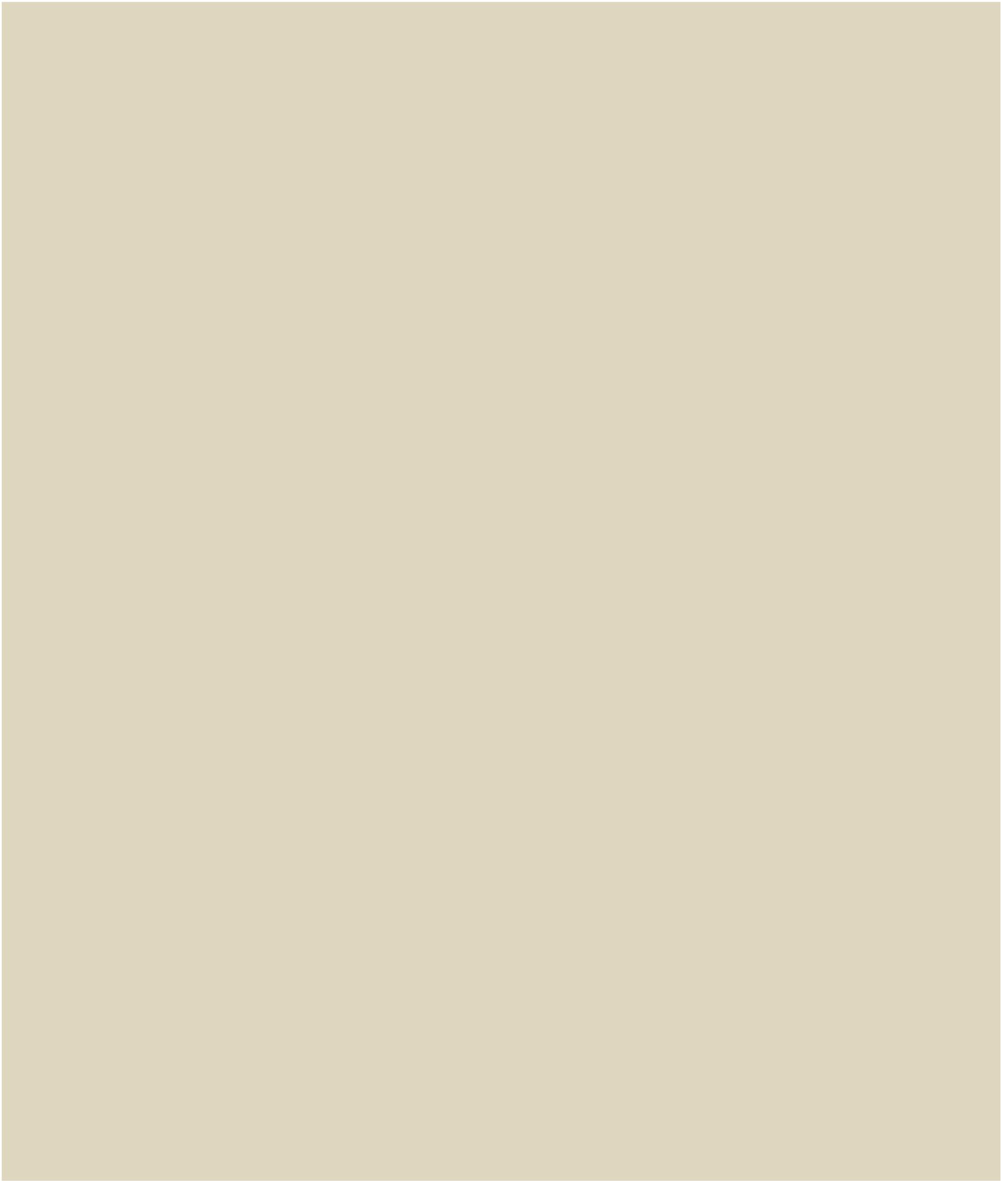
FOTO CIFRA



Hacia 1971
Los infantes
Felipe y Cristina

FOTO BARAHONA







EPÍLOGO

EL ESCONDITE AL DESCUBIERTO

La vida de las copias en papel de los periódicos ha sido siempre efímera. Nada hay más viejo que un diario de la víspera y únicamente sobreviven a la inmediatez un reducido número de ejemplares que acaban en las hemerotecas. En el caso del diario *Madrid*, gracias al esfuerzo de la Fundación que mantiene su nombre se han podido conservar algunos restos de su pasado entre los que destaca un archivo formado por más de 160.000 imágenes, que incluye fondos del *Heraldo de Madrid* (1890) y de diversos autores que colaboraron en sus páginas hasta la orden de cierre del 25 de noviembre de 1971.

Este archivo ahora se compone de tres grandes bloques. El primero, de 42.140 imágenes, engloba las relacionadas con las informaciones publicadas. El segundo, con 33.600, muestra a los personajes del momento y el último suma otras 9.520 referidas a deportes.

Tras varias décadas oculto y desarticulado, la Asociación de Periodistas Europeos desvela ahora el archivo que se conserva en la calle Larra 14 de Madrid y lo saca de su escondite para ponerlo a la luz a través de una primera exposición con 170 fotografías centradas en la ciudad de Madrid y sus alrededores.

Las primeras fotografías proceden de la década de los años veinte; la Gran Vía sin el edificio Capitol, el Mercado de la Cebada, las obras en la Plaza de Oriente o el Hipódromo de la Castellana son algunos de sus ejemplos. Después recorreremos su crecimiento desde la cotidianeidad y el costumbrismo de sus comercios, sus calles y sus gentes del común. El itinerario incorpora algunas pinceladas de quienes fueron sus personajes públicos, escritores, deportistas, cantantes o actores. Todos tienen reflejo en este apartado en el que destacan anécdotas como el montaje realizado sobre una foto de Gary Cooper para ofrecerle saludando con el brazo en alto.

Parte del valor del archivo reside en estar compuesto por originales, en algunos casos *vintage* de destacados autores como Alfonso, Díaz Casariego, Campúa o Luque.

En la parte del archivo correspondiente al *Madrid* nos encontramos con autores sin contrato con el diario que vendían su trabajo a varias publicaciones, entregando una copia de la fotografía y quedándose con los negativos. Algunos de esos colaboradores pasaron a ser fijos o entraron en plantilla, como Anguita, Barahona, Urech o Wagner.

En total son cuarenta los fotógrafos que firman sus obras, quedando una veintena de imágenes huérfanas de autor. Respecto a la datación, en la mayoría de los casos se ha podido documentar el año de publicación de cada imagen, pero en alguna ocasión hemos tenido que compararlas con otras similares del archivo intentando que la aproximación fuera lo más exacta posible.

A pesar del desarrollo digital de la fotografía y la variedad de soluciones de impresión ahora disponibles, la exposición muestra el trabajo de estos autores en el soporte en que fueron creados, el papel baritado, respetando así su práctica tradicional, y permitiendo al visitante contemplar las fotos como ellos las pensaron.

MIGUEL GÓMEZ
Comisario de la exposición

VELÁZQUEZ ESQUINA GOYA

El amanecer en Madrid es un amanecer importante. Es un Velázquez. Los contornos de las iglesias, de los edificios públicos, de las estatuas y de los árboles, cuando se apagan las luces nocturnas, están trazados con pinceladas de un color que sólo Velázquez logró mezclar. Es un color indefinido, a veces claro, a veces oscuro, un color de aire que no es de la naturaleza, un color verde de muerte o azul de muerte, pero de muerte de hace tiempo. Un color de Velázquez.

Si Velázquez hubiera vivido en nuestros días habría podido hacer lo que hacen hoy algunos pintores que han prescindido de coger la paleta y se dedican a firmar directamente la realidad. El pintor se limita a firmar en el suelo con una tiza. Ha habido pintores que han firmado el metro de Lavapiés, la taberna de los gitanos del Rastro, o un ciego vendiendo los iguales. Velázquez podría firmar muchas calles de Madrid; por ejemplo el Paseo del Prado, la Carrera de San Jerónimo, Antonio Maura y Alfonso XII. Y de madrugada podría firmarlas todas. También reconocería como suyas a las innumerables personas que pasean por Madrid con rostro velazqueño.

Pero esto es mucho suponer. Velázquez fue en vida tan antipático e intratable, tan suyo, que difícilmente se decidiría a aparecer en público. Dicen que era muy huraño, que apenas hablaba, y solamente se menciona de él una frase que pronunció en Italia al ver un lienzo de Rafael Sanzio: «*Non me piace niente*». Quería que le dejaran pintar. No hay nada de idealismo en su vida. Mientras mezclaba las tierras en el mortero pensaba: «Yo a lo mío». «Ahí me las den todas».

Velázquez pintó el aire corrompido de la grandeza española. Cualquiera, viendo sus telas, habría podido pensar: «Esto está muerto». Pero cuesta mucho trabajo enterrar un cadáver y coger la herramienta. Hizo mucho por su época, trató de explicar lo que pasaba. No lo entendieron entonces. Luego se pusieron a copiarle, se apoderaron de sus verdes, que colgaron en salones y palacios. Damas y caballeros adoptaron la fina elegancia mortal que él inventó. Él debía reírse por dentro. Con motivo de la exposición antológica de Velázquez celebrada hace unos años en el Casón del Buen Retiro, los organizadores mostraron un profundo desconocimiento de la personalidad del pintor al reproducir un supuesto estudio de Velázquez con abundancia de damascos rojos, reclinatorios, cortinas pomposas. Y con una soberbia consola sobre la que colocaron nada menos que una vasija con pinceles. Aquello pa-

recía el despacho de un notario. Velázquez debió tener su estudio en una lóbrega sala de palacio y los botes por el suelo.

Madrid, al amanecer, es de Velázquez. De día es de Goya. La casa de los ricos, los jardines, los paseos, los edificios públicos y los bares elegantes son de Velázquez. El Rastro, los mercados, la Casa de Campo, los domingos, la Puerta del Sol, el Gran San Blas, el metro y las tascas son de Goya.

Este texto es un extracto de la obra de Luis Carandell (Vicepresidente de la Asociación de Periodistas Europeos entre 1986 y 2002), *Vivir en Madrid*, Editorial Kairós, 1967.



CREDITOS FOTOGRÁFICOS

Albero y Segovia, 83, 267, 323,
Alcoba, 243, 251
Alfonso, 199
Ángel, 301, 343
Angüita, 57, 89, 93, 145, 147, 149, 231, 261, 271
Arturo, 258, 259
Barahona, 59, 353
Basabe, 201, 257
Campúa, 71
Cervera, 169
Cifra, 50, 125, 131, 137, 177, 191, 207, 211, 213, 219, 221, 253, 255, 287, 309, 333, 351
Conesa, 91, 99, 151, 263
Coprensa, 97
Cuadros, 95
Díaz Casariego, 41, 119, 120, 121
Europa Press, 81, 87, 265, 337, 341, 347
Ferré, 67
Fiel, 77, 85, 299
France Soir, 291
Garrido y del Moral, 55
Gyenes, 305
Instantáneas de Actualidad, 117, 167, 173
Keystone, 289
Larrú, 245, 247
López Contreras, 303
Loren, 277
Luque, 39, 109, 111, 113, 115
Marull, 329
Ollero, 313
Ortú, 165
Otello Bighini, 335
Pando, Hermanos, 44, 45
Portillo, 185
Ruiz, 210
Rul-lan, 311
Saiz, 183
Torremocha, 129, 349
Tribaldos, 141
Úrech, 47, 49, 53, 61, 63, 65, 69, 73, 75, 79, 101, 103, 123, 127, 133, 135, 139, 153, 171,
179, 181, 186, 187, 189, 193, 195, 197, 203, 205, 209, 215, 217, 223, 225, 226, 227, 229,
233, 235, 237, 239, 241, 273, 293
Wagner, 96, 155, 307, 321, 323
Waldorf, 285

